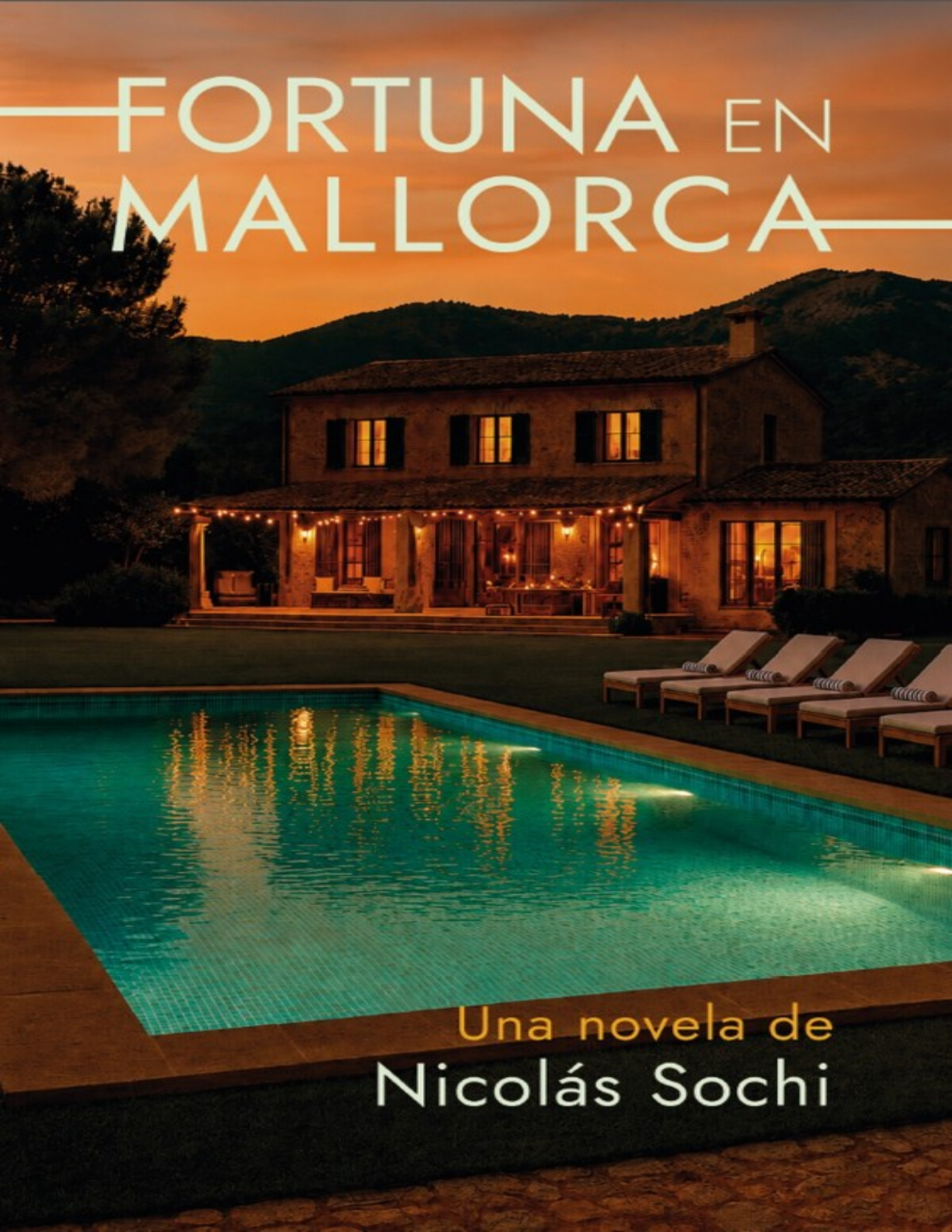
FORTUNA EN MALLORCA



Una novela de

Nicolás Sochi

FORTUNA EN MALLORCA

Una novela de aventuras, tesoros perdidos y humor ambientada en el Mediterráneo

Nicolás Sochi

NS
VOCES EN PAPEL

Copyright © 2026 Mykola Sochynskyi Bliznets

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Para Vladi, mi brillante estrella.

SIN ESCAPATORIA

Estaba encerrado. No había ni un ápice de duda: emparedado vivo, saben los dioses dónde.

Matar al infeliz del camarada no le había servido de mucho. Había acallado sus gritos, pero no le beneficiaba en nada más. En un principio, el silencio le pareció mejor que los gemidos y el raspado que hacían las uñas del otro al escarbar la roca. Pero ya no estaba tan seguro.

Respirar se hacía cada vez más difícil. Un fuego interno le consumía, sabía que su espíritu empezaba a desequilibrarse. Esperaría. Sí, esperaría. No tenía prisa. El servicio militar le había enseñado a tener paciencia. Esperaría un poco más.

Se retiró a un rincón y se sentó sobre su oro.

PRESENTACIÓN EN SOCIEDAD
SEC. 1 / Barra café. Interior. Día.

Mirtylo Pons era conocido y sabía moverse entre los círculos de Palma. Además, su nuevo nombre funcionaba bien:

—Mirtylo… —comentó un lugareño—. ¿No te suena a planta?

—Al menos es fácil de recordar, y el caso es que le pega. Los Pons son de aquí, conozco a muchos en la isla.

De estatura media, piel morena, ojos vivos algo entornados y cara amigable, Mirtylo era un ejemplo de vagabundo global, de esos que Mallorca importa del resto del mundo.

—¿A qué se dedica?

—Creo que se ha metido en los pisos de subasta. Aquí todos quieren vivir del ladrillo.

—No es un *negoci* fácil ese. Si no puedes visitar la casa antes de comprarla, a saber qué te encuentras dentro. Además, entre que te llega la adjudicación y tal, se te cuela cualquiera. Y ahí ya es un horror de tiempo, dinero y juicios. Yo prefiero el campo. Por cierto, este año va cara la almendra, tengo una finca que…

—Hablando del rey de Roma, mira quién viene.

Mirtylo sonreía embaucador apretando entre los dientes un puro sin encender. Se acercó a la barra, pidió un vino, y discreta pero sonoramente indicó al camarero que apuntara las consumiciones de sus dos conocidos en la cuenta. Tras charlar de nimiedades unos minutos, susurró a uno de ellos al oído:

—En breve te mando unas escrituras. Son para poner en la parte alta de la pila.

El secretario del Registro de la Propiedad n.º 4 asintió con ligereza. ¿Cómo no hacerle aquel favor al bueno de Mirtylo? Era de los de toda la vida.

NO METAS LA NARIZ EN EL NEGOCI DE OTRO
SEC. 2 / Despacho Alistair. Interior. Noche.

El golpe sonó apagado. El motero uniformado que lo recibió en pleno hígado, se dobló sobre sí mismo. Notó que le faltaba el aire, pero no protestó: el jefe estaba siendo amable, se mantenía de pie; en la escala de correctivos, este golpe era de los livianos.

—¿Habéis encontrado ya al *soldier boy*?

—No hay ni rastro, presidente. Se ha esfumado. —Hablaba el compañero del motero; sus fríos ojos azules miraban al frente mientras tensaba abdominales. Sabía que si hacía cualquier amago de protegerse o apartarse, él también recibiría un correctivo.

Una cerveza, con jarra incluida, voló hacia el joven uniformado que acababa de responder. Pasó a pocos centímetros de la cabeza y estalló con violencia a sus espaldas. El dolorido se incorporó como un resorte; ya recuperaría la respiración más tarde.

—¡Malditos inútiles! ¿Para qué os pago?

—Seguro que no ha abandonado la isla. Pongo… ponemos la mano en el fuego.

—Ese comentario me inspira. Os cortaré los pulgares como hacen los *japs* y luego, los que queden, a la brasa. No sois ni capaces de localizar a un borracho sin dos dedos de frente. ¡Ve a lavarme la moto, encérala, y mirad que esté bien de aceite! Y tú, trae una fregona. Al menos sacaré algo de provecho de mi generosidad.

Los dos abrumados acólitos salieron del despacho del patrón. Pagaba bien y las fiestas que organizaba eran legendarias, pero había que aguantar su peculiar humor. Al igual que en todos los trabajos.

—*For fuck's sake*, ¿soy la única persona con imaginación en esta maldita isla? —protestó la figura de autoridad mientras alargaba su manaza al teléfono y empezaba a tender redes por los distribuidores habituales. «Lo bueno de una isla», pensaba mientras la línea comunicaba, «es que tarde o temprano acabas conociendo a todo el mundo que merece la pena».

ESPECULACIÓN INMOBILIARIA CON TOQUE ISLEÑO
SEC. 3 / Barrio residencial. Exterior. Día.

La subasta se cerró de madrugada, y la puja de Mirtylo fue la ganadora. Quitando pequeñas formalidades como el papeleo y minucias legales, la adquisición era definitiva. Mirtylo, satisfecho, terminaba la noche en su terraza disfrutando de un martini y del frescor del mar. El insomnio, sufrido por la emoción que acompaña cerrar una transacción, era un precio razonable a pagar; ya recuperaría el sueño perdido la noche siguiente.

Bajó a la playa para mantener su rutina habitual de empezar la mañana con un chapuzón de agua fría, y se dirigió a revisar sus recién adquiridos dominios:

—Es el momento de ocuparme de mí mismo.

La estrenada propiedad se ubicaba en una amodorrada calle detrás de la plaza del Tubo. Una zona fronteriza entre la Palma normal y la turística. Mirtylo se sentó en la terraza de una cafetería y examinó el nuevo escenario:

—Poco tráfico, barrio consolidado… El anuncio se escribe solo —se dijo, limpiándose los dedos de aceite del churro mientras su aguda vista de propietario observaba el entorno y sorbía el café. Frunció el ceño. Al final de la calle, a unos metros del supermercado de barrio, descansaba un lanudo mendigo, abrigado y con botas, pese al buen tiempo. Mirtylo lo escudriñó un instante—. ¿Los ponen como parte de la decoración? En fin, parece que si son pacíficos, no dan problemas.

En cuanto el señor Pons se acostumbró al ritmo del barrio, se dirigió al portal. El piso estaba en la entreplanta de un pequeño bloque, con ventanas cerradas y oscuras a cuatro metros del suelo, y solo dos viviendas por planta. Su nuevo vecino era una clínica dental que no abría los miércoles por la mañana. Mirtylo llamó al telefonillo de un número alto cualquiera y murmuró:

—Mensajero. —Pausa, silencio.

La puerta vibró, dándole entrada.

Era un portal espacioso, con mármol blanco, frescor y penumbra. Sin perder el tiempo, fue a su buzón y sacó un fajo excesivo de

correo y folletos promocionales que ya asomaban por la ranura. Subió los dos tramos de escaleras que lo separaban de la entreplanta, esperó unos segundos… Silencio sepulcral, tanto tras su puerta como la del dentista, marcada por una placa de latón. No hubo reacción. El edificio se encontraba envuelto en el sopor residencial típico de una mañana laboral.

—Plan A.

Varias macetas con plantas de todo tipo adornaban el rellano. Las revisó rápidamente; ninguna llave en los platos. Palpó la tierra hasta que en el tercer tiesto encontró un portatarjetas de plástico con una llave dentro.

—Empezamos bien. Aunque esto todavía no está hecho. —Probó la llave en la cerradura: entraba, pero no giraba—. Será del dentista. Bueno saberlo.

Devolvió la llave a su lugar y miró si había alguna baldosa o rodapié suelto. Nada.

—Plan B.

Sacó del bolsillo interior de la chaqueta una libretita normal y corriente, de plástico duro, y deslizó una tapa por el resquicio del marco cerca de la cerradura. Las probabilidades de éxito no eran muy grandes. El plan B dependía de que nadie hubiese pasado la llave. Sí había un plan C, pero era la opción intrusiva, y además le costaría un dinero que prefería no gastar.

Tras quince segundos de manipulación, escuchó un clic.

—Ha ganado la B.

Sintiéndose como un arqueólogo ante una cripta virgen, entró cuidadosamente en la oscuridad y cerró la puerta.

LEGIONES MODERNAS
SEC. 4 / Chiringuito de playa. Interior. Día.

Tres figuras pertenecientes al regimiento de Infantería Palma n.º 47 disfrutaban del sol de mayo en un club de playa gestionado por el Ejército de Tierra. Cordero, el de mayor rango, era un espécimen de cabeza cuadrada, barba cuidada, y el reglamentario metro setenta de altura. Se trataba de un soldado que había pasado un cuarto de siglo sirviendo a la corona, sin ascender nunca de cabo, siempre quedándose en la cómoda posición de ser el mejor entre iguales.

Cordero observaba con cierto cariño a su escuadrón mientras ponía otra ronda sobre la mesa.

—Pronto nos toca ir de misión. Después de años de entrenamiento hay ganas, ¿eh? Sólo espero no pasar tanto frío.

Quien hablaba era el colombiano Stalin, un bisnieto de gallegos, al menos eso decían sus papeles, que había regresado de su patria huyendo de unos padres ausentes y una abuela ultrarreligiosa. Tras congelarse sirviendo con los zapadores en Burgos, había pedido el traslado al primer destino cálido disponible.

—Piensa que vamos a sacar una buena paga —dijo Buzo, el benjamín del grupo y único oriundo de la isla.

—Poco favor os hago si pasáis frío. Prometo que os tendré a doble ración de entrenamientos. No pienso dejar que os relajéis.

—Además, el Líbano es un país mediterráneo. Será más o menos lo de aquí, ¿no? ¿No prestaste atención en la presentación? También lo pone en la guía de campo —siguió Buzo, apurando la botella de cerveza semivacía; esperaba que algún compañero apoquinara otra ronda—. Por fin creo que me llegará para la entrada de un piso.

—Esas guías de campo las escriben los planchasillas. El único campo que han pisado es de golf. Estuve hablando con un amiguete de la legión que ya ha hecho la ruta y no tenéis que preocuparos. Comparado con otros lugares, tendremos un destino tranquilo. Nada como Herat, ahí sí que ibas con el culo prieto.

—Hablando del frío… —No soltaba su hilo Stalin—: me hacen volver a meterme en el hielo, y me voy a casa. La última vez os juro que acabé con pulmonía. Desde entonces no se me va el moquillo. Y

los malditos esquís, ampollas como mandarinas. ¿Cómo puede elegir la gente vivir en el ártico?

—El Cold Response de la OTAN tampoco fue para tanto. Me llevé gratis esas gafas tácticas que cuestan una pasta, ¿os acordáis? Fue durante las copas con los yankis. Me fijé en el Rolex que llevaba el gafotas, el que luego me las dio, y le pregunté cuánto tenía que cobrar uno para sacar un peluco así. Y el cabrón se ríe, vale, y me pregunta dónde estaba yo destinado.

—¿Por qué no nos mandarán a la selva? Ahí os enseñaría cómo se usa un machete.

—Yo le dije que en ningún lado —Buzo seguía con lo suyo—, pero que tenía pinta de que íbamos a sacar boleto para las arenas, y el guiri coge, se pone todo serio… ¿Me escucháis? —Buzo bajó la voz para hacerse notar—: Se pone todo serio y me dice…

—Cuando era un chaval solía escaparme y pasar el día por ahí. La abuela se ponía de los nervios, decía que eso me venía de mi madre y su comuna de izquierdistas. Y yo en camisa, ni un abrigo a la vista, la misma temperatura veinticuatro horas. ¡Aaaahh! Me tocas otra vez y te reviento.

Buzo le había propinado un amigable puñetazo a Stalin en el costado, buscaba afianzar su autoridad en la manada y que le dejaran hablar.

«Cachorros», observó Cordero mientras aportaba su resabida opinión:

—No te fíes de lo que larga la gente. Yo no les perdono lo de Filipinas. Los muy cabrones…, que de esas solo nos queda el nombre del batallón.

—¿Y qué iba, sacando los empastes a los locales o qué? —intervino Stalin, abandonando la conversación sobre el clima—. A mí, cosas extrañas no.

—A ti sí que te voy a sacar las muelas de una torta. No. ¡Escuchadme! Me dijo que la zona estaba plagada de reliquias. Que él y su patrulla se llevaron unas vasijas y les dieron cincuenta mil pavos por ellas.

—Mentira. Seguro que el Rolex era chino. En el mercado de Palmira te consigo uno bacano por unos pesitos.

Callando a Stalin con un gesto, Cordero se inclinó sobre la mesa: el chaval había captado su interés.

—Sigue, sigue.

Buzo dio unos golpecitos con la uña a su botella vacía, y sorprendentemente consiguió el efecto que buscaba:

—Por fin me escucháis: voy y le digo «una leche», eso es lo que le dije. Y el tipo, ya sabéis cómo son, hincha el pecho palomo con la palabra *marine* y empieza a enseñarme fotos. Todos los tópicos al completo: una rubia maciza, los niños gordos, el jardín con la camioneta, la bandera ondeando en la puerta de casa… Y luego va y me enseña la página de una casa de subastas donde vendió el cuenco. Así que me tocó fregar todo el cuartel, que vi los pantallazos con mis propios ojos.

—Pues vaya. Quien vea un cuenco sin dueño, ya sabéis: al petate. Mientras, yo pido los Rolex a mi nana.

—Pues es un tema. Vosotros terrícolas no os preocupéis, dejad que papá Cordero se ocupe de todo. Voy a por otra ronda y me exfiltro, que tengo planes.

BIENES MUEBLES FUNGIBLES
SEC. 5 / Vivienda ocupada. Interior. Día.

Mirtylo se encontraba en un recibidor de lo más sombrío. En su cabeza flotaban imágenes de grandes descubrimientos arqueológicos mientras su corazón latía con la fuerza de una cita a ciegas. Al tratarse de una subasta judicial, no había tenido la oportunidad de visitar la casa. Hasta ahora.

Quedándose inmóvil, aguzó sus sentidos: escuchó, olió y miró. Por ese orden.

Ningún sonido delator, ningún olor especialmente peligroso que arruinara los planes, como podía ser a humedad, aunque en el ambiente había un matiz acre que indicaba que no solo olía a cerrado. Percibía una espesa penumbra gris. Probó el interruptor; no respondía. Abrió el cuadro de fusibles: todos arriba. La compañía había cortado el suministro por impago. Bueno, una deuda menos que asumir.

El pequeño distribuidor de la entrada tenía tres puertas. Las dos laterales eran puertas macizas de madera, mientras que la del centro era acristalada y filtraba algo de claridad polvorienta:

—¿Cuál de las tres revelará algún secreto?

Empujando con un pie la puerta izquierda encontró una pequeña cocina pasillera con todo en su sitio, incluido unos platos sucios fosilizados en la pila. Horno, placa de gas, encimera de madera envuelta en linóleo, y una de esas neveras antiguas grandes de color beige, con congelador en la parte superior y muy poco respeto por la capa de ozono. «Mejor no abrirla ahora mismo», pensó.

Pero sí abrió la ventana de la cocina para ventilar. De paso, aprovechó para mirar el correo que había rescatado del buzón. Entre la habitual publicidad, los esperados apremios de deudas y notificaciones de la Administración a nombre de una S. L. quebrada, encontró lo que buscaba: un recibo de luz. Poniéndolo a su nombre, tendría suficiente para legalizar la autoocupación.

Regresó al distribuidor y probó con la otra puerta de madera. Estaba un poco atascada, pero después de un sutil empujón, se abrió. Esta reveló un aseo con lavabo de cerámica rosa, el suelo

sucio y un espejo roto. Probablemente lo habían golpeado, dejando una violenta telaraña en el cristal.

—Otro dueño agobiado por las deudas —teorizó Mirtylo, y fue directo a la tercera puerta, la acristalada, que abrió de par en par.

El salón era rectangular, con un pegajoso suelo de terrazo y decorado con mobiliario desfasado de la época A. I. (antes de Ikea). Componía la pieza central una mesa circular rodeada de sillas, una de ellas caída, y restos de un bodegón moderno hábilmente desplegados. Tres botellas de whisky Johnny Walker, dos de ellas vacías y otra empezada, actuaban como foco de aquella composición, que combinaba a la perfección con unas bolsas de plástico de «Hielo Sahy» y multitud de latas vacías de Heineken esparcidas cual confeti por todo el salón.

Mirtylo se acercó a la mesa y ojeó el festín en detalle: entre las botellas distinguió restos de polvo blanco con olor a acetona, un billete de veinte euros y una tarjeta de crédito. Cogió el billete y se lo metió en el bolsillo. La inversión daba sus primeros dividendos.

Su atención pasó a la tarjeta, donde leyó un nombre.

—Encantado, querido Cordero. Se ve que le diste una despedida vikinga a la casa. ¿Tenías prisa por irte o qué? Te entiendo, hay circunstancias en las que es mejor desaparecer.

Con aversión, apartó otra bolsa de plástico y asomó por debajo un manojo de llaves, un recibo de compra y lo que parecía ser una mezcla de chatarra oxidada y piedras.

—Esta casa no hace más que producir. —Guardó el manojo de llaves junto al billete y se acercó a los ventanales del salón. La luz se filtraba por los resquicios de las persianas, tras las cuales se ocultaba la calle. Abrió y dejó que entrara luz y frescor, mientras prestaba atención a los detalles del descolorido recibo:

—Diciembre del año pasado… ¿Sería esto tu fiesta de Navidad, Cordero?

Sólo quedaba una última zona: la otra esquina del salón, en la pared opuesta al recibidor. Revisó rápidamente los dos dormitorios sin encontrar nada de interés y claudicó en su esfuerzo de abrir la puerta que supuestamente daba al baño; la falta de uso y el clima húmedo de Palma la habían atascado.

—Guárdate tus secretos. Total, sé que necesita reforma.

Volvió al salón y fue directo al ventanal para cerrarlo. El aire cálido del mediodía había aireado un poco el ambiente. Repasó el entorno. Entonces su mirada se posó en el sofá, de un sucio color mostaza que olía a acre, como todo allí. Intentó luchar contra los pensamientos intrusivos, pero terminó dándoles rienda suelta. En una vida llena de viajes y mudanzas, había desarrollado un juego que mantenía vivo a su niño interior: siempre rebuscaba entre los cojines de sofás desatendidos, encontrando muchas veces tesoros cotidianos, tipo libros, mecheros… y por supuesto dinero. La ensoñación infantil superó la aprensión a la higiene del tejido y los sacó, dejándolos caer sin excesiva ceremoniosidad.

Aparte de la suciedad habitual, observó una pequeña esfera del tamaño de un botón de abrigo. Se acercó: estaba sucia y cubierta por una capa parduzca, pero emitía un brillo apagado que le llamó la atención. La rescató y se la llevó a la cocina. Con cuidado, la frotó con un mugriento paño, entornó los ojos y con sorpresa comprobó que la limpieza daba paso a una moneda brillante de bordes irregulares del tamaño de una de cincuenta céntimos. La acercó a la luz: no reflectaba el sol con esa pobre aleación de aluminio y latón, pero tenía un brillo suntuoso, profundo; parecía absorber luz en mayor medida de la que la reflejaba. Y además estaba el peso: mucho mayor de lo que le correspondía por tamaño.

—¿Es oro? ¡Una moneda de oro! Y hay algo grabado: *magus*, *procos*… ¿Latín? —Haciendo bailar la moneda entre los nudillos, salió de la casa—: Buen día de trabajo. Ahora vamos a ver si esta cosa vale algo.

EL COLECCIONISTA
SEC. 6 / Tienda de antigüedades. Interior. Día.

Un ornamentado teléfono de disco sonó en Palma:

—Hey, *sweetie pie* —se escuchó al otro lado de la línea.

—¡Ali! ¿Qué tal está mi cliente favorito?

—Déjate de dulzuras y vente a una de mis fiestas.

—Tal vez a la próxima, que tienes mala fama. ¿En qué puedo ayudarte?

—No te podrás negar eternamente, lo sabes. Escucha: quiero una moneda, *actually* una específica: de oro, antigua, con un dibujo muy concreto.

—¡Claro! Tengo mano en el sector, me viene de familia. Te la encontraremos sin problema.

—No hace falta buscarla, ya estoy negociando con el vendedor. Se trata más bien de que no se me escabulla, ya sabes cómo son estas cosas. Si llega por tu lado, te pagaría lo tuyo, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, Ali. Estaré atenta.

—Hasta pronto, *sweetie pie*.

CURSO INTENSIVO DE NUMISMÁTICA
SEC. 7 / Avenida arbolada. Exterior. Día.

La moneda reflejaba los rayos del sol que se colaba entre las frondosas copas de los plátanos de la vía Roma, mientras Mirtylo se dirigía con paso rápido hacia la Rambla. Allí, entre puestecitos de flores y terrazas de bar, encontró la caseta prefabricada que buscaba. ¿Su destino? Un quiosco de toda la vida dedicado a la numismática. Estaba abierto, pero no vio a nadie atendiendo. Mirtylo observó a ambos lados del bulevar sin detectar nada sospechoso, escuchó algo en el interior de la caseta y lanzó al aire:

—¿Hola? ¡Se busca experto! ¡Tengo una urgencia!

—Si tiene cuatro agujeros, es un botón —anunció un hombre de gafas gruesas, barba de chivo y una ancianidad indefinida, que surgió detrás del mostrador con una pipa entre los dientes.

Mirtylo le lanzó su adquisición.

Tras mirarla unos segundos, el numismático soltó una bocanada de humo y respondió tajante:

—Es falsa. —Devolvió con disgusto el brillante círculo al visitante.

Mirtylo, acostumbrado a las particularidades del personal técnico de toda clase, resistió estoicamente el primer envite de ceguera profesional e insistió con delicadeza, confiando en que el sustancial peso de la moneda no podía ser mera casualidad.

—Muy bien, muy bien… Miremos en detalle —refunfuñó el viejo—, pero es falsa. Un áureo con aspecto de estar recién acuñado aquí en la calle Roma, y en manos de un, con todos los respetos, neófito como usted… —La actitud del barba de chivo iba cambiando: primero observó, luego palpó, se subió las gafas a la frente, las volvió a bajar, las volvió a levantar, cogió una lupa, todo mientras la pipa danzaba de un lado a otro en la boca. Acompañaba las manipulaciones con un murmullo de frases sueltas que parecía dirigir a un espacio entre la pipa y la barba. Mirtylo distinguió algunos retazos—: Solo si no se hubiese usado después de su acuñación… Mmm… Dibujo perfecto. El peso, en norma. El canto, bien. La variación, la variación… No es una copia exacta de la versión inglesa. Sí. Imitación formidable, producto de un genio, pero se ha dejado

llevar: ha mejorado la original. ¡Qué carruaje! —El viejo levantó los ojos, y con una intensa miopía enfocó hacia quien le había traído tan única pieza, que esperaba atentamente—: ¡No querrá usted hacerme creer que tengo en mis manos el áureo de Pompeyo original! ¿En Palma? No puede ser. El desgaste no es el típico, es decir, tiene un par de semanas de uso. Algo de transporte… Pero eso es todo. —Con un movimiento automático acercó un encendedor a la cazoleta de la pipa y se acercó a Mirtylo impregnándolo de perfumado humo —. Fíjese en el dibujo. Venga, venga, acérquese. Fíjese: ¿ve que el detalle de la piel de elefante que lleva puesta África es la representación del continente? ¡Es perfecta! Pura y llanamente perfecta. No se ha gastado para nada. Y la figura de Pompeyo en la cuadriga, porque se asume que es él, y esta figura que lo guía es su hijo. Pretende ser Hércules, ¿sabe usted? En el reverso, la diosa…

Mirtylo asentía mientras su mente vagaba entre una copia de poco valor y un objeto de museo. Lo segundo le sonaba mucho más atractivo que lo primero. Buscó claridad:

—Entonces, ¿es buena? ¿Vale algo?

A la simple pregunta le siguió otro torrente de explicaciones, que incluía el origen del oro, la globalización del Mediterráneo durante la república romana tardía y la acuñación de la moneda como arte.

—Interesantísimo todo, pero ¿la moneda cuánto vale? —interrumpió Mirtylo, incapaz de aguantar el suspense.

—Vendrá con algún tipo de documentación —contestó evasivamente el tendero—, supongo. ¿Dónde la ha adquirido usted?

—Una herencia de mi tío. La encontré limpiando, y aquí estamos. ¿Sabe? Se hizo rico con una fábrica de futones, mi tío, y luego se enamoró del whisky. Una historia muy triste. —Ocultó el rostro en una mano durante varios y dramáticos segundos—: ¿Cuánto decía que vale?

—Siento su pérdida. ¿Conocería yo a ese tío suyo? Tengo una reputación en el gremio. He tratado con coleccionistas de renombre.

—Lo dudo. Mi tío fue muy huraño en vida. ¿La moneda?

El numismático se dio por vencido y volcó toda su atención en el objeto, que dejó de manosear y colocó con cuidado en un tapete de terciopelo.

—Ay, todo sería más fácil si esta chiquitina pudiese hablar. La de cosas fascinantes que habrá visto en su milenaria historia. Es una pieza singular y en excelentes condiciones —proclamó enfundándose unos guantes de algodón blancos, ajeno a la decepción de su cliente —. Verá, el valor del oro sería de unos… setecientos euros.

—¿Cuánto? ¿Toda esta charla de museos…? No tiene sentido. ¿Eso es lo que vale?

—No me ha entendido usted. Eso es el precio del oro del que está hecha; la valoración de una pieza como esta es complicada. Dándola por buena, le puedo decir que se movería entre… setenta y cinco mil euros, y medio millón. En subasta.

—¡Vendida! —remató impulsivamente Mirtylo, clavándose ligeramente las uñas en la cara antes de procesar lo que estaba escuchando.

—Cáspita. Por san Eligio bendito, ese es un olimpo al que yo no puedo acceder. Pero le puedo recomendar a una grandísima experta que tiene mercado para este tipo de piezas.

El hombre anotó algo en un papel y Mirtylo puso rumbo en la dirección que le acababa de proporcionar. Mientras lo veía alejarse, el viejo se peleó miopemente con el teléfono móvil y realizó una llamada:

—Te envío algo extraordinario. Puede ser justo lo que estabas buscando. Eso sí, cuidado con el tipo, es un especulador. Por cierto, te espero para comer el domingo, ¿verdad? —El viejo alejó un segundo el aparato del oído—: ¡Largo de aquí! —gritó hacia la puerta—. ¿Qué? Nada, hija, nada. Un tipo que se ha puesto a husmear. ¿Por dónde iba? Entonces, ¿traes tú una liebre y yo preparo un arroz?

OSINT
SEC. 8 / Salón de actos. Interior. Día.

El cabo Cordero, guiado por el lema militar de «¡Adelante, siempre adelante!», no dejó que la idea de los expolios arqueológicos se evaporara en la barra del bar. Y recopilando información de fuentes abiertas, se dedicó a navegar, a husmear, a preguntar, y no paró hasta que se encontró de oyente en una ponencia organizada por algo llamado Instituto Bíblico Arqueológico.

Tras aguantar con entereza la soporífera charla, se lanzó a por el ponente octogenario, el cual, feliz de suscitar interés en el público, se volcó con el atento Cordero.

La parte inicial de la conversación con el experto sólo le sirvió al cabo para enterarse de las peleas del anciano con su jefe de departamento, al cual consideraba un viejo corto de miras (Cordero estimaba que debía de ser compañero de pupitre de Matusalén). Pero con la paciencia y el saber hacer de alguien para quien tratar con mandos alejados de la realidad es el pan nuestro de cada día, Cordero consiguió que el vetusto especialista le hablara de una excavación arqueológica en la zona que a él le interesaba. Se trataba de un rico yacimiento a los pies del monte Hermón, donde unas fuertes lluvias provocaron hace tiempo un desprendimiento que había cubierto un poblado entero.

—Fabuloso, una gran suerte, cuerpos conservados intactos y fácilmente fechables. Además, de la mejor época. ¡Otra Pompeya!

La manera en la que el anciano se alegraba de cómo un pueblo en su totalidad se había ahogado en el fango le dio escalofríos al duro de Cordero. Siguió insistiendo hasta que el truculento conferenciante le relató que después de desenterrar no pocas piezas de valor, la expedición tuvo que poner pies en polvorosa por conflictos locales.

—Algo que ver con un tal ISIS —concluyó con abstraída candidez — no relacionado con la deidad egipcia que influyó en la virgen. ¿Las coordenadas? Claro, se las comparto encantado. ¿Quiere que le dedique el programa de la jornada? Igualmente. Ha sido un verdadero placer conocer a un apasionado de la arqueología.

ERMITAÑO SOCIAL
SEC. 9 / Calle comercial. Exterior. Día.

Mirtylo se internó en el corazón comercial de Palma. Andaba rápido y respiraba profundamente, buscando que la sangre abandonase su cartera y retornara a su cabeza. Había mostrado una ansiedad demasiado avara con el numismático y no podía repetir esos errores con un potencial comprador. Saltándose pasos de peatones y esquivando a viandantes perezosos, recorrió los soportales de la calle Jaume III y entró en El Corte Inglés. A su espalda había algo de follón, pero lo ignoró y recorrió los laberínticos grandes almacenes hasta la cafetería.

Con una copa fresca de espumoso Brut Nature de la vecina Cataluña y un café, recuperó el control de sus células grises. Así pues, organizó ideas, hizo números en una servilleta y se sintió preparado para el siguiente envite, dejando en la barra el billete de veinte euros de Cordero sin esperar el cambio.

—Lo que llega fácil, se va fácil.

Recordando sus tiernos años de formación, decidió salir por una puerta diferente a la que había usado para entrar, y a unas pocas manzanas se encontró contemplando el recargado escaparate de la tienda de antigüedades, adonde le había enviado el numismático. En el cartel ponía que abrían a las cuatro, aún era temprano, pero percibir movimiento tras el escaparate atrajo su atención.

Una chica morena le daba la espalda. La observó con interés. Lucía un pelo oscuro con toques rojizos arreglado en una melena sutilmente rizada que le llegaba a los hombros. La chica cambió de postura y Mirtylo pudo observar que los ojos castaños de la desconocida estaban absortos colocando una tosca figura de arcilla, cómicamente voluptuosa, que transmitía esencia femenina.

«Parece una de esas raperas norteamericanas que se están poniendo de moda», pensó.

Se notaba que la estatua, y probablemente su modelo, no estaban acostumbradas a pasar hambre, pero no se podía decir lo mismo de la anticuaria, a la cual se le marcaban los pómulos. En su gesto concentrado había algo de galgo, similitud que se extendía a

las piernas y esbelta figura, que destacaba en unos ajustados vaqueros claros y un jersey blanco con rayas azules horizontales.

—Suficiente de hacer el voyeur —se dijo Mirtylo.

Golpeó el cristal con los nudillos y dibujó una gran sonrisa en el rostro, sonrisa que buscaba una reacción espejo en la joven.

Ella, prestándole atención, apoyó la figura sobre un pedestal, y a la indicación de Mirtylo de que la puerta estaba cerrada, la joven respondió con señas que pasara. Las palabras del cartel no concordaban con la realidad, porque la puerta se abrió ante un suave empujón de Mirtylo, que se adentró en la recargada tienda.

MERCADO DE ARTE
SEC. 10 / Tienda de antigüedades. Interior. Día.

—Curiosa figura. Muy femenina. —Mirtylo señaló la estatua que había apreciado desde la calle.

—¿La conoce? Es una de las llamadas Venus paleolíticas. Esta en particular viene del área del mar Negro. Tiene unos quince mil años. Una jovencita. —La chica admiraba la pieza con genuino aprecio mientras recorría las curvas con los dedos, sin tocarla.

—Le pega el nombre. Desde luego, las formas generosas destacan. El caso es que de alguna manera me hace pensar en ofrecerle una buena comida, en vez de llevarla a la cama.

—Es curioso que lo diga. Canónicamente se han considerado símbolos de fertilidad, pero las últimas teorías sugieren que eran amuletos contra la hambruna: cuanto más cerca estaba el escultor de una glaciación, más obesas las hacía. -—La experta añadió con una sonrisa—: Es solo una teoría, pero a mí me parece verídica. Me gusta pensar que sería una buena compañía en una noche fría de invierno. Pero dígame, ¿en qué puedo ayudarle? ¿Busca algo en concreto?

—Al contrario: buscaba vender. Me han dado su referencia para una moneda.

—Ah. —El tono y la pose de la joven cambiaron, pasando del coqueteo profesional con un posible comprador adinerado, a una desenfadada cercanía—: ¿Entonces, eres el neófito que ha hablado con papá? No tienes el aspecto de pardillo que me ha descrito por teléfono.

—Vaya, no he reconocido el parentesco, supongo que por la ausencia de barba.

—Suficiente charleta. Enséñame ese áureo, confío en mi padre cuando dice que algo es digno de ver.

Mirtylo extendió la moneda que el numismático había protegido con un sobre transparente, y se alegró de que el hombre hubiese encontrado tiempo para actividades más mundanas que no fuera el coleccionismo obsesivo de medios de pago.

—Un ejemplar fabuloso y extremadamente raro, como ya te habrá dicho papá. Eso sí, será complicada de mover. Aunque, si alguien puede, esa soy yo. ¿Seguro que la quieres dejar marchar?

—Totalmente. No tengo genes de ardilla, y no hago acopio de nueces de ningún tipo.

—¡Oh, un minimalista! Qué aburrido, aunque hay cosas peores. Alguna tara tendrás. Supongo que no hay papeles, ¿verdad? ¿Algo sobre una herencia de tu tía abuela…? ¿Has intentado mover esto antes, o soy la primera afortunada? Oye, esa tía abuela ya estará enterrada, ¿no? No quiero problemas legales.

—La primera primerísima. Y mi tío está tan momia que podrías venderlo. —La risa clara y fresca de la joven sonó disonante entre aquellas antigüedades, y Mirtylo se esforzó en centrarse en su objetivo—: No nos hemos presentado. Mirtylo Pons, coleccionista fugaz. Encantado.

—Victoria —extendió una mano—. No te preocupes, Mirty. Te ayudaré a volver a tu aburrido mundo moderno. Respecto a nuestro áureo, un precio de seis cifras debería ser razonable. Todo depende de la prisa que tengas. Ah, y nosotros nos quedamos un veinte por ciento del valor de la venta, descontando el IVA.

Mirtylo se relajó al notar que entraban en lo comercial, aunque captó el tratamiento de *pardillo*. Aun así, decidió hacer de su debilidad una virtud, cumplir sus propios objetivos y no tentar a los dioses de la fortuna patrimonial:

—De acuerdo, tendré que confiar en los profesionales. Estoy dispuesto a partir con la moneda, pese a todo el valor sentimental que le tengo por ser de mi tío favorito. Creo que debe tenerla alguien que la aprecie de verdad. No pienso negociar vuestra comisión, no sé del tema. —Ella no pudo evitar sonreír al escuchar que el negocio iba a ser igual de rápido que lucrativo—. Pero como lo de las seis cifras es algo muy abierto, estoy dispuesto a pagar tu comisión si el precio supera el cuarto de millón de euros. Por debajo de esa cantidad os pagaré un fijo de diez mil, y podréis cobrar el resto al comprador. Si todo nos va de perlas, como grandes profesionales que sois, y superáis los trescientos mil, me comprometo a gastarme, aparte del veinte, otro diez adicional en

objetos de vuestra preciosa tienda. O como alternativa, estoy dispuesto a venderos la moneda directamente por ciento cincuenta mil en efectivo, y olvidamos completamente el tema de las compensaciones. —La sonrisa de la joven fue sustituida por un gesto concentrado. Mirtylo la veía calcular: los detalles, porcentajes, cifras… mezclados en torrente con la aparente falta de confrontación, surtían su efecto. Mirtylo prosiguió—: ¿Te suena irrazonable? Después de hablar con tu padre he hecho un par de llamadas durante la comida, y me dicen que hay un gran interés por la moneda a las orillas del Támesis. Me esperan el lunes. Hay un pub en Bloomsbury Street, justo en la esquina con el Museo Británico, que me encanta. ¿Te gusta Londres? Hay mercado para todo, desde isótopos radiactivos a ornitorrincos disecados.

Victoria frunció el ceño, apretó los labios y con una sonrisa divertida respondió:

—Eres un fenicio, pero te pasas de listo. El lunes que viene es festivo en Albión, no te atenderá nadie, y además no te recomiendo pasar esta chuchería por la aduana.

Victoria le acababa de pillar una flagrante mentira, pero él no se dio por aludido y decidió dar otro empujón a la negociación:

—Aun a malas, puedo tirar de mis amiguitos de Hacienda y cubrir ciertas deudas que tengo con el fisco. Al fin y al cabo, heredar es más caro de lo que la gente cree.

—Cuidado con eso, Mirty. He ayudado a clientes a gestionar deudas tributarias, y el papeleo es la clave. Deja de marear y hablemos en serio, que aquí estamos por la pasta.

—Vaya, pensaba que por amor al arte. —La pinchó socarronamente, buscando poner tierra por medio a sus mentiras no del todo afortunadas.

Victoria le dedicó una mirada cargada de cinismo, aunque no exenta de diversión:

—Confío en que podamos obtener tus doscientos cincuenta. Más sería complicado, y no se lo recomendaría a la otra parte.

Mirtylo aflojó. Todo le iba de cara, y ella mantenía el tipo. Hablaba con confianza y con el ceño fruncido, gesto que en opinión de Mirtylo no la desmejoraba para nada.

—En tal caso, Victoria, pronto brindaremos a la salud del futuro dueño de esta pieza única. Y repetiremos en unos años cuando salga por millones a subasta.

—¡Eso es, Mirty! Perdóname unos minutos, necesito hacer unas llamadas.

Mirtylo paseó tranquilamente entre antigüedades manteniendo un ojo en la entrada y otro en Victoria, a quien observaba hablando por un antiguo teléfono al fondo de la trastienda.

Ante sus narices se paseaba una ecléctica colección de simpáticas estatuas de Botero, un hierro de aspecto siniestro que su cartel anunciaba como espada íbera, unos cuantos Mirós, Tàpies… Todos aquellos objetos estaban destinados a ocupar espacio en las casas ricas de la isla buscando hacer más interesantes a sus dueños. Victoria regresó, pero su cara, sonriente antes de la llamada, se había nublado y los reflejos rojizos de su pelo parecían más encarnados.

—El comprador te verá hoy. Aquí tienes los detalles. Y oye, si Ali te invita a una copa… Bueno, decide tú, eres mayorcito.

—Ali. Ese nombre me lleva al misterioso Oriente. ¿Me lo encontraré con turbante y babuchas?

—Parece que tienes un sexto sentido. Suerte, Mirty.

PUB UNIVERSAL
SEC. 11 / Playa turística. Exterior. Día.

La dirección que Victoria dio a Mirtylo era del Arenal, una de las localidades que se extienden a lo largo de la interminable playa de arena blanca bordeando la bahía de Palma hacia el este. El progreso había convertido los pueblecitos de pescadores en kilómetros y kilómetros de hoteles, pisos, bares y turistas bermellones. No era un área que él frecuentara. Prefería zonas más glamurosas de la isla, pero hoy era una excepción.

Movido por un ímpetu que en ocasiones le dominaba, cogió un taxi que le dejó en el paseo marítimo del Arenal, donde se encontró de frente con un pub. Volvió a comprobar la nota escrita con la artística caligrafía de Victoria: el número coincidía con ese, lo cual no tenía mucho sentido. ¿Un bar? Decidió dar una vuelta a la manzana.

El pub, que parecía próspero, estaba flanqueado por un estudio de tatuajes, un estanco y un pequeño local de suvenires y camisetas, todos ubicados en el frontal de cara al mar. No se veía ningún otro portal que pudiese dar acceso a una zona de pisos u oficinas. Mirtylo se adentró en la calle que le quedaba a la derecha, donde una tienda de CBD, un cannabinoide no psicotrópico, sobrevivía en la franja gris de la legalidad española. Tras la tienda para los amantes de la relajación vegetal había un diminuto locutorio y otro bar, más viejo que el anterior. El siguiente local por la calle lateral era un grasiento taller que se estaba preparando para cerrar, con un par de motos grandes aparcadas en el vado: dos Harley-Davidson serigrafiadas con motivos mortuorios, y una Honda, que al lado del pesado y brillante cromo de las Harleys parecía un juguete infantil de plástico.

«Deben de ser especialistas», pensó Mirtylo, «seguro que el salitre ayuda a que los clientes necesiten repetir a menudo. Creo que al final la dirección será el antro de delante».

Aun así, decidió acabar la vuelta de reconocimiento; era bueno saber si existían posibles escapatorias a su cita, en especial cuando se preparaba para salir con un jugoso cheque.

Doblando la esquina y encontrándose en la calle paralela al paseo marítimo, llamada carrer Salut, se topó con un poco hospitalario muro de unos cuatro metros de altura en el que la única abertura era una puerta de garaje a cielo abierto. El muro estaba coronado con el arcaico método de trocitos variopintos de cristal de botellas rotas. Un par de modernas cámaras apuntaban a su perímetro. Vio un cartel de alarma colgado cerca de la entrada; tenía que acordarse de pasar de nuevo por aquí una vez cerrara el trato. Se lo podría llevar de propina para completar el día y colgarlo en el piso nuevo.

Otro giro: un hotelito, discreto y anticuado, pintado de blanco y azul marino, le recibió con ventanales opacos. El hotel, más alto que los otros edificios de la manzana, contaba con seis plantas. De aspecto deshabitado, no pertenecía a ninguna de las grandes cadenas que se extendían por la isla. Mirtylo volvió al paseo y entró en el pub, pensando que aquella manzana era un pequeño y ordenado microcosmos de todo lo que se necesita para unas buenas vacaciones: alcohol, tabaco, drogas, y si eres lo suficientemente afortunado para enganchar a un alma afín, podías incluir a la lista sexo en aquel hotelito tan convenientemente ubicado.

La puerta del local estaba rotulada con un búho de alas extendidas, una llave en las garras y un casco de moto. Una vez dentro, el ambiente era pesado: madera oscura, eterna penumbra, pantallas de televisión retransmitiendo deportes, y la variada parafernalia de cualquier pub de inspiración irlandesa. El olor característico de los antros de ese tipo también estaba presente, lo cual no dejó de sorprender a Mirtylo, ya que se encontraban en medio de una ventilada playa. Pese a su lúgubre aspecto, el local estaba lleno de turistas corrientes y molientes que buscan cerveza barata y mar.

Un movimiento llamó su atención: una siniestra calavera que le miraba directamente a los ojos. No era una persona delgada, ni una cara desfigurada; era literalmente un engendro del averno que se sentaba en una mesa del fondo. Al mudarse a la isla, Mirtylo leyó en una guía que el diablo había hecho su aparición en Palma un par de veces, y ahora sus propios ojos confirmaban el folclore local.

PALMA MC
SEC. 12 / Pub. Interior. Día.

Cuando el esqueleto se volvió a mover, Mirtylo comprendió lo que pasaba: estaba mirando la parte trasera de un enorme cráneo afeitado y tatuado. Lo que mantenía su contacto visual era el dibujo de un siniestro rostro de tinta a tamaño real: un cráneo unido sin transición ninguna a unos hombros de buey enfundados en un chaleco de cuero.

«Seguramente sea el portero del pub o de algún local de al lado. Mejor evitarlo», pensó Mirtylo y se dirigió al larguirucho camarero que ya se le había acercado:

—Busco a Ali.

—¿Quién pregunta?

—Me está esperando —respondió asertivo.

Después de examinar al recién llegado de arriba abajo, el camarero se encogió de hombros, gesto muy expansivo en su caso, y señaló hacia la esquina con indiferencia. Mirtylo no necesitó girarse para saber que le estaba indicando a la mole calva. «Seguro que Victoria se estará riendo en su polvoriento refugio», y se encaminó hacia Ali con una sonrisa y talante inocentes, notando cómo el peso de la moneda tiraba de él.

—Vengo a ver a Ali.

Dos diminutas pupilas se le clavaron. Estaban plantadas en una cara seria y totalmente afeitada. La calva reflejaba la luz verdosa de la publicidad de cerveza. Mirtylo añadió contexto:

—Es sobre una antigüedad, una moneda de esas que son y hacen historia.

Mirtylo usaba su voz de vendedor de ungüentos. La sonrisa se mantenía firme, al igual que la mirada, pero no se sentó ni extendió la mano hacia la mole. Tras una pesada pausa, recibió una pesada respuesta:

—¿Quién de *fuck* te ha dado permiso para llamarme así?

«Empezamos fuerte, un test. Puedo irme ahora y olvidarme. Puedo…», elucubró pero no hizo nada. Se tomó también su propia pausa y aguantó la mirada.

—Victoria me ha dicho que aquí hay un comprador para una moneda única, pero supongo que no es así.

Las manos del gigantón, también tatuadas, descansaban sobre la mesa, unas palas sobredimensionadas compuestas por salchichas rosas sin rastro de los nudillos. Lo que sí se veía era unos viejos tatuajes de tinta azulada: *hold* y *fast*, con cada letra ocupando un dedo. Las palabras contrastaban con el negro brillante y nítido de los antebrazos, donde a modo de pulsera había una hilera de runas tatuadas en las que Mirtylo apenas reconoció el doble rayo de las SS acompañado por lo que parecían unas flechas. «Un marino amante del misticismo humanista. Me preguntó si también tendrá a Bob Esponja tatuado en alguna parte». El tamaño de las manos le sugirió que era prudente callar esas observaciones.

Las salchichas se tensaron un momento, pero fue pasajero, y volvieron a su postura relajada, confirmada por una carcajada:

—Esa Victoria… *sweetie pie,* un trozo de tarta dulce, muy dulce. Más cerrada que una ostra, eso sí. Haría falta un buen cuchillo para abrirla. *Honest to God*, he gastado más dinero del que te puedes imaginar en antiguallas, y nada. No me acepta ni una fiesta. Sí, le he dicho que te pasaras por aquí. —El tatuado al que no le gustaba que le llamaran Ali, alargó una manaza y Mirtylo respondió al saludo—: Alistair. Y tú Mirtylo, ¿verdad? Buen apretón, *buddy*. Tienes eso a tu favor. Estoy harto de apretones de mano flojos. No me fío de un hombre blandengue. Pero tú me gustas. Vamos al despacho y hablamos con menos gente escuchando, ya me entiendes.

Gruñó al levantarse para salir del asiento tras la mesa, mientras indicaba a Mirtylo que lo siguiera. Abrió una puerta frente a los lavabos, donde una escalera subía a una diminuta segunda planta donde se ubicaba el despacho del jefe, es decir, del propio Ali. Se trataba de un espacio con decoración industrial, una pequeña barra de bar y una gran bandera con un cráneo alado con *Palma Chapter* escrito en ella.

Alistair se colocó tras la barra, señalando a Mirtylo dónde sentarse:

—¿Qué te pongo, *buddy*? ¿Una agüita con hielo y limón? ¿Una tónica tal vez? Oh, ya lo sé, una cerveza.

—No bebo cerveza, gracias. —Con esa frase Mirtylo empezaba la habitual pantomima: buscó en el bolsillo, sacó el estuche para puros y se metió uno en la boca, dejando el contenedor de piel en la barra y haciendo su parte para ganar terreno. Estas parsimoniosas acciones le daban tiempo para observar el entorno y las botellas—: Tomaré un Tito's con hielo.

—¡Tito's! Me sorprendes, es mi bebida también. De hombres de verdad. Es lo que toman los malditos *ruskis*. Como todo, nosotros lo hacemos mejor, ¿verdad? Te acompañaré tomando un trago. El día ya no da para más, al menos para la gente decente, como tú y yo. Oye, ese nombre… Mirtylo, no me suena de aquí.

—Pons sí te sonará. Es que tenía unos padres originales. Ali tampoco es muy habitual. ¿También se metían contigo en el colegio?

—No mucho, al menos nadie lo hacía dos veces —sonrió Alistair frotándose las manos—. Es de ascendencia escocesa, como yo, con un dieciseisavo comanche, mezclado en Texas.

—De Texas a Palma hay un trecho —opinó vacíamente Mirtylo.

—Todo está cerca para la gran marina americana. Ocho años navegando los mares y saltando dientes en el todopoderoso USS George Washington. Dos veces campeón de boxeo amateur, demasiado agresivo para los *pros*… Justo lo necesario para la *Navy*. ¿Tú serviste?

—Lo siento, no he tenido ocasión de gozar de la camaradería, las duchas en grupo y todo eso.

—¡*Fuck that shit!* Órdenes constantes. Me alisté un par de años antes del 9/11. Era un sitio cómodo para ver el mundo, pero luego todo se fue a la mierda —se lamentó rascándose donde la gente suele tener el cuello, apuró el vodka de golpe y extendió una manaza a Mirtylo—: Ahora que el aperitivo ha terminado, al negocio. A ver, enséñame lo que traes.

—No me das la impresión de ser un gran aficionado a la numismática. ¿Va a ser un cheque o tienes los trescientos aquí? —indagó Mirtylo, que se mantenía a cierta distancia de su anfitrión.

—Eran doscientos cincuenta mil, listillo. Y sí, los tengo aquí. A ver la moneda y cerramos.

Alistair le rellenó la copa a Mirtylo innecesariamente, el vaso rebosaba. Con un apretón de su zarpa, el motero convirtió un enorme hielo en picadillo acuoso que desbordó el líquido transparente.

Mirtylo captó la poco sutil alternativa a hacer negocios con Ali; era demasiado tarde para retirarse. La mole tatuada continuó hablando:

—Me gustas, Mirtylo, aunque me bebes poco. Y la gente a la que tengo que repetir las cosas deja enseguida de gustarme. *C'mon*, *buddy*.

Mirtylo sacó la moneda del bolsillo y la exhibió a cierta distancia. Mientras, con la otra mano buscaba el vaso de vodka por si necesitaba usarlo antes de huir. Alistair observaba con atención, pero no accionó las manazas, sus músculos parecían relajados.

—No me dice nada, pero según Victoria, vale bastante. Confío en esa ratoncita de biblioteca cuando me dice que voy a ganar un buen dinero.

Ali se dobló tras la barra y abrió una nevera de Coca-Cola de color rojo esmaltado; dentro había una caja fuerte. El cráneo tatuado vigilaba con ojos negros al señor Pons mientras Alistair rebuscaba y resoplaba.

El grandullón sacó un fajo de billetes, rompió con los dientes el precinto exterior y extendió a Mirtylo la mitad. Olían a nuevo y llevaban bandas del Banco de España. Ahí estaban: doscientos cincuenta mil euros en billetes de quinientos, en un cómodo bloque que pesaba poco más de medio kilo.

—Conveniente. Creo que los llamáis «Bin Ladens», ¿no? Si me tocas los cojones, terminarás como él, en el fondo del mar. Ahora, la moneda.

Mirtylo contó los billetes rápidamente mientras no apartaba los ojos de ellos, confiando tanto en el tacto como en la vista, y le lanzó la moneda al anfitrión.

—Una grandísima compra, don Alistair, y todo un placer conocerle. Un local precioso, muy bueno todo. Adiós. —Se despidió iniciando una rápida retirada hacia la puerta, pero Alistair, más ágil de lo que se podía esperar, le bloqueó rápido el paso con una mano en el hombro.

—Oh, no, Mirtylo. Ahora somos más que familia. Somos socios, *buddy* —sonrió de forma idéntica a la calavera tatuada—: una compra así merece que lo celebremos.

HUMINT
SEC. 13 / Base militar. Interior. Día.

Ya sobre el terreno, el cabo Cordero pasó de la teoría a la práctica. Lo primero que hizo fue meter de voluntarios a sus chicos, que protestaron confusos, y a él mismo en la impopular, por aburrida, tarea de patrullar el también aburrido pueblo de Dier El Aachayerr, que la misión española financiaba y donde colaboraba, con apoyo, en la ampliación de un colegio local. El pueblo de «El Hacha», como lo apodaban los soldados españoles, estaba compuesto por un templo romano rodeado de unas trescientas casas hechas de bloques de hormigón, campos pedregosos hasta donde alcanzaba la vista, y no pocas ovejas.

El veterano soldado se dedicó a ir a tomar café a la casa del cacique local, Yussuf, un anciano de amables ojos castaños con sorprendentemente buena dentadura y envuelto en una chaqueta igual de ajada que él. Buzo y Stalin se quejaban mientras cargaban los sacos de cemento; aquel, el segundo mes de voluntariado, habría hecho cualquier cosa con tal de librarse de pasar otra jornada rodeados de ovejas. Para entretenerles, Cordero consiguió de los locales unos fusiles Kalashnikov de quinta mano que la tropa se dedicaba a disparar con gusto en las pedregosas laderas, organizando competiciones de tiro con la juventud local.

Mientras tanto, Cordero seguía con cafés fuertes, tés dulzones, y conversaciones con Yussuf.

Los meses transcurrían en una calma tensa. Los vecinos cascos azules nepalíes habían perdido a un hombre en un fuego cruzado entre milicias. Pasada la primera impresión de estar en el extranjero, la base Miguel de Cervantes era igual que cualquier otra base española, y el servicio fluía rutinariamente. Hubo dos visitas culturales, una a Beirut y otra a Tiro, donde, para sorpresa de sus chicos, Cordero había comprado una gran cantidad de suvenires y dos arcones pesados que tenían que ser transportados entre todos.

Cuando ya solo quedaba un mes para volver a Palma, los tres soldados se reunieron en una cantina subvencionada por el ejército. Tras darles una paliza en el tatami, y asegurándose de que se habían

tomado un par de cervezas, Cordero empezó una sesión informativa con la unidad:

—Tropa, ¿qué os está pareciendo la misión? ¿Os sentís ya héroes de la patria?

—Esto es un peñazo, mi cabo. Solo hacemos que vigilar rocas y ganado —respondió Buzo, al que se le había aireado el poco romanticismo militar que quedaba en su joven cabeza—. Lo cierto es que me siento como una compresa puesta aquí para que los israelíes y los locales no se den de palos, y aun así, lo hacen por encima de nuestras cabezas.

—Aquí empieza a hacer frío —añadió Stalin más calmado—, y estoy harto de la carrera continua, pero no me voy a quejar. He conocido un país nuevo, le hemos dado caña a el Fifa, y las hamburguesas de los jueves no están mal. Y al final, queráis o no, volvemos a casa con algo de plata.

—Es poco dinero, y no siento que estemos en la cresta de la ola, la verdad. Además, el nuevo teniente es un patán, está más verde que una lima. ¿Cómo es que se ha quedado aquí, mi cabo? Usted le da mil vueltas.

—Haced caso a este viejo soldado: para mí esta es la última misión de muchas, y con la mano en el corazón, no está tan mal. Vosotros al menos aún conserváis las rodillas, las mías están en las últimas después de tantas panzadas por los eriales. Además, de cabo se está bien. Más arriba sólo es política; soy demasiado honesto para las alturas.

—¿Quiere decir que *esto* es lo que nos espera, mi cabo? Hoy suena a quemado. —Buzo se veía reflejado en su superior, y no le gustaba el futuro que le mostraba.

Percibiendo a sus polluelos alicaídos y notando el terreno propicio, Cordero decidió sacar la artillería pesada:

—Os voy a proponer una misión para salir de esta rueda. Estáis a punto de vivir una aventura que contar a los nietos que tenéis nadando ahora mismo en los cojones.

—¿A qué te refieres, cabo? Todo menos ser traficante. He venido demasiado lejos para lo que podría estar haciendo en Medellín —bromeó Stalin.

—¿Es algo… seguro? —indagó Buzo con cautela; se le habían contagiado las dudas de Stalin.

—¿Seguro? ¿Entraste en la milicia para estar seguro o para ser un hombre? ¡Cállate! Vamos a ver: ¿os acordáis de las antiguallas? Lo hablamos antes de venir. Pues papá Cordero tiene un plan, pero si os lo cuento estáis dentro, ¿entendido? La otra alternativa es iros a la calle a los cuarenta y cinco años, pelearos por una oposición a guardia civil, y seguir con la vida de cuartel persiguiendo ladrones de aceituna por el monte. Si ese es vuestro plan, os levantáis de la mesa ya. No os juzgaré por falta de hombría.

Los dos soldados se miraron mientras Cordero esperaba tranquilo. Sabía que jugaba una buena mano. Buzo abrió la boca para protestar, pero se encontró con una mueca de curiosidad por parte de Stalin y, temeroso de quedar excluido, se calló. Los tres se quedaron en silencio, apretaron las ya tibias cervezas y acercaron las cabezas al centro.

Cordero miró alrededor, nadie les prestaba atención:

—¡Grandes, mis polluelos! No esperaba menos de mi tropa —susurró—. Pues bien, mientras vosotros os dedicabais al onanismo y a la maquinita como adolescentes, papá Cordero ha ido preparando el terreno -—inspiró—: Aquí, a unos cien kilómetros, tenemos una excavación arqueológica abandonada, y hay piezas esperándonos. Catalogadas, limpitas y empacadas. Solo tenemos que acercarnos y recogerlas. Media jornada de trabajo y estaremos nadando en la opulencia. Capitanes generales los tres, hasta el fin de nuestros días.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—En El Hacha. Mañana es el día.

DE PROFESIONES ANTIGUAS
SEC. 14 / Club de caballeros. Inteior. Noche.

Pese a los efluvios del vino, Mirtylo se ubicó rápidamente: se hallaba en el patio interior que conectaba la parte trasera de los locales que conformaban la manzana y que se usaba de almacén comunal y aparcamiento. El patio estaba parcialmente techado, y las zonas abiertas se habían cubierto con redes de camuflaje; algo fuera de lugar en una playa española, pero muy conveniente para evitar miradas indiscretas.

Nada más cerrar el trato, Alistair resultó ser un colega agradable. Primero compartió múltiples anécdotas ligeramente criminales de la vida en California tras dejar la Marina, y luego se explayó en exceso sobre el universo de las motos, pero era excusable: el mundo de dos ruedas daba forma a su personalidad por completo. Alistair usaba ágilmente su club de moteros como punto de encuentro para los cincuentones de la isla que querían compensar su decreciente nivel de testosterona con mecánica y fiestas. Además, resultó que tenían conocidos en común en el Consejo Insular. Hasta ahora los círculos sociales de ambos habían sido concéntricos, sin cruzarse, aunque compartieran el mismo núcleo.

—Se me hace tarde, Ali. Me retiro. Quedemos a comer la semana que viene, si quieres, pero no insistas en lo de las motos. No me interesa ser donante de órganos.

—Espera, que ahora viene lo mejor. Mi joya de la corona, la exposición. Te gustará, Mirty, ya verás. Un buen cierre al día. ¿Te molan las tías o lo otro? Te consigo lo que quieras.

Alistair guio a su invitado a través del patio, entre coches aparcados y cajas de botellas vacías, barriles de cerveza, jaulas de acero y cartones variados, y llegó a lo que debía de ser la puerta trasera del hotel, que abrió con un código electrónico. De ahí al lobby, y de ahí al ascensor, donde acercó una tarjeta magnética que los subió a la sexta planta.

Cuando las puertas se abrieron encontraron una sala con paredes pintadas de un rojo pasión. De repente, los anodinos cuadros del lobby eran remplazados por portadas de revistas porno enmarcadas.

—¿Qué te parece? —sonrió Ali con visible orgullo—. Las revistas las seleccioné yo mismo. Esa *Hustler* es mi favorita. Un sitio elegante, ¿verdad?

—Muy bonito, pero ¿qué hacemos aquí? Prefiero métodos menos… transaccionales.

—Oh, no te preocupes. Invito yo, *buddy*, tengo género fino, nada de Corea. Pero ¿dónde están mis chicas? —Dio unas palmas al aire —. ¡Vamos, que salgan todas!

Mirtylo volvió a intentar excusarse: que el día había sido largo; que ahora mismo necesitaba volver a casa y dormir… Alistair le puso otra vez una zarpa en el hombro y le dio a entender que la *fiesta* terminaba cuando a él le parecía. De hecho, sus afiladas pupilas no se tranquilizaron hasta que Mirtylo se encontró tendido en calzoncillos en una de las habitaciones privadas, notando que había perdido el control de aquella tarde.

—Llámame Afrodita, cariño, y tu hoy vas a ser King Kong. ¿Qué es lo que te gusta, guapo?

La profesional voz de Afrodita le sacó de su ensimismamiento. No era especialmente guapa ni sexy, al menos no de la manera en la que estaba acostumbrado, aunque sus atributos físicos eran irreprochables bajo aquel complejo corsé con fantasía de volantes en el que estaba ataviada. Mirtylo observó de reojo la antesala donde había quedado su ropa y el botín, y comprobó que la ventana apenas se abría un palmo, sin ofrecer margen de escapatoria. Afrodita, viendo que un cliente importante para su patrón se mostraba reticente, redobló sus esfuerzos profesionales con una pizca de irritación. Él lo captó y decidió reconducir la situación, evitando las manos que lo buscaban.

—Verás, Afrodita, te parecerá extraño y no sé cómo decírtelo, pero…

—Sí, fortachón… Dime lo que tú quieras, que yo te lo daré todo. ¿Sabes? El presidente me ha dicho que te cuide, aunque para las cosas especiales hay recargo. ¿Quieres que te pegue, eh? Solo tengo que ir a por mí fusta, que la manicura es nueva y no quiero estropearla.

—Muy bonitas tus uñas. No. Es más simple que todo eso. Verás, lo que de verdad me haría muy feliz es un masaje en la espalda —salió del paso Mirtylo.

La contrariedad se dibujó en el rostro de aquella diosa griega, pero rápidamente lo cambió por relajación, y con gran pragmatismo profesional entendió que esa petición era mejor que ofrecer lo habitual, y además ella cobraría igual. Mirtylo se tumbó bocarriba, dando gracias al cielo por haberle bendecido con sencillez respecto a sus intereses carnales, pero rápidamente se tuvo que dar la vuelta. Además, no quería verse reflejado en el espejo del techo, que distorsionaba la ya de por sí surrealista situación.

La patrona de la sensualidad tenía las manos fuertes, y como había sido un día largo y lleno de eventos, enseguida cayó dormido. Pensó en Victoria justo antes de entrar en el mundo onírico.

CONEXIÓN ENTRE PROVINCIAS IMPERIALES
SEC. 15 / Carretera. Exterior. Día.

Cordero ya tenía todo apalabrado dentro de la base. Oficialmente, le mandaba un joven teniente recién despachado de la academia que no lograba reflejar en la realidad el poder del rango, especialmente con alguien tan curtido como Cordero. El cabo le contó una historia sobre elementos sospechosos que había observado en las inmediaciones del colegio en construcción, y que en su humilde opinión sería beneficioso patrullar la zona adoptando una operativa de postura, presencia y perfil (PPP), si, por supuesto, su superior tenía a bien dar esa orden.

El teniente le agradeció la sugerencia, se ofreció a participar y suspiró tranquilo al saber que ni su presencia ni la toma de decisiones por su parte eran necesarias. Eso sí, el teniente hizo el papeleo e incluyó a la patrulla de Cordero en la *Daily Tasking Order*; cubriendo así las espaldas a Cordero por si llegaba a ocurrir algún incidente en las inmediaciones de El Hacha.

Los tres soldados recorrieron Echo Road en su todoterreno militar color blanco de la ONU, enfrentándose a los conductores locales, que se comportaban cual chihuahuas frente a un mastín: consideraban que sus tartanas de los ochenta tenían la misma, o incluso, más prioridad que un vehículo de alta movilidad táctico de dos toneladas. El nevado Monte Hermón, apostado a la derecha del camino, con sus considerables dos mil ochocientos metros de altura, vigilaba el progreso de los soldados. Stalin, que dormitaba por el efecto conjunto del desayuno y de recorrer una carretera a estas alturas ya harto conocida, dio un respingo en un bache y murmuró entreabriendo los ojos lentamente:

—¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?

—¿Qué demonios…? ¡¿Qué dices?! —Buzo gritaba por encima del traqueteo.

—Eh… nada, estaba pensando en mi nona. Le encantaría visitar todo esto y me ha venido a la mente algo que solía decirme a

menudo. —Se despertó del todo—. He leído por ahí que esa montaña es uno de los sitios que Jesús visitó.

—Mucha religión y lo que quieras, polluelo, pero aquí se pelean por un recurso en concreto. De esa montaña es de donde todos sacan el agua —suspiró Cordero.

—Mi cabo, ¿es ahí mismo donde están las antiguallas, en la montaña?

—Eso es, esperándonos. Solo hay que cruzar a Siria.

—¿Y podemos fiarnos de estos cabeza-toalla? Porque parece que miran desde lejos, se hacen los simpáticos, pero hay algo en sus ojos que me rechina. Son turbios, como si se guardaran algo —dijo Buzo.

—Para empezar, estos con los que tratamos son maronitas, de los de la cuerda de Stalin, así que nada de toallas. Un respeto por nuestros anfitriones. No confundas la aparente pobreza con primitivismo. Estos saben más que tú y yo juntos, viven con miles de años de historia como si fuera el presente. Así que, mantened la boca cerrada y atended.

—¿Has dicho Siria? Espera, ¿no están en guerra? —preguntó Stalin, a quien la misión le empezaba a escamar.

DEUDAS DE JUEGO
SEC. 16 / Club de caballeros. Interior. Noche.

Mirtylo se despertó sobresaltado. Había estado inconsciente un tiempo indefinido e intentó compensar ansiosamente la vulnerabilidad a la que permaneció expuesto, lanzando la típica lista de preguntas de autoevaluación tras despertar una larga noche: ¿dónde estoy?, ¿quién es ese tipo que me mira?, ¿tengo mis dos riñones?

De repente se sintió zarandeado por la profesional de los placeres mundanos, conocida por Afrodita, mientras las respuestas aparecían pesadamente en su cabeza: estás en un burdel del Arenal; eso es tu reflejo, idiota; sí, pero te convendría hidratarlos con agua. Ah, y la noche no ha terminado.

Cuando vio que su cliente recuperaba la lucidez, Afrodita volvió a su actividad mundana de hacer punto:

—Te busca Alistair. Yo no le haría esperar. Oye, ¿te gusta este color? —Afrodita le mostró una prenda indefinida que Mirtylo apreció, y movido por un instinto cleptómano, al rondar por la estancia se apropió de una aguja de punto que asomaba por la bolsa de la costurera, sin que esta se fijara—: Con clientes así, da gusto. Mira, me ha dado tiempo a hacer tres líneas y a ponerme al día con mi libro. ¿De verdad te gusta el color?

Mirtylo se enjuagó la cara en un aseo contiguo y salió al recibidor a ponerse la ropa. No le sorprendió que estuviese revuelta, se habían llevado la cartera. Al fin y al cabo, estaba en territorio de Ali, y este imponía sus propias reglas; al menos le consolaba que el dinero seguía en la americana. La honesta Afrodita no lo había ni tocado. Sin terminar de comprender la lógica del grandullón, se vistió, y colocando discretamente la aguja de ocho centímetros en su manga, se preparó para tener una conversación seria mientras adornaba su rostro con una inocente y satisfecha sonrisa.

Alistair le esperaba en el salón conversando con dos hombres de mediana edad y aspecto de clientes asiduos. En cuanto Mirtylo apareció, invitó a todo el mundo a irse mientras le indicaba que se sentase en un sofá. Mirtylo lo ignoró y se acercó a la barra para

servirse una copa que sujetó con la mano izquierda. Dudaba que le fuera a salir gratis, notaba peligrar el peso que sentía en el bolsillo de la chaqueta.

—Gracias por tu hospitalidad, Alistair, pero un poco caro el servicio. Le pondré una estrella.

—Muy gracioso, *buddy*. Por cierto, ¿quién eres?

—Soy una persona cansada que se quiere ir a casa.

—¿Quién eres y por qué has venido a por mí?

—Lo tienes escrito en el permiso de conducir que me has quitado: Mirtylo Pons, natural de Palma. Más allá de eso, quién soy es asunto mío. Y no te persigo. Hasta hace ocho horas no sabía ni que existías. Pensaba que Victoria me enviaba a ver a un ricachón con aficiones de urraca. Si hubiese estado menos distraído con ella, habría hecho otros planes y me habría ahorrado el placer de conocerte.

Alistair lo escuchaba con atención, como antes de que empezaran a beber y fraternizar. Mirtylo apretaba la aguja entre sus dedos sin dejar que el brazo transmitiese tensión. Estaba preparado para saltar antes de que Ali se levantase o diese alguna señal a sus acólitos, que sin duda observaban la escena a través de videocámaras. Todo se aceleraría en cuanto la acción empezara.

Mirtylo midió sus pasos, tenía que conseguir la tarjeta del ascensor del bolsillo de Ali, por si fuera necesario para bajar. Aunque si se veía falto de tiempo o Ali aguantaba el primer golpe demasiado bien, podía arriesgarse e irse sin ella. La cartera le daba igual, tenía documentos de repuesto. Lo importante era salir del hotel y poner en marcha uno de sus planes de escape. «Una lástima. Mirtylo Pons en Mallorca era una vida que le gustaba», pensó.

El instinto animal de Alistair sintió que no tenía el habitual control de la situación, que algo se le escapaba.

—*Buddy* —empezó en tono diplomático—, me has vendido algo que es mío.

—¿Qué? ¿Yo? Pero si soy un invitado modelo: he bebido lo que me has puesto, no he pedido nada de comer, te he escuchado, e incluso he apuntado al mear cuando otros son incapaces de hacerlo. Mi comportamiento ha sido intachable. ¿Esto es porque no he

querido esnifar esa porquería que te metes? Está claro que pudre el cerebro.

—La moneda —seguía en tono amable—. Te he estado observando. ¿Sabes?, podrías ser un *fed* que ha sacado algo de dinero del contribuyente para venir a pasar unas vacaciones a Europa y molestar. Pero no lo pareces, por tus papeles, y tampoco has reaccionado a ninguna de mis historias sobre delitos federales.

Señaló a la documentación de Mirtylo que tenía desplegada justo delante, entre una selección de prensa económica y deportiva. Los titulares hablaban del auge de los criptoactivos y del fallecimiento de un conocido entrenador de boxeo.

—Ningún infiltrado tendría estos documentos —gruñó Ali rascándose los tatuajes de la calva—: carnet de conducir lituano, DNI español, permiso de caza y pesca, carnet de afiliación al partido regionalista y a la sociedad animalista… Demasiado imaginativo, *buddy*. Podría herirte ahora mismo.

«Si lo intentas, tendrás un picor bastante fuerte en el cráneo, pero por dentro», vaticinó Mirtylo, con una mano en el bolsillo y frialdad en la mirada.

—Alistair, confórmate con una cosa: moneda o dinero, que el exceso de apetito causa ardor de estómago.

—Esa moneda *única* es una deuda de juego. Resulta que un *soldier boy* que me debe una fortuna me la empeñó antes de tragársela. Así que has venido a mi casa a venderme lo mío, con dos cojones, *buddy*. ¿Cómo es que la tenías?

—Mira, la encontré en un sofá de segunda mano que me compré por internet. —Todo era verdad en la frase de Mirtylo, no era una verdad útil pero habría pasado el polígrafo—. Además, si es tuya, ¿cómo es que la he traído yo? ¿Cómo era eso de «la posesión como fundamento del derecho»? Para ser tuya, que no la hayas tenido hasta hoy me parece bastante… flojo, a no ser que me enseñes el contrato, en cuyo caso estaría asegurada, ya habrías reclamado la póliza y no estaría perdiendo mi tiempo aquí contigo.

—Aquí está —dijo Alistair enseñando con burla el brillante objeto de la discordia—. Quien tiene la fuerza tiene la razón. Pero seré

razonable, *buddy*. Esta moneda no es todo lo que quiero, es solo el aperitivo. Quiero a quien me engañó.

Mirtylo sabía que negociar era inútil. Le iban a cargar un muerto, y mientras estuviese al alcance de los puños de Alistair, no tenía más opción que aceptar. Una vez fuera del burdel, ya se escabulliría:

—Entonces… ¿Qué quieres, que te encuentre a ese tipo? Estará en el fondo de alguna cuneta o de parranda por Europa. ¿Cómo se llama, a todo esto?

—No ha salido de la isla. Eso lo sé, y tú tampoco podrás salir, créeme. Se llama Cordero.

A Mirtylo se le secó la garganta. Recordaba haber visto el nombre de aquel descarriado en su adquisición inmobiliaria. Alistair, con sus diminutas pupilas, seguía vigilándole.

—El *soldier boy* ese me debía cuatrocientos mil, quitando la parte de Victoria…, tú ya has cubierto la mitad. Ahora me faltan otros doscientos. Así que me traes al soldadito o cubres lo que queda, me da igual el resto. Tienes, digamos, hasta el domingo.

—¿Y si… y si por ejemplo digo que no y lo dejamos ahí? —resolvió Mirtylo.

Alistair se río sin humor, se levantó y con un rápido movimiento le propinó un derechazo en el hígado. La aguja de coser asomó por la manga de Mirtylo. No habría un segundo golpe.

—Me caes bien, muchacho, pero sí no cumples, acabarás en el fondo del mar. —Con delicadeza, Alistair extrajo los billetes del bolsillo de Mirtylo—. Ya verás que soy un *boss* duro pero justo. Bruto y Hans te ayudarán con el trabajito.

Dos jóvenes enfundados en chalecos de motorista con *Palma Chapter* bordado en la espalda se llevaron a Mirtylo, mientras la voz de Alistair resonaba:

—¡Hasta el domingo, *buddy*, hasta el domingo!

VENDIENDO LA PIEL DEL OSO
SEC. 17 / Pueblo libanés. Exterior. Día.

Habían estado en Deir El Aachayer al menos una decena de veces y ya les resultaba familiar, aburrido incluso, pero ahora que estaban de misión, lo encontraban cambiado. La gente, ocupándose de sus asuntos, no lo hacía de manera natural, parecían disimular en vez de trabajar de verdad. Incluso la chiquillería que correteaba y toqueteaba el polvoriento todoterreno con sus manitas pegajosas resultaba amenazante.

Las miradas eran furtivas, los dieciocho grados al sol resultaban fríos, y cuando las nubes grises velaban el gran reactor de helio en el cielo, las sombras apagaban el espíritu de Buzo y Stalin.

Cordero, que trajinaba ocupado, era inmune a esa mezcla de paranoia y melancolía.

El cabo fue a cerrar el trato con Yussuf. Había estado en esa casa multitud de veces para las sesiones de recopilación de inteligencia, para practicar el árabe y porque le gustaba la compañía del patriarca. Una vez más, volvía a disfrutar de la deferencia que mostraban aquellos anfitriones: asientos bajos, coloridas alfombras en las paredes, ese jardín amurallado con frutales, y una piscina de diseño a la cual se accedía por unas puertas blancas desde el salón. El interior confortable contrastaba con la fachada, de estilo brutalista, hecha con un hormigón poco estético.

El alma de miliciano de Cordero no podía dejar de valorar el estricto orden y respeto que comandaba Yussuf en su extensa familia, y admiraba especialmente cómo el patriarca hacía trabajar constantemente a todos los miembros de la casa, desde los adultos a los más pequeños.

«Un gran teniente coronel se ha desperdiciado en este pueblo de pastores, incluso un coronel entero», pensaba el cabo. «Si cubro lo que debo y me alejo de esas condenadas barajas, yo también podré retirarme a una pequeña finca en Sóller y llenarla de enanos serviciales y educados. Sí, no sería una mala jubilación».

Yussuf, tras el regateo de rigor en una mezcla entre árabe, francés y un inglés roto, les asignó a un familiar como guía. El

lazarillo tenía por nombre Nuam, se había prestado voluntario y el precio de su servicio era asequible. Tal como Yussuf lo describió: Nuam era su sobrino favorito, un tipo resolutivo e inteligente, con una mente como un cuchillo recién afilado, excelente guía y mejor conductor, «una de las joyas de la familia», en palabras del viejo patriarca. Por un momento Cordero pensó que se lo quería vender al peso, pero tales eran las costumbres locales. De modo que agradeció la concesión del guía, el dulce café incitador de diabetes, y aún más el dulce árabe que lo acompañaba, hecho de pasta de pipas y miel, que picaba los dientes con solo mirarlo. Tratar con Yussuf también garantizaba un paso tranquilo a la frontera con Siria.

Cuando Cordero salió de la casa, encontró a sus polluelos ya cambiados con ropa de calle, eso sí, conservaban las botas militares y se asomaban las camisetas marrones; una, bajo la sudadera con capucha de Buzo, y la otra, bajo la camisa de manga larga de Stalin. Seguían teniendo un aspecto absolutamente militar, puede que porque llevaban los fusiles al hombro, pero a Cordero le valía. Necesitaban el camuflaje justo.

Según las indicaciones del cabo, dejaron las armas reglamentarias en el todoterreno, y este, a su vez, lo habían aparcado lejos de la vista de curiosos en un taller hecho de bloques de hormigón y acero corrugado, que era la fragua del pueblo. Los AK tenían peor precisión que los fusiles de asalto HK, pero no destacaban, y para algo les había tenido practicando estos meses.

Nuam los tenía que llevar a Qalaat al-Jandal, un pueblecito a menos de una hora en coche. De camino cruzarían la frontera, bordearían Damasco, recogerían toda la pila de bienes que habían dejado los arqueólogos, pues por alguna razón valoraban más la vida que su contribución a la ciencia, y finalmente desandarían los pasos para estar de vuelta a la hora de la comida. Aquel plan les permitía tres o cuatro horas extra para imprevistos.

Pese a todo, el cabo, conocedor de la vida militar, había cogido raciones de campo. No llevar comida era garantía de que las cosas se alargasen, sí o sí. Además, llevaba una gran bolsa de viaje comprada en un bazar de Tiro, de marca Abbibas y con clara

inspiración germana, cargada con múltiples útiles del tipo «mejor prevenir que curar».

«Esta mano es de las que promete y la estoy jugando de lujo», pensó el azaroso Cordero antes de sentarse de copiloto al lado de un sonriente Nuam.

DE LA IMPORTANCIA DE PENSAR Y A VECES ACTUAR
SEC. 18 / Coche de Bruto. Exterior. Noche.

«Maldición, esto se está enredando», reflexionó Mirtylo.

Se sentía como un sacacorchos, que con cada vuelta queda más atrapado en la situación. Sus dos nuevas niñeras parecían clones: ambos de físico atlético, alrededor de noventa kilos, pelo corto, y el brazo izquierdo ligeramente separado de la axila. La única diferencia entre Bruto, que conducía, y Hans, que vigilaba desde el asiento trasero con las manos agarradas al chaleco, era que el primero era moreno y el segundo sutilmente pelirrojo con ojos claros.

Aquella postura de manos de Hans le resultaba familiar, pero no le prestó atención, estaba demasiado centrado en sí mismo. Según la experiencia vital de Mirtylo, los errores se pagan en tres divisas: tiempo, dinero y salud. Y la situación actual tenía los tres factores en contra. Además, sabía que los errores tienen otra característica adicional: una vez has cometido uno, la posibilidad de encadenarlo con el siguiente es alta. Eso es lo que le había pasado. Su primer error fue enseñar una moneda única a un profesional que sabía reconocerla, y a partir de ahí todas las decisiones fueron malas. Victoria se cruzó un segundo en su mente, pero la apartó. No estaba de humor. Con una mano sobre su dolorido hígado, hizo la promesa de que iba a beber menos y a pensar más, si sobrevivía.

«La nueva escala de mando es: cerebro, hígado, y ya lo último, las gónadas».

Abrió la ventanilla. Regresaban en la oscuridad de la noche hacia Palma en un Seat León con lunas tintadas que había visto aparcado en el patio amurallado. Cuando subieron al coche, Mirtylo había aprovechado para pinchar la rueda del copiloto con su aguja de tejer, pero no tuvo tiempo de comprobar si había sido efectivo. El apacible frescor nocturno le recordó que eran las cuatro de la madrugada del jueves. Tenía noventa y dos horas para dar con Cordero, con el dinero u otra alternativa, y eso era si aceptaba las reglas del gran Ali —grande en tamaño, no en bondad— al pie de la letra. Algo con lo que Mirtylo no podía contar.

Necesitaba pensar profundamente, pero era incapaz de concentrarse. Lo primero era librarse de la resaca y de aquellos canguros. Probó con un básico:

—Gracias por acercarme a Palma, chicos. Si me dejáis en la catedral, de ahí ya tiro solo.

—Que te den. El presidente ha dicho que no te quitemos el ojo de encima.

—¿También me vais a arropar antes de dormir? Ahora entiendo por qué os gusta tanto el cuero y las motos masculinas.

Hans, desde el asiento de atrás, le dio un capón. Mirtylo se sintió ultrajado, era la primera colleja que recibía desde su tierna infancia. Estos dos iban a ser pegajosos.

Se alejaban del Arenal por la autovía, con poco tráfico y mucho silencio; silencio que duró hasta que un ruido rítmico entró por la ventanilla, algo parecido a un calcetín solitario dando vueltas en la lavadora.

—¿Hemos pinchado? —soltó Hans, dándole otro capón a Mirtylo —. ¿Qué has hecho?

Mirtylo no respondió, planeaba seguir ayudándose de su ya fiel aguja de tejer y dejar a esos dos tirados. Se pararon en la cuneta. Hans salió a mirar, y entre maldiciones ordenó a Mirtylo que cambiara la rueda.

Mirtylo se preparó. Los músculos listos para saltar. La vista velándose de rojo. Abrió la puerta. Un reflejo.

—¡Espera! ¡No te muevas! —Bruto contradijo las instrucciones de su compañero.

Súbitamente una luz azul brillante se colocó detrás del Seat. Era un cuatro por cuatro de la Guardia Civil de tráfico. Mirtylo apagó el estado de alarma en el que se había sumido. Sin hacer caso, salió del coche, suspiró intensamente y escondió la aguja. Su cuerpo protestaba por la adrenalina que inútilmente había bombeado.

—Buenos días, compañeros —saludó Hans a los guardias mientras se llevaba una mano al chaleco.

LOS MATICES DE ORIENTE MEDIO
SEC. 19 / Coche de Nuam. Exterior. Día.

Nuam conducía de camino hacia la frontera Líbano-Siria, fumaba un cigarro tras otro y parloteaba orgulloso de su sedán Toyota Carina de color parduzco «con solo diez mil kilómetros de rodaje». Los dientes y fusiles AK de los infantes traqueteaban dejando claro que la amortiguación del Carina o estaba hecha con piedras, o el cuentakilómetros iba por su tercera vuelta.

Para desconcierto de todos, antes de llegar a la frontera, Nuam paró abruptamente, salió del coche y les pidió las armas. Sin más explicación que la firme insistencia de su sonriente bigote, desarmó al indeciso Buzo y luego hizo lo mismo con los demás, para a continuación depositar toda la maquinaria bélica bien visible en el maletero, entre un gran bidón de plástico y botellas de agua.

A media mañana y se acercaron a la atascada frontera, plagada de gritos y quejas. Nuam se metió en dirección contraria y se dirigió hacia una barrera cerrada. Cordero no sabía dónde esconderse: todo estaba lleno de militares locales armados, protestas de los que hacían cola y miradas atentas. La barrera se abrió y Nuam pasó saludando con su cigarrillo y gritando *Salam* a los soldados apostados; se notaba que conocía hasta el último perro a ambos lados de la frontera.

—Qué fácil. ¿Nunca miran el maletero? —preguntó Cordero a Nuam, ocultando la tensión tras sus gafas de sol de aviador.

—*Inshallah* primo.

—¿Y del lado sirio?

—También primo, por parte de madre. —El libanés sonrió mientras se encendía otro cigarro.

Después el traqueteante viaje continuó sin incidentes. El aire acondicionado no funcionaba, pero la radio intentaba suplir la ausencia; sonaba voluntariosa y sin perder en ningún momento la señal. La lista de grandes éxitos locales y un animado locutor acompañaban con su repetitivo ritmo la vibración del coche. El sol empezaba a apretar, todo se volvió somnoliento. Según cruzaban el paso fronterizo, situado en una hendidura natural en la cordillera

que separa los países, el paisaje se tornó árido y poco estimulante a la vista. A lo lejos, una neblina humana cubría Damasco.

Cordero aprovechó una pausa entre los Marlboros de Nuam para indicarle el punto exacto al que tenían que ir, una pequeña carretera apenas visible en el mapa de la zona.

—Nada allí, pero jefe manda.

—Tú llévanos.

—Jefe manda. ¿Quién creer que gana liga este año? Yo ser muy de Madrid, siempre de Madrid. Hala Madrid, pero Barça muy fuerte este año. Buen fichajes.

La carretera descendió hasta la pequeña ciudad de Qatana, desde donde iniciaron el ascenso al Monte Hermón. Tras pasar por un pueblo de Qalaat al-Jandal, dominado por un castillo en ruinas, se olvidaron del asfalto y se desviaron a una carretera de tierra. Si el vaivén hasta ahora había sido duro, los cinco kilómetros de empinada subida a la montaña se convirtieron en infernales. Lo único bueno del viaje, para Cordero y sus maltratadas articulaciones, es que no había visto ningún signo de guerra civil. Como mucho, algún que otro anciano armado y acompañado por al menos un nieto preadolescente que vigilaba vagamente la entrada de cada pueblo que el Toyota cruzaba.

LA IMPORTANCIA DE LA LIMOSNA
SEC. 20 / Coche de Bruto. Exterior. Noche.

Hans sacó su cartera y se la mostró a los dos guardias civiles que bajaron del coche; eran señores de una edad considerable, con barba y talante serio. Todo se volvió tan cordial, que los guardias se ofrecieron a ayudar con el cambio de rueda. Bruto salió del coche y se colocó a espaldas de Mirtylo. Por lo visto, estaba igual de tranquilo que su compañero.

Mirtylo reflexionaba taciturno:

«¿Y estos dos son policías? Vamos a ver: Ali mencionó que sus querubines del averno atraían a gente de los cuerpos de seguridad, y la manera con la que Hans se sujeta el chaleco de cuero, como si fuera antibalas… Tres cosas, entonces: la primera, me he librado de una buena; si llego a dejarlos aquí tirados, me habría cazado toda la isla, y la vida de un ciudadano global se complica con una *red notice* a su nombre. La segunda es que esa calamidad andante de Alistair está tan conectado como dice. Estos dos simpáticos parecen estar a tiempo completo. ¿Cuánto cobrarán? Unos mil euros al mes siendo chicos locales, o algo más, si hacen turnos de lechuza. No es muy diferente a esos setecientos euros en oro que vale el áureo y que pagaba un mes de legionario hace dos mil años. Y los legionarios podían disfrutar del expolio, aquí no hay variables *oficiales* por alijo confiscado. Ese Ali, con su boyante caja fuerte, resulta un empleador atractivo. La tercera: Mirtylo, Mirtylo, Mirtylo… ¡Ponte las pilas! Tus decisiones son malas, tienes el instinto embotado, ¡vamos, despierta!».

Como los que trabajaban eran varios, además estaban de palique y el turno avanzaba, tardaron más de los quince minutos de rigor en cambiar la rueda. Lo amable y cómplice de la charla confirmó a Mirtylo que no iba a encontrar aliados, así que en cuanto pudo aprovechó para echar una cabezadita en su asiento de copiloto; algo le decía que le iba a faltar sueño estos próximos días. Al principio siguió escuchando, haciéndose el dormido. Al poco ya ni escuchaba ni fingía.

Bruto lo despertó con un golpe en las costillas:

—Ya estamos. ¿Por dónde empezamos?

Estaban parados en un semáforo del cruce de la Ma-19 con la avenida Gabriel Alomar, justo donde comienza el casco viejo. No muy lejos del refugio de soltero de Mirtylo. En este punto habría dado un diente, mínimo, para lograr que el día de ayer se borrase de la historia y despertar en su cama. Surgiendo incómodamente de la contemplación, les indicó a dónde ir:

—Llevadme al polígono Son Valentí. ¿Sabes dónde es o te guío?

—Lo sé mejor que tú, *cap de fava.* ¿Qué vamos a hacer allí?

Mirtylo lo ignoró. Sabía que esos alcahuetes no tenían más alternativa que hacerle caso. Así que esperó a que Bruto diera la vuelta y se adentrara en la ciudad; esperaba darles esquinazo en el polígono tras meterles en su mastodóntico gimnasio y dar un par de vueltas. Además, tenía una taquilla reservada con útiles de emergencia.

El único tráfico que encontraban era furgonetas de reparto, algún solitario camión de la basura, y pocos trasnochadores. Palma no es ciudad para salir de fiesta un miércoles y volver a las cinco de la mañana dando tumbos. Es más elegante que eso; la gente empieza antes y vuelve dando tumbos sobre la una.

—Aquí, gira aquí, que llegamos antes.

Bruto hizo caso al copiloto y levantó la mano del volante para propinarle otro golpe, pero esta vez Mirtylo agarró le con firmeza la muñeca, que no soltó hasta recibir otro capón de Hans.

—Tregua. Vamos a ser amiguísimos los tres, ¿os parece? —dijo Mirtylo mientras se frotaba la cabeza y apartaba la mano de Bruto—. Tenemos que trabajar la confianza.

Siguiendo las indicaciones de Mirtylo, iban a pasar por la calle de su piso de subasta. Quería comprobar si seguía desierta y también si sus acompañantes reaccionaban de alguna manera; era el único hilo del que tirar.

«Sin duda Cordero ha pasado por ahí, y la gente de Ali no la conoce. Algo me he dejado, el baño cerrado, el cristal roto, la basura sobre la mesa… Algo» —Mientras Mirtylo miraba por la ventanilla ensimismado, se dio cuenta de que el coche se detenía en un semáforo rojo de aquella calle desierta—. «Gente curiosa estos dos

locales, participan entusiastas en el crimen organizado, pero respetan las normas de tráfico».

Estando parados, un mendigo se acercó al coche; a Mirtylo le resultó vagamente familiar. «Esta gente parece compartir un número de looks limitados entre toda su comunidad, variaciones de la misma ropa de promoción, barba, piel tostada por el sol, y un olor característico si te mantienes cerca el tiempo suficiente. Lo único que podría decir del que viene hacia nosotros es que parece joven, unos veintitantos, piel acostumbrada a la intemperie, ojos hundidos y unas botas de aspecto sorprendentemente sólido. Espera… yo he visto esas botas antes».

El morador de la calle fue directo a la ventanilla del conductor y empezó por ofrecerle paquetes de clínex mientras mantenía la mirada fija, presente y clara, en Mirtylo. Ante el gesto de desprecio de Bruto, el vagabundo pareció sufrir una pájara dejando caer los pañuelos dentro del coche, se inclinó sobre la ventanilla abierta y empezó a palpar al conductor con unas uñas que pedían un baño desparasitante. Usaba solo una mano, la otra quedaba fuera de la vista, y Mirtylo prefirió no saber lo que agarraba con ella.

—Dejad de hacer manitas, y quítatelo de encima —se reía Hans desde el asiento de atrás.

Mirtylo se apiadó. Las últimas horas habían erosionado el significado del dinero, y aquí tenía a un ser humano en un estado aún más deplorable que el suyo. Empezó a rebuscar en su cartera:

—Ven aquí y deja al amable conductor, que hoy es tu día de suerte.

—¡Aparta, sucio! —dijo Bruto—. Y tú, calla o te zurro. Dime de una vez dónde está ese jodido Cordero.

RUINAS ABANDONADAS
SEC. 21 / Yacimiento arqueológico. Exterior. Día.

El camino escarpado terminaba en una planicie a los pies de un muro de piedra vertical, donde una humilde ermita emergía por una grieta. A la derecha de la planicie se distinguían tres grandes carpas y dos tiendas de campaña con forma de tipi indio de las praderas. A la izquierda sobresalían los restos de la excavación, con visibles capas de sedimentos que habían preservado las antigüedades que prometían riqueza a los tres infantes.

En la zanja, los sufridos arqueólogos habían excavado con cuidado, fantaseando sobre sus futuras publicaciones en la *International Journal of Heritage Studies* o en la prestigiosa *Journal of Cultural Heritage*. Y si todo iba mal y los encuentros eran escasos, se conformarían con aparecer en *Heritage*, que últimamente aceptaba a cualquiera. Sin embargo, tras descubrir suficientes objetos como para asegurarse becas para los años siguientes, habían tenido que huir apresuradamente a causa de la inestable geopolítica local.

Nuam aparcó el coche junto a las tiendas de campaña y todos salieron. Después del incómodo viaje, Buzo y Stalin se centraron en estirar las sufridas posaderas y limpiar los pulmones con aire de montaña, mientras Cordero, con un brillo azaroso en los ojos, se lanzó a las carpas. Su mente dibujaba tesoros con etiquetas marcadas y símbolos de dólar.

Pero no fue el caso.

Todo había volado dentro de las tiendas. Herramientas, hornillos, generadores… Eso fue lo primero en desaparecer, aparatos útiles en cualquier hogar rural. Una vez digerido lo más funcional, los locales también arramplaron con las mejores piezas arqueológicas; cualquier cerámica del siglo I a. C. le da un toque elegante al jardín, y todo recibidor decorado con un león alado asirio automáticamente incrementa el caché del dueño. Las tiendas de campaña seguían en su sitio, solo por las banderas europeas que las decoraban a modo de patrocinio y que habían suscitado cierto pudor entre los saqueadores, que no querían buscarse problemas con las milicias.

Buzo y Stalin se acercaron a Cordero. Detrás de ellos, de nuevo fumando, llegó Nuam.

Fue el libanés quien rompió el incómodo silencio y la pesada atmósfera en plena montaña:

—¿Tuyas cosas? Yo decir jefe: nada aquí, piedras aquí. Sirios, como… ¿cómo decir? Animal que salta, plaga bíblica. Consejo, no compre coche o burro a sirio, mal asunto.

—¿Plaga bíblica…? ¿Langostas? —murmuró pensativo Stalin.

—Sí, ese, lleva todo no vigilado —prosiguió Nuam—. Yo conocer bien, yo mitad sirio. ¿Quiere ir otro lugar? Conozco buena tetería cerca, muy cerca, o excursión Damasco. Bonita ciudad. Ahora con guerra fácil aparcar.

—Ruego que me disculpe, mi cabo, pero esto no parece muy prometedor —expresó Buzo rozando con la bota un fragmento de cerámica.

Cordero, en silencio y de espaldas a los compañeros, miró su reloj; aún tenían un par de horas antes de regresar con las manos vacías.

—Minucias. ¡Acabamos de llegar! ¿Me vais a decir que unos académicos saben cavar mejor que un infante español? ¡Nunca! Venga, coged las palas del maletero y a la trinchera esa de ahí, que hay riquezas en el fondo.

—¡A la orden!

NUEVOS CONOCIDOS
SEC. 22 / Calle de Palma. Exterior. Noche.

Bruto estaba perdiendo la paciencia, lo cual era razonable; el mendigo estaba a un palmo de su nariz. Lo intentó apartar con un aspaviento, pero el mendigo insistía.

Hans reía. Mirtylo sentía curiosidad.

La mano de Bruto se acercaba a su axila izquierda, a por la pistola. Nadie en Palma suele resistirse si le muestran un arma, en especial un urbanita, por muy perdido que esté para la sociedad. Otra historia es el ambiente rural de la isla, donde la caza es popular, y si enseñas tu arma, seguramente te enseñen las suyas, que resultarán más largas y usadas.

Como respuesta al movimiento de Bruto, la mano izquierda del mendigo apareció inesperadamente desde detrás de la puerta lanzando un golpe seco a la barbilla del conductor. Y aunque no le dio limpiamente y no consiguió un K.O. técnico, puntuó.

Bruto pasó a un estado contemplativo que le duró unos segundos. Hans, que había dejado de reír, centró el foco de sus crueles ojos grises en la nueva amenaza, y abrió la puerta trasera izquierda para abalanzarse sobre el indigente pestilente.

Aprovechando el momento, Mirtylo empezó añadiendo una propina a Bruto, alcanzándole, esta vez sí, de pleno en la mandíbula, de las pocas partes del cuerpo a la que poco importa lo mucho que vayas al gimnasio. De modo que Bruto convirtió su estado contemplativo en una meditación profunda e incapacitante. En eso, Mirtylo alargó el movimiento y extrajo la pistola de la funda del durmiente, y examinó con la mirada los alrededores. Hans corría tras el mendigo con una defensa extensible, de las que aprecian los policías y camioneros. El mendigo había decidido que lo mejor era evitar un golpe directo, demostrando que no estaba tan ido como quería pretender; daba vueltas al coche como un payaso de circo huyendo del oso amaestrado.

Mirtylo abrió la puerta con una sincronización perfecta. Se escuchó el golpe seco de rodilla y pecho contra la puerta de acero. Hans terminó tendido en el suelo.

No tenía por costumbre Mirtylo pegar a alguien caído, pero su nobleza no era compartida por el mendigo, que enseguida le propinó un par de patadas a Hans con sus robustas botas. Mirtylo extrajo la cartera y el móvil de los bolsillos de Bruto y se guardó también las llaves del coche. Dispuesto a repetir el saqueo con Hans, vio que ya no recibía patadas; es más, se había incorporado y apuntaba al mendigo con una pistola plateada. En ese instante, la cabeza de Mirtylo buscó cómo mejorar la situación sin añadir a su lista de pecados dos almas adicionales, almas policiales, ni más ni menos. De modo que desechó usar su recién adquirida pistola y se escurrió entre el coche y Hans, colocándose detrás y apretándole la aguja de tejer en la yugular.

Hans jadeaba, buscaba tragar y respirar; el cuello fuerte, rojo y tenso. El contacto frío del metal fue lo suficientemente asertivo para que soltara la pistola, que Mirtylo recogió y se ajustó entre los omóplatos. Le ordenó que se metiera en el maletero. Hans se negó sin emitir sonido, usando también solo la cabeza, y recibió un culatazo en la boca. Entró en el maletero cojeando ligeramente, escupía sangre. El odio hacia Mirtylo, por alguna razón, se había incrementado en sus ojos.

Haciendo gestos al mendigo, Mirtylo le pidió ayuda para meter al todavía desconectado Bruto en el maletero. Lo hicieron con rapidez, pese a la misteriosa ley que hace que un cuerpo pese más cuando pertenece a una persona inconsciente. Cuando Hans vio que el maletero se abría, intentó incorporarse, pero lo único que pudo hacer fue abrazar a su compañero según le caía encima.

—Ahora harán la cucharita un par de horas. Eso les hermanará. ¡Larguémonos!

El mendigo se sentó de copiloto.

El trayecto era de menos de cincuenta metros y dejaron el Seat en el vado de un taller al que le quedaban un par de horas para abrir. El razonamiento de Mirtylo era que Hans y Bruto tendrían el sentido común de inventarse algo cuando los del taller los sacaran del maletero.

—El gimnasio tendrá que esperar —musitó Mirtylo para sí mismo, suspirando; ahora tenía un nuevo aliado al que conocer, pero antes

había que poner tierra por medio—. No te quedes cerca, sígueme y te pagaré.

Se alejaron con paso rápido sorteando las calles principales para evitar sucursales bancarias y cámaras de vigilancia. Su nuevo amigo le seguía en silencio con paso vigoroso.

Mirtylo aprovechó para comprobar su botín. El resultado del saqueo se componía de elementos clásicos: tanto Bruto como Hans tenían tarjeta de identificación de policía local, algo de dinero, móvil, y un sobrecito de plástico con un par de pastillas, nada interesante. Mirtylo cogió el dinero, los carnets, y tiró las dos carteras en una alcantarilla cercana. Si se sentía magnánimo, les devolvería las identificaciones en un par de días o, quién sabe, podía donarlas al mendigo o a los de su gremio, sin otra finalidad que molestar. Se deshizo asimismo de los móviles, en este caso los dejó en un banco de madera y en una papelera, separados por un par de calles, como cebo para que alguien los cogiera. Así Hans y Bruto perderían el tiempo rastreándolos. Mirtylo entendía que esos dos moteros pluriempleados no iban a ser grandes fans suyos, pero como se suele decir: «haber estudiado», sobre todo la ciencia de no dar collejas a desconocidos.

Observó al mendigo, que le seguía fielmente de cerca y volvía a tener la mirada perdida. Al menos, su demacrado aspecto le alejaba de los clientes de postín de los que presumía Alistair.

Para cuando los dos aliados llegaron a la calle de la Industria, reconocible por los cuatro molinos harineros del siglo XVII que sobrevivían desubicados entre bloques modernos, Mirtylo escondió la plateada Beretta 92X de Hans y la más proletaria CZ-75 de Bruto tras sendos aparatos de aire acondicionado, pero antes las desmontó con mano experta y retiró un par de piezas vitales para su funcionamiento.

Tras contemplar con curiosidad todas las manipulaciones de Mirtylo, y como si reaccionara ante tal demostración de familiaridad con el mantenimiento de armas cortas, el mendigo volvió de su viaje astral y emitió una frase con el dudoso y desafinado tono de alguien que no ha usado la voz en meses:

—Tenemos que hablar.

—No lo sabes tú bien, pero antes te invito a desayunar —propuso Mirtylo.

Eran las seis de la mañana, y la falta de sueño tenía que ser compensada con café. Además, no quería charlar con un violento desconocido en un callejón oscuro, aunque contara con su aguja de calceta, ya inseparable.

BLASFEMIAS
SEC. 23 / Yacimiento arqueológico. Exterior. Día.

El tiempo corría: de las cuatro horas extra para imprevistos, ya habían transcurrido tres, y seguían sin nada.

Mientras tenía a la tropa ocupada, Cordero daba vueltas inquieto por la explanada arqueológica, entraba y salía de las tiendas de campaña… Siempre terminaba fijándose en aquella ermita incrustada en la pared rocosa.

Según entró en la construcción, un profundo silencio envolvió al cabo. Hasta ese instante no había notado lo ruidoso que era el viento en el exterior. Era una construcción humilde pero sólida; diferentes materiales la habían apuntalado según pasaba el tiempo. El plano del edificio era una cruz cuadrada con una cúpula de cemento en el centro, y debajo de ella, un altar; el suelo era de tierra aplanada. En la pared contraria a la entrada destacaba un colorido fresco desconchado desde el que un rostro con melena rubia y tez blanca con halo de santo observaba a Cordero. El fresco atrajo su atención: ocultaba un relieve de ladrillos que las paredes a derecha e izquierda no replicaban.

Se acercó y examinó con atención el punto de unión de la pared con el suelo. Salió rápidamente del recinto y lo observó desde fuera. Volvió a entrar, y sin dudar lanzó la voz de mando llamando a Stalin.

Buzo también llegó, porque, al igual que cavar, lo inverso, evitar cavar, es una habilidad que se adquiere en todos los ejércitos del mundo.

—¡Mirad, polluelos! Este arco está cegado, aquí antes había una puerta, ¿veis?, porque la grieta continúa por detrás de la ermita. ¿Qué mejor sitio para ocultar bienes de valor, que detrás de una puerta inamovible? Vamos, abramos paso.

—¿Y la pintura, mi cabo? —Buzo repasaba boquiabierto cada indicación de Cordero—. Parece antigua.

—Garabatos que solo sirven para detener a los pusilánimes. Como esos que cavaban por aquí. ¡En marcha! Stalin, coloca tus juguetes y ábrenos paso. Venga, haced caso a papá Cordero, que aquí está lo jugoso.

El exzapador usó parte de su provisión personal de PG-2, explosivo plástico del ejército, que pegó con cinta americana en el pecho de una inocente figura azul y naranja. Stalin sospechaba que si su abuela lo viera, no aprobaría sus intenciones, pero sabía lo suficiente de cristiandad para tener presente que lo principal de la fe es el perdón; que quien transgrede está dando a los demás la oportunidad de ejercer el perdón y, por tanto, de ser mejores cristianos.

La figura del fresco le miraba con cara larga y expresión de tristeza.

Stalin desechó las dudas, tenía que cumplir una orden. De todos modos, su nana estaba lejos, y la mano dura del cabo cerca. Se tranquilizó recitando un par de padrenuestros mientras trabajaba. Así se cubría las espaldas.

Cordero y Buzo prefirieron esperar en la pradera a que su compañero terminara de trabajar; habían visto suficientes zapadores con menos dedos que los diez normativos, como para dejarse llevar por la curiosidad. En su lugar, se dedicaron a inspirar aire de montaña y esperar nerviosos con la vista perdida ladera abajo. Desde su posición se podía ver el camino que subía serpenteante. El pueblo quedaba escondido tras un desnivel.

Nuam fumaba aburrido junto al coche. Grandes sombras cruzaban de tanto en tanto los restos de la excavación, las proyectaban unos buitres leonados que volaban aprovechando las corrientes de aire sobre la zona.

—Igual que estar de maniobras —suspiró Buzo.

—Después de hoy nunca más, ya verás —apremió Cordero con un tono bravo; sabía echarse un farol incluso con una mala mano.

—Algo corto, pero valdrá. El Señor nos guarde —dijo Stalin, que salía de la ermita sujetando un cable de un venenoso color amarillo fosforescente.

En cuanto se alejó lo suficiente, y sin previo aviso, pulsó el detonador.

La fuerte explosión lanzó una nube de polvo y piedrecitas por la entrada de la ermita. Buzo y Cordero, al ver salir a Stalin, tuvieron los segundos justos para mentalizarse y abrir la boca; el simple

humor militar siempre encuentra hilarante causar explosiones cerca de tus colegas. Y antes de que el polvo se asentara, ya estaban entrando en la ermita. Dentro del arco la pared estaba tan sólida como antes. Eso sí, la figura del fresco centenario se había evaporado.

—No lo entiendo, pero si el *PeGe* se come el hormigón como un niño un buñuelo —defendía Stalin su trabajo, mientras pasaba la mano por la superficie caliente.

—Siempre hay que poner más, no me seas rácano —azuzó Cordero, iniciando una discusión técnica con el zapador—. Vamos, dale fuego al tema. De aquí no nos vamos de vacío.

Mientras sus compañeros discutían, Buzo se dedicó a observar detenidamente el suelo.

Todo el efecto que esperaban en la pared y que les había sido negado por los dioses de la pólvora, ahora se veía reflejado ahí mismo, a sus pies. Con la detonación, el barro centenario se había levantado y mostraba una base de piedra antes oculta, en la que se apreciaban grietas. Buzo se agachó a remover un fragmento de gravilla con los dedos, cuando de repente el mundo giró sobre su eje y se hizo la oscuridad. Los tres infantes cayeron al abismo:

—¡Adiós!

—¿San Pedro?

—¡Me cago en satanás, en la arqueología y en la vida militar!

DESAYUNO INFORMATIVO
SEC. 24 / Bar. Interior. Día.

Tras varios minutos de ágil caminata, la curiosa pareja llegó a la plaça del Progrés, donde los palomos aún no se habían despertado. En dicha plaza, un discreto bar hace esquina con una calle dedicada al gran enemigo de Roma, Aníbal.

Auspiciados por el «padre de la estrategia», se pararon a concebir una; aunque visto lo visto, y dado que Aníbal terminó sus días en el exilio, con la familia muerta y su patria aniquilada por los enemigos, puede que a la larga sus estrategias no funcionaran del todo bien.

Mirtylo decidió no profundizar en exceso en los augurios, o la parálisis le impediría vivir. Entraron en el Macao, una cafetería con nombre de esplendor colonial y corazón clásico de bar español, con su barra de acero, mesas de contrachapado y una variedad de sillas que han ido conformando la decoración por meritocracia: la que sobrevive al tiempo y al uso es la que se queda. El toque de color y la tecnología lo proporcionaban una máquina de tabaco y dos máquinas tragaperras en sus variantes de piratas y dioses egipcios.

Si el mendigo no destacaba en el bar como elemento decorativo, menos lo hacía cuando se le comparaba con el resto de la clientela: una mezcla de obreros reconocibles por su ropa fosforita y desayunos con cerveza, y heroinómanos resecos que disfrutaron en exceso en décadas pasadas. Al igual que los obreros, estos también desayunan cerveza, pero con manos temblorosas.

Entre esa ruda clientela, destacaba una joven pareja que con maletas en ristre esperaba a que les diese la hora para entrar en el piso turístico.

Mirtylo se acomodó en una mesa que le permitía observar todo: el local, la puerta y la calle, temeroso de encontrarse con otro acólito de Alistair.

El ambiente era ruidoso y animado, la gente entraba y salía con regularidad sin prestarles atención. La camarera se acercó rápida.

—¡Buenísimos días! —saludó Mirtylo—. Un café solo, un vasito de agua, una ensaimada, y lo que quiera aquí… el joven. —El mendigo no dijo nada, en este punto volvía a estar absorto en sus

pensamientos, así que terminó pidiendo Mirtylo, y de paso sacó un puro y lo mordisqueó—: Tráele otro café.

Antes de que se dieran cuenta, las viandas ordenadas se ubicaron con presteza sobre la mesa: dos cafés, el solo en taza de café, el con leche en vaso de cristal, pocos grados por debajo del punto de ebullición, y una fabulosa ensaimada recubierta de azúcar en polvo, brillante y esponjosa. Hacía tanto que Mirtylo no comía, que sintió la boca acuosa a la vista del desayuno. Pero cometió un error: levantó la mirada y se topó con los ojos claros de su compañero, fijos en la ensaimada. Mirtylo se la acercó sin mediar palabra.

—¡Nos faltaría otra de estas! —anunció Mirtylo a la camarera mientras *esta* desaparecía en medio de una nube blanca de azúcar en la barba de su compañero.

—Era la última, y aquí no se fuma —se quejó la camarera.

Mirtylo dejó el puro, no quería discutir. A la camarera le daba igual los problemas que a un tipo cualquiera le causa la falta de ensaimadas. Mirtylo se limitó a sonreír y pidió el segundo desayuno, ajustando esta vez la comanda al hambre de su salvador.

—Vale, pues tráenos dos *llonguets* con sobrasada, dos pinchos de tortilla, y qué demonios, dos carajillos, que solo se vive una vez. Si no tienes, nos traes algo parecido.

«Un graciosito. Espero que tu amigo peludo te pase los piojos. Me pregunto a quién echarán hoy en el programa», deseó la camarera mientras respondía en voz alta:

—¡Marchando!

Bajo el efecto de la cafeína, el brandy o las calorías de la sobrasada, la mente del señor Pons se empezó a aclarar, y se dispuso a tantear el terreno:

—Ayer te vi tirado enfrente de un supermercado. ¿Siempre zurras a los que no te compran pañuelos?

—¿Lo has encontrado? —recibió la pregunta como respuesta, cargada de connotaciones peligrosas.

—¿Si he encontrado qué, señor mendigo?

—Lo has encontrado, lo sé. Te vi en la numismática.

—¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome?

—¿Por qué estabas en el piso? ¿Por qué esos dos buscan a Cordero? ¿Quién te envía?

—El piso es mío, ¿entiendes? Y no tengo ni idea de qué me hablas. Me previnieron de cosas respecto a este *negoci*, pero no esperaba esto. ¿Qué sabes de Cordero?

—No entiendo nada. ¿Es por sus deudas? ¿Lo has encontrado o qué?

—Pausa, fin. Se terminó el diálogo de besugos. Otra pregunta más y me sangrarán las orejas. Disculpa, guapa, nos traes una ración de frito mallorquín a cada uno, ¿otro carajillo? Y otros dos carajillos. Ah, hazlos potentes, que tenemos para un rato. A ver, señor mendigo, me llamo Mirtylo y hace unos días compré un piso de subasta. Lo fui a visitar ayer, encontré algo brillante y me dejé llevar. Después de dar vueltas por la ciudad y tomar un par de malas decisiones, un tal Ali, aficionado a las motos, proxeneta, traficante y en general alguien con el que mejor no cruzarse en los caminos de la vida, me clavó sus garras. El susodicho mal ser, porque lo es, me puso de escolta a los dos caballeros contra los que te has rascado los nudillos hace un rato. Quiere que le encuentre a un tal Cordero, de profesión militar; según Ali, le debe una cantidad considerable de dinero por ser un negado jugando a las cartas. Ese es el resumen ordenado de los hechos relevantes. ¿Preguntas? Que sean inteligentes, por favor.

—Ese Ali, ¿es moro? —Había un miedo genuino en los ojos del mendigo.

—Alistair es un blanquito americano. Yo no le llamaría moro a la cara, no es de los tolerantes. Y ahora, señor mendigo, cuéntame tú.

—Vagabundo —matizó con melancolía—. No soy mendigo, soy un vagabundo. Y no pido, tengo suficiente con lo mío, pero vivo al raso.

—Como quieras, men… bundo, ¡lo que sea! Si tuvieses un nombre, esto sería más sencillo. ¿Qué es lo tuyo?

—El oro. Nuestra recompensa. Sangre derramada. Buenos soldados. Una vida mejor. El barco se hundió. Traicionado por todos…

Balanceándose al son de sus palabras, el mendigo volvía a su delirio. Mirtylo volvió a fantasear con que simplemente estuviese

sumido en un mal sueño. «Eso es, te has recalentado en la playa y las últimas veinticuatro horas han sido un delirio febril». Se pellizcó un muslo, pero no pasó nada, seguía en el Macao con su nuevo amigo. Apuró los restos del carajillo de un trago, tenía que recuperar el control.

Dio un golpe en la mesa y con voz marcial ladró:

—¡Reporte, soldado!

QUIEN BUSCA ENCUENTRA
SEC. 25 / Templo antiguo. Interior. Día.

El tiempo interno de la tropa se ralentizó, y lo que les había parecido siglos de caída, en realidad fueron uno coma dos segundos. Los cuerpos de la soldadesca golpearon el suelo, y entre maldiciones los tres recuperaron el aliento.

Los relojes internos y externos se sincronizaron, la tierra volvía a ser sólida bajo sus pies, y Buzo forcejeaba para salir de debajo de sus compañeros.

El aire era rancio y hacía un frío de ultratumba. Se movían en la total oscuridad hasta que Cordero encendió unas barras de luz química, tiró una al suelo y levantó otra por encima de su cabeza.

Habían caído menos de tres metros: el suelo de la ermita que se había hundido era a su vez el techo de otra estancia. Era como si hubiesen construido el santuario cristiano encima de uno igual, a grandes rasgos. Un altar de piedra sobresalía parcialmente de una gruesa capa de lodo seco.

—¿Todos enteros?

—Sí, mi cabo. Zapador cabrón. Lo de las cargas dirigidas es un mito, ¿no? ¡Maldita sea tu estampa, Stalin!

—Uno hace lo que puede con lo que tiene, y si no te gusta: verga.

—¿Habéis visto que tenemos compañía? -—dijo Cordero.

Miraron. Dos cuerpos desecados sobresalían en la estancia; uno de ellos en una esquina, cerca de varias ánforas a medio enterrar. Una barra de luz le había caído en el pecho y le daba un aspecto fantasmagórico. Si seguías su mirada vacía, encontrabas a la pareja: otro cuerpo medio enterrado al lado de la antigua puerta, bloqueada por rocas y barro, y con una espada asomando entre las costillas.

—¿Quiénes son?

—¿No ves el jubón? Juraría que eso es un gladio que sale del pecho de ese desgraciado. Yo diría que son soldados como nosotros. Seguramente se quedaron atrapados aquí en pleno corrimiento de tierras.

—¿Me estás diciendo que estos infelices se quedaron encerrados vivos, aquí? ¿Hace cuánto?

—Dos mil años, ¿tal vez? Pero parece que no fueron muy amigos las últimas horas —aventuró Cordero.

—¿Todo bien, amigo? Gran explosión, no vi vosotros —interrumpió la cabeza de Nuam que se perfilaba a contraluz en el agujero superior.

—Sí, todo está bien. Anda, ayuda a Stalin a salir. Trae cuerda, linterna y una bolsa. Esa espada algo tiene que valer, y a ver qué más encontramos.

—*Al-hamdu lillāh*. Sube, amigo, sube.

Cordero y Buzo se quedaron en la estancia, encendieron más barras de luz, y como el polvo ya se había asentado, pudieron analizar los detalles.

Tras una rápida inspección, al negro gladio se le unieron unos anillos de bronce, un par de monedas ennegrecidas, una figurita, lo que parecían unos antiguos dados y una cerámica. Todo lo iban apilando en el altar. A un arqueólogo profesional, el descubrimiento de dos legionarios romanos momificados de manera natural, por la combinación del frío de la montaña y lo estanco de su improvisada prisión, lo habrían elevado al olimpo de su profesión, pero a estos soldados no les parecía un botín sustancial.

Buzo detectó que su superior se tensaba y perdía el ánimo habitual. Se mascaba desesperación entre la creciente presión de aquellas paredes.

—Quedan esas tinajas. Algo valdrán —dijo Buzo por decir, señalando los recipientes sobre los que estaban tendidas las carnes del muerto.

Cordero se acercó con indiferencia a las vasijas, y en cuanto comprobó que tenían un aspecto tosco y mundano, les dio una patada fruto de la frustración. La primera vasija estalló en una nube polvorienta, la rabia le pudo, siguió pateándolas: una, otra, otra… Más polvo.

Cordero gruñía y pateaba con furia. Cuando cesó el estruendo, un sonido metálico, como una cadena cayendo, tintineó en la penumbra. Cordero se incorporó como un resorte y volvió a

agacharse. Metiendo la mano en los restos de una vasija, la removió provocando el tintineo.

—¿Qué es, mi cabo? —preguntó a su espalda un timorato Buzo.

DESCENSO A LA MENDICIDAD
SEC. 26 / Bar. Interior. Día.

La estrategia de Mirtylo funcionó: las tuercas se iban colocando en su sitio en la cabeza de Buzo, el nuevo amigo del señor Pons. Buzo narró con toda claridad cómo era su vida antes y durante la misión, el momento que encontraron el tesoro en el fondo de la ermita, pero a partir de ahí el relato empezó a perder coherencia. A Mirtylo no le importaba, lo único que necesitaba saber es cuánto oro habían encontrado aquellos soldados.

Así que Mientras hacía sus cábalas mentales, Buzo seguía contando desventuras:

—Entonces entré en el piso. Teníamos que decidir qué hacer. Esas cosas, las monedas, estaban de camino. Cordero es un guerrero, un ejemplo en el cuerpo, no he conocido un tipo igual. Y… y… —se atascó, incapaz de salir del bucle mental.

—Entiendo que no te lo encontraste haciendo flexiones y recortándose el bigote. ¿Qué le pasaba? —Mirtylo se acordó de los restos de la fiesta—. ¿Te chocó que decidiera compensar la tensión del servicio con una copita, o diez?

—No, esto… Todos nos hemos pasado alguna vez, lo sé. Pero era el contraste con el cabo que yo conocía, eso es lo que me impactó. Estaba fatal, todo vomitado. Patético, infantil. Le daba igual lo del cargamento y el intendente. Yo necesitaba su ayuda, ¿entiendes? Él nos metió en esto. Y lo único que decía es «a veces se pierde, polluelo». El muy cabrón. Lo de Stalin ni lo recordaba, y lo del teniente le daba igual.

—Se le quemaría el fusible. ¿Sabes dónde está ahora? No se habrá tirado de un acantilado, ¿verdad? —Mirtylo quería trazar la ruta óptima que le llevara hacia la riqueza y la libertad: o llevaba al fiestero Cordero a Ali, o pagaba con oro la ausencia del militar…

Buzo clavó sus ojos en los de Mirtylo, serenos y claros en ese momento:

—Pensaba que tú sabrías dónde está. Le grité, creo que le quise golpear, no recuerdo bien. Todo fue inútil, me fui dando un portazo. Cuando me enfrié quise volver, al menos podríamos vender la

espada esa que encontramos. Pero ya no me abrió. —Mirtylo intentó recordar algunos objetos que despreció en la casa; los anillos, los dados y demás minucias puede que estuvieran ocultos bajo la basura de la mesa. No había ninguna espada romana, se habría fijado en ella, ¿se la habrá llevado Cordero? Buzo seguía hablando—: … Me quedé rondando la casa, no podía dejarlo ir. Era un héroe para mí, pero me di cuenta de que nos había metido en esa jodida aventura sólo por sus deudas. Me ha destrozado la vida.

—Ah, que esto sigue, pensaba que ya habías terminado. Vale, venga, haz terapia, cuéntame.

Buzo detalló cómo acabó en la calle. Mirtylo medio escuchaba mientras ordenaba la información: después de no regresar al piso de Cordero, Buzo se dedicó a dar tumbos por la ciudad. No era capaz de regresar a la base, donde esperaban su renuncia; tampoco de reunir valor para llamar a su familia. Y tras una de sus sesiones de depresiva intoxicación, se despertó en la playa sin cartera, sin móvil, sin documentación, y se vio atado a la calle, gravitando hasta el piso de Cordero, donde pasaba horas mirando por la ventana. Cuando no estaba vigilando la guarida de su cabo, se refugiaba bajo un puente del cercano Torrent de Sa Riera o en la cercana parroquia Ramon Llull.

Al menos, en la iglesia consiguió ropa, comida, y a veces algún que otro sermón que escuchaba sentado en el último banco, siempre cerca de la salida. Al cura lo evitaba, con sus ofrecimientos de confesión y consejo; tenía suficiente con cocerse el cerebro en su propio jugo cefalorraquídeo. No necesitaba ayuda externa para salvarse ni condenarse, estaba solo. Así subsistió Buzo, con las bombillas cada vez más tenues, hasta que vio movimiento en el piso de Cordero. Una ventana se abrió, y la nube que le oscurecía la mente empezó a despejarse. Siguió a Mirtylo, entonces desconocido, hasta que lo perdió de vista en El Corte Inglés, donde dos guardas de seguridad lo invitaron, cordialmente, a estropear el paisaje a otro lado. Desesperado por el atisbo de áurea salvación que había atisbado en manos de Mirtylo y que había reavivado su apagado dolor, volvió a su puesto de vigía. Y llegada la noche vio *esa* cara asomándose por la ventanilla de un coche: era el desconocido de la

mañana, el que había encontrado parte de su oro, Mirtylo. Esta vez no dudó, actuó.

Mirtylo entendió que su interlocutor había terminado porque el murmullo que oía de fondo había desaparecido. El señor Pons dejó de mordisquear el puro y examinó a Buzo. El soldado, notando la atención, se decidió a completar su relato:

—En la parroquia un día hablaron de Jonás y me reconocí. A mí también me ponen a prueba por miedo. Es la única explicación.

—Sí, sí, por eso el todopoderoso te salvó en el desierto. ¿Has terminado con la magia y los fantasmas y esas cosas? Porque tengo un plan: vamos a visitar a ese intendente tuyo, el que te ayudó con el contrabando.

BUITRES Y DIOSES
SEC. 27 / Yacimiento arqueológico. Interior. Día.

Cordero se giró con una gran sonrisa en la boca. Su única respuesta fue lanzar un objeto en dirección al otro soldado; era pequeño y a Buzo le costó atraparlo en la penumbra. Se lo llevó a la nariz, vio que brillaba y era frío al tacto.

—¡Monedas, terrícola! ¡Monedas! Qué suerte la tuya por tener un cabo como yo. Aquí hay un tesoro: montañas y montañas de monedas —Cordero profirió un largo y profundo—: ¡Síiiiiii!

El grito fue tal, que retumbó en las dos ermitas, la inferior y la superior, mientras levantaba los brazos victoriosos. Justo en ese momento llegó corriendo Stalin.

—¿Todo bien? ¿Tenéis algo?

—Stalin, pequeño diablo explosivo, vas a tener a tu abuela a cuerpo de narco. Vuestro querido papá Cordero os va a hacer ricos a los dos, no os faltará nunca de nada. Vamos, tíranos bolsas y prepárate para recibir lo bueno.

Los tres compañeros llenaron dos bolsas que subieron a la superficie, sin olvidarse del gladio y del resto de artículos. Finalmente salieron a la luminosa pradera a observar el botín. Entre oro y plata, Cordero estimó el peso de las bolsas en más de cincuenta kilos.

Bajo la combinación de la limpia atmósfera de montaña y el antiguo sol de Mesopotamia, las monedas relucían de manera especial ante los avariciosos nervios ópticos de los soldados en busca de fortuna. Los metales preciosos alejaban las preocupaciones mundanas e inundaban sus cabezas con los problemas que suele tener una minoría: ¿esto puedo doblarlo en Mónaco?, ¿qué orientación tendrá mi ático?, ¿cuánto costará el amarre en Cartagena?, ¿si tienes millones, es obligatorio comer caviar?

—¿Cuánto…? Ejem, ¿cuánto cree que… que hay aquí, mi cabo? —tartamudeó Buzo, le costaba hilar palabras ante la presencia de tan gran capital, aunque la avaricia le hizo matizar—: Debemos tener cuidado con el moro.

—Polluelos, aquí hay por lo menos para rescatar a un rey. Vuestro cabo sabrá repartirlo justamente.

—Nuam no est… ¿Dónde está? —preguntó Stalin forzándose a apartar sus ojos del botín y mirar alrededor.

Nuam no participaba de la algarabía general, por dos razones: la primera es que una vida entera en una región volátil le había enseñado que si alguien tiene un fusil de asalto y tú no, es sensato no interponerse entre ese alguien y su oro; y la segunda es que le había parecido ver a lo lejos un brillo acompañado de polvo subiendo por la ladera de la montaña.

—Cabo, viene alguien. —Stalin tuvo que zarandear a Cordero para que reaccionara: una camioneta, ya abiertamente visible y con múltiples ocupantes, se acercaba velozmente hacia los soldados y su lazarillo. —Y no creo que vengan a pedirnos permiso.

—Buzo, Stalin, ¡meted las bolsas en la ermita! —reaccionó ejecutivo el cabo—. No asoméis el morro, y si empiezan a acercarse: fuego de supresión.

Con sudor académico, Cordero se lanzó hacia un extremo de la planicie para ocultarse en el terraplén ubicado tras la zanja abierta, opuesto a las tiendas de campaña y al Toyota que les había traído a una breve riqueza y una muy probable muerte. El viento de montaña, lejos del oro, helaba hasta el hueso y levantaba afilado un polvo que lijaba los ojos. Los buitres se habían posado en la pared de roca, a observar el espectáculo con siniestro interés.

Nuam no quitaba la vista a la camioneta que se acercaba, apagó su Marlboro y por primera vez no lo encadenó con el siguiente, se frotó las sudorosas manos en la ropa y quedó clavado en el centro de la planicie.

Un Toyota Hilux, familiar lejano del raquítico Carina, se detuvo bloqueando la carretera y al instante tres de sus ocupantes en edad de conscripción saltaron de la parte de carga. El aspecto era una mezcla cohesionada: ropa de camuflaje, barbas enmarañadas y armas variopintas. El arsenal incluía un fusil MAS-36 colonial francés, un rifle de asalto StG 44 de la Alemania nazi, y un más mundano Kalashnikov. Por último, del asiento de copiloto salió el cabecilla de la banda, que se distinguía por ser de mayor edad, llevar una barba

arreglada sin bigote y estar armado con solo una pistola. El conductor permaneció en la camioneta.

Los cuatro avanzaron hacia Nuam, con el que intercambiaron unas palabras. El guía de los soldados españoles hacía aspavientos y señalaba la abertura de la capilla, tras lo cual la tropa del enemigo potencial se empezó a acercar cautelosamente a la puerta.

Buzo y Stalin no podían más que tragar saliva en sus gargantas resecas, con las manos crispadas y humedecidas alrededor de las armas.

—Sale amigo, esto buena gente, primo de pueblo. Quiere presentar respetos —parloteaba Nuam con voz quebradiza.

Los carroñeros recién llegados se detuvieron a unos pasos. Uno de ellos fue a inspeccionar el solitario Carina, mientras los otros dos se colocaban adelantados a ambos flancos de la ermita. El cabecilla, con barba tipo Lincoln pero en este caso más fan de la esclavitud, permaneció dos pasos detrás y uno a la derecha de Nuam e hizo una señal con los ojos a un subordinado, que se empezó a alejar haciendo un arco en dirección a la entrada de la capilla, mientras preparaba una granada.

Buzo sopesó las opciones. Verse encerrado y sin escapatoria podía con su psique, y dio un primer paso hacia la salida. En ese momento sonó una deflagración seca a su derecha, que le hizo pestañear y volver en sí. Stalin había empezado a disparar en dirección al tipo que intentaba flanquearles, y Buzo se le unió con una larga ráfaga. En el campo de tiro, con un eficiente y bien limpiado fusil Heckler & Koch G36 de diseño alemán y fabricación gallega, un recluta se suele dar cuenta de que no es nada mal tirador; pero en una montaña siria, con un sucio AK de fabricación egipcia y con las glándulas suprarrenales emitiendo adrenalina como si no hubiese mañana, porque tal vez no lo haya, Buzo y Stalin a lo único que acertaban era a la inmensa nada. Los asaltantes eran curtidos. Se separaron, respondían a los disparos con fuego controlado, haciendo saltar fragmentos de roca alrededor de los militares españoles. Nuam intentaba, sin éxito, que la tierra se lo tragara haciéndose bola en mitad de la pradera, con un sinfín de balas silbando sobre su cabeza. Los buitres observaban.

Para Buzo todo se movía lentamente, incluido él mismo. No distinguía el sonido de su fusil, solo presión en los tímpanos. Un movimiento en el límite de su visión periférica le pasó desapercibido. En ese instante una granada de los asaltantes rebotó en el dintel de la puerta y se paró justo a los pies de los infantes españoles, que saltaron a campo abierto buscando escapar de una muerte segura.

NO ES MI PRIMER RODEO
SEC. 28 / Yacimiento arqueológico. Exterior. Día.

En situaciones extremas como un combate, la experiencia es un grado, y en este caso el grado era el del cabo. Cordero, que hasta el inicio de los disparos había estado emboscado tras la zanja de los arqueólogos, en cuanto los recién llegados avanzaron lo suficiente como para darle la espalda, se levantó sigilosamente del terraplén. Se movía como en un entrenamiento, y con lentitud, incluso parsimonia, colocó una rodilla en tierra, apuntó con calma, vació los pulmones y empezó a trabajar.

Dos tiros. Se incorpora. Dos tiros. Otros dos. Falla. Dos más. Gira el torso, una ráfaga larga hacia la camioneta.

Los cuatro asaltantes cayeron como muñecos de trapo antes de entender de dónde venía la amenaza. El conductor de la camioneta, que sí lo veía, dio marcha atrás y el vehículo siguió avanzando hasta despeñarse por el terraplén; la última ráfaga de Cordero le había cruzado el pecho.

La función fue breve pero intensa. Para la mitad de los actores acabó en tragedia, y para la otra mitad en comedia, al menos temporal.

—¿Todos enteros?

—Sí, cabo —respondió Stalin, incorporándose con las piernas temblorosas.

Buzo, a un lado, respiraba superficialmente y escupía largas babas. La respuesta de los recién aparecidos, cuando la hubo, fue del tipo gorgoteos y quejidos. Nuam callaba. La pradera olía a sangre. Los buitres sisearon contentos, anticipaban comida fresca; aunque un miembro de su clan hubiera perecido en el fuego cruzado, a las demás rapaces no les importó en exceso. Ser carroñero tiene sus riesgos.

—¡Quitadles las armas y vigilad! ¡Buzo, tú a los moros! ¡Stalin, a la carretera! ¿Entendido?

Dadas las órdenes, Cordero fue a por Nuam, cuya estrategia de comadreja agazapada en mitad del divertimento había funcionado milagrosamente. Estaba entero, aunque seguía tirado en el suelo sin

levantar la cabeza, y así planeaba continuar si no fuera porque Cordero lo levantó de un tirón:

—¿Quiénes eran, rata? —gritó a Nuam a la cara mientras lo zarandeaba, agarrándolo de la camisa con el puño izquierdo, que a su vez aplastaba el poblado bigote contra la nariz del susodicho. Al no haber reacción, dio un par de tiros al aire y volvió a bramar—: ¡¡Quiénes eran!! Sé que los conoces. O hablas, o por tus muertos que te entierro aquí con ellos.

—No saber, jefe, no saber. Alá mi testigo, yo no saber. Aparecieron de la nada, conocía que aquí soldados españoles. Saber nada, lo juro. Yo solo conducir.

—¡Habla! —Cordero disparó otra descarga al aire.

—Tío, mi tío. Solo mi tío saber que vosotros españoles. Pregunte él.

—Vale, vale. —Cordero lo soltó; lo necesitaba para volver y tampoco podía sacarle mucho más en esos momentos—: Te creo. Muy bien. Venga, crack, somos amigos. Hala Madrid, vale. Stalin, ¿todo bien? Coge a Nuam y que te ayude a cargar el coche. Nos exfiltramos a la de ya.

La tensión del cabo, que no mostraba pero estaba ahí, empezó a decrecer. El sonido volvía, las pulsaciones se controlaban, y su campo de visión se ensanchaba.

¡Bang! Una ráfaga a su espalda le hizo saltar.

—¿Qué coño haces, Buzo?

—Se… se estaba moviendo. Le he tenido que disparar —Buzo señaló a la papilla humana que acababa de hacer de uno de los heridos.

—Bueno, que les jodan. No eran hermanitas de la caridad —terminando la frase, Cordero se acercó a los heridos, que seguían postrados en tierra, y disparó metódicamente en la cabeza de cada uno.

Cargaron las monedas en el maletero del Carina en silencio, cada uno sumido en su mundo interior. Nuam fumaba, y Cordero le aceptó uno de los Marlboro. Volvían a ser amigos. Llevaron los cuerpos a la ermita y los dejaron caer a la planta de abajo, donde harían compañía a los dos romanos, contaminando así, aún más si

cabe, un yacimiento único y ofreciendo al mismo tiempo un sacrificio al altar de un dios olvidado que llevaba dos milenios sin recibir ninguno.

Probablemente los dioses de la arqueología se enfadaron, los de la guerra lo apreciaron. Hubo equilibrio en los cielos, ningún demonio sumerio se despertó aquel día.

LOS EJÉRCITOS MARCHAN SOBRE SUS ESTÓMAGOS
SEC. 29 / Piso de Mirtylo. Interior. Día.

Mirtylo había decidido perseguir la única pista que tenía a su disposición: un compañero de la Unidad de Intendencia del Ejército de Tierra al que Buzo había encargado transportar su cargamento expoliado. Pero era inútil ir al cuartel a tener una charla con el intendente; demasiado público. La alternativa lógica era visitarlo en su tiempo libre. Buzo sabía dónde vivía su amigo dedicado a la logística, porque el tipo prefería la vida familiar en Inca a la cuartelaria en Palma.

Consciente de sus nuevas deudas, Mirtylo dejó una paupérrima y muy europea propina de cincuenta céntimos y se dirigió con Buzo hacia casa. Pero antes el señor Pons echó una mirada crítica a su compañero: una cosa era dar vueltas por Palma a horas intempestivas o la clientela del Macao, y otra muy diferente era pasar un rato largo en el coche con Buzo en su estado actual. Ya habían atraído alguna que otra mirada en su camino hasta Foners.

—Anda, ve a darte un baño en el mar mientras recojo las llaves del coche.

—Te me vas a escabullir.

—No te preocupes. Además, aún no me has dado la dirección, ¿recuerdas? No pienso dar vueltas por Inca gritando *¡intendente!* hasta que alguien me responda. Nos vemos en veinte minutos.

—Si tanto te importa mi aspecto, me cambio en tu casa.

—Mejor no. Nos vemos en esa oficina de correos de ahí. —Mientras Buzo seguía con la mirada la dirección del brazo, Mirtylo, con un ágil movimiento entró en su portal y desapareció por la escalera antes de que su compañero fuese capaz de reaccionar; había caído víctima de uno de los trucos más viejos de la humanidad. El señor Pons sabía que las triquiñuelas simples no dejan de ser funcionales por conocidas, la clave está en la ejecución.

Ya en casa, sintió que había estado fuera un mes entero, cuando la realidad era que solamente había pasado un día. Cumplió con sus necesidades fisiológicas, se duchó y se afeitó.

Mirándose al espejo, habló con su reflejo ojeroso:

—No es la primera vez que nos metemos en una de estas, pero tenemos que ser más listos; intenta sacar oro de esta peligrosa mina antes de que colapse sobre tu cabeza.

Abrió el botiquín y sacó una pastilla blanca de modafinilo, un estimulante con pocos efectos secundarios a corto plazo, más allá de la taquicardia y una falsa sensación de seguridad que te incita a tomar malas decisiones; efectos que no parecen detener a pilotos, estudiantes y banqueros de inversión, entre los que ese estimulante es muy popular. Mirtylo observó detenidamente la pastilla. Y en vez de tragarla, eligió tomar un polivitamínico que acompañó de un vigoroso bofetón en la cara.

Se guardó la pastilla en la cartera para un caso extremo y se conformó con dejar que el efecto placebo disolviera su cansancio.

—A la aventura.

PARTIDA Y REGRESO
SEC. 30 / Coche de Nuam. Interior. Día.

La resaca después del combate nunca es agradable, y los ocupantes del Carina sufrían las secuelas entre variantes enfermizas de euforia y apatía.

—Vaya un bautizo, ¿eh, tropa? Lo habéis hecho muy bien. Vivos, con dinero y de vuelta a casa. Nuam, volvamos por otra ruta, una con menos amigos de tu tío.

—Llevar amigo por camino alto, donde pastores con corderos.

—Sea. Me sentiré en mi hábitat. —El cabo encendió la rítmica música de la radio local para llenar el vacío. Intentaba animar a la tropa manteniendo el buen humor, cualidad que había entrenado durante años siguiendo la máxima miliciana de «sufre en silencio» a la que él había añadido un corolario propio: «distrae a tus compañeros del sufrimiento, o todo se irá a la…».

—¿Qué ha pasado, cabo? —preguntó Stalin, contrariado por lo que acaba de vivir—. ¿Quiénes eran?

—Estado islámico, milicia local, tropas gubernamentales de paisano… Quién sabe. Venían a por nosotros y no iban a invitarnos a un kebab, eso seguro.

—Yo no quería disparar, se movió, fue a por el arma, se movió, fue él. Lo juro.

—Tranquilízate, Buzo. O tú a ellos o ellos a ti. Ese es el juego.

—Pero ¿cómo es que seguimos vivos? —se sorprendió Stalin—. La granada no explotó, pensaba que iba a terminar hecho un emparedado entre balas y metralla.

—Lo vi. Sería una granada de entrenamiento, nos querían vivos y por eso empezaron tan cariñosos.

El silencio se hizo en el coche, exceptuando la música libanesa. Los soldados estaban sumergidos en pensamientos, mientras Enrique Iglesias se colaba en las listas de grandes éxitos locales. La familiaridad de la canción no animó a nadie.

—Mi cabo, ¿no es un poco raro que vinieran en coche? Nosotros somos tres, y era muy poca tropa para atraparnos vivos. ¿O este les

iba a ayudar? —sospechó Buzo señalando a Nuam y moviendo el AK con mala idea.

La pregunta tenía lógica, y se hacía eco de los pensamientos que ocupaban al propio Cordero.

—No le des vueltas, polluelo. Deja que papá Cordero sea el que piense. A nuestro amigo Nuam lo necesitamos para volver. —El aludido fumaba un cigarrillo tras otro, ya sin la alegría de la ida. Cordero proseguía filtrando información, pero ya sin compartir sus sospechas—: No sé. Alguien en el pueblo les habrá llamado… Tal vez pensarían que éramos los arqueólogos, que han vuelto. Un bocadito fácil de digerir.

—No me fío —objetó Buzo.

—Relájate con el tintineo del maletero. La vida va a ser muy diferente a partir de hoy. Ya veréis qué dulce os sabe la primera cerveza de millonarios. Invito yo.

Cruzaron un pueblo donde Nuam, antes de que pudieran detenerle, se detuvo en la *gasolinera local*, es decir, un viejo con nieto al lado de un surtidor que parecía recordar a Lawrence de Arabia.

Después de una airada negociación, Nuam llenó el depósito y, para terror de los ocupantes del coche, abrió el maletero delante del viejo con la intención de llenar el gran bidón vacío con el que cargaba desde la mañana. Más animado, el bigotudo libanés entró en el coche, y ante la abrupta pregunta coral de «¡¡¿qué haces?!!», incluyendo además unos cuantos improperios militares fruto de la agitación general, Nuam respondió:

—Diésel para volver. Amigo querer volver, ¿no? Coche mejor, andando peor, ¿no? Diésel necesitar. —Y con un brillo furtivo en los ojos añadió—: aquí barato, no impuesto. Hacer paces con tío, regalo. *Shaitan* de señor decir no ver nadie más forasteros que vosotros y camioneta. Aquí nadie más pasa. Querer cobrarme precio turista.

—¿Qué dice el pájaro este?

—Que se dedica al contrabando y que estamos seguros.

Deshacían el camino hacia las afueras de Qatana, donde Nuam pensaba girar hacia su ruta secreta. Con cada traqueteante

kilómetro que se alejaban de la excavación, Cordero ya se veía en casa.

No habían transcurrido ni diez minutos en la desierta carretera montaña abajo cuando, tras una curva cerrada, vieron un coche parado en el arcén: un barbudo llamaba por teléfono, mientras otros dos chavales estiraban las piernas y un tercero esperaba de cuclillas en el arcén.

Todos armados.

Buzo, que desde el asiento detrás de Nuam, iba a ser el que pasara más cerca del que hablaba por teléfono, lo observó, y pese a que intuía que tenía que evitarlo, sus miradas conectaron. El soldado español, y arqueólogo aficionado, entendió que el barbudo había leído el miedo en su cara y que les había descubierto.

Los del arcén eran la segunda mitad del grupo de milicianos que formaba parte de la batida de caza al extranjero. Por lo visto, uno de los integrantes había desayunado algo en mal estado, preparado por su inexperta esposa esclava, y sufría las consecuencias. Estaba retrasando a todo el grupo, obligándoles a parar cada media hora y ganándose la enemistad del responsable del segundo coche. Para colmo de males, Mahmud, que llevaba la delantera, no contestaba el teléfono. Era un día de esos en los que todo va torcido. Pero ahora, por auspicio de Dios y de su Profeta, la suerte cambiaba: he aquí un coche con matrícula libanesa, bajando rápidamente la montaña, con un imbécil al volante y tres tipos con aspecto de extranjeros potencialmente lucrativos.

Los perseguidores arrancaron el coche y se lanzaron a por la presa. Pero este grupo no tenía las mismas tablas que sus compañeros, que acabaron como ofrenda sobre el altar a los dioses antiguos, y eso los hacía más peligrosos. Después de una breve ráfaga de tiros al aire, empezaron a disparar a la presa sin ni siquiera hacer el esfuerzo de apuntar a las ruedas. Los infantes y Nuam descendían la montaña haciendo eses, propulsados por toda la velocidad que les permitía el asfalto, la habilidad del piloto y aquel destartalado automóvil.

Cada vez que una bala acertaba a la carrocería, Nuam veía incrementada su habilidad, el coche su potencia, y el acelerador

parecía encontrar más espacio para avanzar. Cordero disparaba desde la ventanilla. Buzo, haciendo cabriolas en el asiento de atrás e impulsado por los baches, dio un par de patadas a la luna trasera, sin ninguna suerte. Stalin, más práctico que su compañero, esperó a que este apartara la pierna y empezó a disparar a través del cristal, entendiendo que los perseguidores se encontrarían, por pura lógica, detrás de ellos y que en esas circunstancias apuntar era un elemento secundario. Así continuaron durante algunos kilómetros. Estaba claro que las consecuencias de aquel rally serían mortales: uno de los dos, o los dos vehículos, se iban a despeñar.

El más joven de los perseguidos, de estómago frágil e irregular barba pelirroja, ansioso por desquitarse del odio de sus compañeros, sacó de su mochila el sistema lanzacohetes RPG-7.

Con minuciosidad y la punta de la lengua asomando por los labios, abrió un paquete de papel marrón con pólvora, que fijó en la parte trasera de la ojiva, y desenroscó el tapón que protegía el detonador. Satisfecho con el resultado, metió el cohete en el sistema lanzador. Montar el RPG le calmaba, desde el primer día se le había dado bien en el campo de entrenamiento terrorista, y su instructor siempre le ponía de ejemplo al resto de los guerreros por la fe. Así es como se sentía con el largo, grueso y listo RPG entre las manos, como un verdadero guerrero. El joven, con fanática agilidad adolescente, asomó su cuerpo por la ventanilla acomodándose el lanzacohetes al hombro.

Puede que perdieran a un rehén o dos, pero mejor cabeza en mano, que ciento volando. En el peor de los casos podían vender los cuerpos por algo de dinero. En esta zona no se desperdiciaba nada.

Disparó entre gritos de euforia.

Las reacciones en el Carina eran antagónicas a la alegría de los perseguidores. Al ver que un tipo de desagradable complexión verdosa sacaba un lanzamisiles, los soldados bravos apuntaron todo su arsenal hacia él y dispararon. El traqueteo y la velocidad no incitaban al éxito. Buzo vio el cohete salir despedido hacia ellos a cámara lenta, registrando cómo, metro a metro, se acercaba al maletero y hundía la chapa, como si esta fuera mantequilla recalentada bajo un sol implacable.

EL INTERIOR ES LO QUE CUENTA
SEC. 31 / Coche de Mirtylo. Exterior. Día.

Un vigorizado Mirtylo bajó directamente al garaje a por su BMW 535i de los noventa, coche que combinaba tres factores relevantes para el señor Pons: comprado a precio de ganga, apreciado por los entendidos, y poco tecnológico en cuanto a informatización.

Antes de subirse, sacó una muda de ropa y un kit de aseo del maletero, sobrecargado pero organizado, y lo dejó en el asiento del copiloto. Cuando llegó para recoger al barbudo de Buzo al lado de la oficina de Correos, el vagabundo entendió la insinuación y se cambió, aunque mantuvo las botas militares. Con rugido de motor y emisiones de CO_2 se dirigieron hacia el interior de la isla. La carretera era completamente recta, siguiendo fielmente la calzada que trazaron los primeros legionarios romanos para conectar ambos extremos de la isla.

—¿Por qué tienes tan claro que tenemos que ver al intendente? —habló Buzo.

—Es el último que vio el cargamento. Además, ¿nunca te has llevado un lápiz de la oficina?

—¿Quién eres?

—¿Has recordado ya dónde está Cordero?

—No me fío de ti.

—Fabuloso. Muy sensato por tu parte. ¿Sabes?, te queda bien ese color. Ahora tienes aspecto de hípster. Aún podremos hacer un millonario áureo de ti.

Llegaron a Inca en menos de una hora, en la que Mirtylo respetó escrupulosamente los límites de velocidad para no atraer la atención de las autoridades afines a Ali. Inca era una población que en doscientos años no había tenido ninguna idea de negocio mejor que hacer zapatos. El boom turístico había dejado de lado esta zona, y la ciudad se percibía amodorrada.

Aparcaron en una callecita de las afueras, frente a una señorial casa de pueblo de dos pisos. Un par de años atrás Buzo fue convidado a una aburrida y escueta comida en la que conoció a la mujer del intendente y a sus cabezones y ruidosos hijos. Siempre

evitó repetir aquella soporífera experiencia, pero recordaba la dirección. Esperaron.

El señor Pons mascó un puro. Le iban quedando pocos.

—Venga, vamos a por él —se impacientó Buzo.

—Un momento. ¿Cuánta gente vive en esta localidad?

—Unos veinte mil locales, y unos diez mil forasteros, casi todos sureños.

—Un pueblo, entonces. Se conocerán todos. Vale, espérame en coche, te dejo sin llaves, ¿vale? Si ves a tu amiguito, no te muevas.

Mirtylo se acercó al estanco y entabló una conversación sobre puros con la amojamada estanquera, que estaba encantada de pasar la tarde charlando sobre los últimos cotilleos del lugar.

—Vaya, otro divorcio. La moral se va por los suelos —le seguía el hilo Mirtylo—: ¿Sabe? Seguro que será por dinero. Apuesto a que no pasaría si de repente él hereda una fortuna, o asciende en el trabajo o… le toca la lotería o algo así.

—Está usted en lo cierto, totalmente en lo cierto —la señora conservada en nicotina siguió la cháchara—: Mire, por ejemplo, el joyero al que le tocaron millones en la lotería de Navidad, este mismo diciembre. Se decía que tenía unas peleas en casa… pues de repente pararon. ¡Madre del amor hermoso! Mi hermana vive pared con pared, y a ella solo le tocó el reintegro…

—¿Ese es el militar?

—No, se equivoca. Es su cuñado, pero no se parece en nada a la hermana. Con ese dinerito yo haría un crucero, ¿sabe?, mi amiga Marga está siempre de crucero. Tuvo un marido que le dejó una pensión excelente.

Mirtylo regresó al coche con una sonrisa y un puro fresco en la boca.

REACCIONES QUÍMICAS
SEC. 32 / Oriente Medio. Exterior. Interior. Día.

Nada. No hubo explosión. Los ocupantes de ambos coches se sorprendieron tanto que redujeron la velocidad. Cordero usó la pausa para *acertar* al lanzador RPG, cuyo enfermizo cuerpo salió despedido del coche con cara de sorpresa y los pantalones sucios. Otra bala acertó al conductor de los perseguidores, que se detuvieron al instante.

Nuam, por otro lado, no tenía planeado detenerse. Siguió con el pie en el acelerador como alma que lleva el diablo, un diablo en este caso bastante fan de las decapitaciones. Y desviándose por carreteras de tierra, cruzaba a trompicones paupérrimos campos en dirección a la frontera.

Esta vez no hubo ánimos para la tropa por parte de Cordero. Habían visto pasar la guadaña de la muerte demasiado cerca del gaznate.

Nuam conducía como un loco, y con razón; no tenían ni idea de si los perseguidores seguían tras ellos o si, llegados a este punto, aparecerían más sublevados. Pero lo que preocupaba al cabo no era el ánimo de la tropa, era el estado del maletero. Escudriñaba con desánimo los restos de la destrozada puerta e intentaba distinguir si alguna moneda iba cayendo por el camino. No sabía qué era mejor: ver caer alguna y saber que, aun perdiendo, seguían ahí, o arriesgarse a que todas las hubiese evaporado el RPG.

No se detuvieron hasta que, habiendo cruzado otro campo exactamente igual a los anteriores e indistinguible de los siguientes, Nuam les confirmó que estaban en el Líbano. La frontera en este punto no era más que otro camino de tierra. Nadie se había molestado en colocar los postes con barriles azules que podrías encontrar en la *Blue Line* marcada en los mapas de resoluciones de la ONU. Así que un trozo de tierra era Siria, y el otro el Líbano.

Ante esta arbitraria ocurrencia del derecho internacional, los ocupantes del coche notaron una calma muy real, aunque no todos.

Buzo se pronunció con un hilo de voz:

—Creo que Stalin no está bien.

Cordero se giró: la palidez bajo el fuerte moreno natural de Stalin era evidente. Profundas ojeras parecían dibujarse en su cara en tiempo real.

—¿Por qué coño te lo has callado? —sacó su rabia Cordero—: ¡Nuam, para!

—¡Yo qué sé, me han metido un cohete por el culo! —se justificó Buzo—. Me ha costado un rato recomponerme.

Cordero tuvo que aceptar que era una razón justa para ser egoísta en la percepción de la realidad, y se volvió al conductor para repetirle la orden. Pero Nuam ignoraba a Cordero, pisó el acelerador y derrapó por caminos agrícolas. Antes de que Cordero o Buzo pudieran reaccionar, Deir El Aachayer con su templo romano derruido se materializó ante ellos, en la colina. Aparcaron en la puerta de la casa del patriarca Yussuf.

Buzo y Nuam metieron a Stalin, poco presente pero aún consciente, en casa y esta explotó en actividad. Cordero, por otro lado, viendo que el frente sanitario estaba cubierto y siendo superada su camaradería por la avaricia, se acercó al maletero con la boca reseca. Esperaba ver hierros retorcidos y ennegrecidos, pero lo que encontró fue que la cabeza explosiva del RPG había dejado un boquete limpio y circular al penetrar en el portón.

—Ese bicho está pensado para reventar tanques. ¿Por qué leñes no ha explotado? —Tuvo que pelear un poco hasta que consiguió abrir el maletero—: Milagro.

Las bolsas donde habían guardado el expolio estaban intactas, exceptuando un poco de nylon chamuscado. Lo que sí había sufrido era el bidón de diésel, que recibió el impacto directo del RPG, absorbiendo el efecto de la carga explosiva. Pero aun sí, había fragmentos de metralla: uno de ellos traspasó el asiento de Stalin, la ropa de Stalin y luego al propio Stalin. Entre la tensión, el golpe y el combate, el soldado no sintió la herida en el momento, confundiendo la pérdida de sangre con sudor.

Mientras, ya en la casa, Yussuf el patriarca daba órdenes y vigilaba la puerta. Era el mayor de la línea sucesoria del clan, un representante de la familia que había vivido en la misma región antes incluso de que los prerromanos salieran de Troya. Aún

conservaba terrenos y poder a ambos lados de la frontera, pero nunca era suficiente, entre otras cosas porque entre sus responsabilidades entraba mantener a una creciente lista de familiares; los descendientes parecían expandirse en número, pero permanecían estancados en capacidad intelectual, como ese zoquete de Nuam. Cuando el tal Cordero buscó su apoyo, Yussuf decidió vender una milicia siria a los azulones españoles porque los potenciales beneficios superaban con creces las poco probables represalias de la ONU. Además, su nieta favorita estudiaba odontología en Londres y quería regalarle un piso en la capital.

Algo había salido mal, y de alguna manera intuía que era culpa de Nuam.

Cordero entró en la casa sin soltar su AK y cruzó miradas con Yussuf. Ambos entendieron que cada uno sabía a qué jugaba el otro y que ahora mismo la partida estaba empatada. El cabo comprobó que ya habían detenido la hemorragia de su soldado, y en ese preciso momento Nuam apareció:

—Amigo, llamamos primo. Muy buen médico de animal, no tiempo para médico de gente.

—Stalin, ¿puedes moverte? —Buzo ignoró a Nuam y se acercó al herido.

—Sí, cabo —murmuró casi inaudible.

—Nos lo llevamos.

—Pero ¿no deberíamos dejar que lo curasen bien primero? —preguntó Buzo manchado de sangre.

—Trae el todoterreno, nos largamos. Y si intentan detenerte, dispara. —Cordero salió a la calle y esperó junto al tesoro a que Buzo llegara. Transportaron rápidamente los expolios de un vehículo a otro y regresaron a por Stalin. Viendo que Buzo era puro nervios, se vio obligado a compartir la lógica de sus órdenes—: Si le llevamos cosido, tendremos que dar muchas explicaciones. No te preocupes, está hecho un toro. Confía en papá Cordero.

Al ver que sus compañeros de aventuras iban a dejarle, Nuam se apresuró insistente a Cordero. Después de todo, había sido el chófer fiel y le dolía verlos partir, tanto como le dolía ver el desprecio

reflejado en la furibunda mirada que le dedicó su tío al verlo entrar en casa.

—Coche. Yo salvar amigo. *Inshallah*.

Cordero metió la mano en una bolsa y le entregó un puñado de monedas sin mirarlas. Tenía más que suficientes para llevar la vida que quería.

EL JUEGO DE LAS PREGUNTAS
SEC. 33 / Capital comarcal. Exterior. Día.

Pasaron otros veinte minutos aburridos en los que lo único que ocurrió es que vieron salir a una mujer poco agraciada del portal que vigilaban. Buzo la reconoció como la esposa del intendente. Y hacia las cinco de la tarde apareció el intendente conduciendo un flamante BMW M4, evolución del de Mirtylo, que aparcó por los pelos en el estrecho garaje contiguo a la casa. A juzgar por las llantas y los detalles de la carrocería, el intendente debió de hacer muy feliz al dueño del concesionario.

Mirtylo observó a Buzo, que le empezaba a dar un tic en el ojo.

—Vamos. Y déjame hacer a mí, no vaya a ser que empieces a patear al tipo inmediatamente.

Se acercaron a la puerta y Buzo llamó al timbre.

Mirtylo se situó un paso por detrás, preparado para hacer uso de alguna de las identificaciones policiales sustraídas a los acólitos de Alistair, cuando ante él apareció el intendente, que abría la puerta regañando anticipadamente a su mujer por dejarse las llaves. Durante un par de segundos se quedó mirando a los desconocidos antes de cerrar con un «no me interesa», pero Buzo coló la bota por el hueco, Mirtylo empujó ligeramente y ambos entraron en la casa avasallando.

—¿Dónde está lo mío? —Fue lo primero que dijo el exinfante nada más cruzar el umbral.

—¿Quién eres? ¿Buzo? ¡Pero qué alegría verte! —El gesto preocupado y los ojos saltones del intendente contradecían sus palabras—. ¿Dónde, dónde has estado? ¿Quieres un poco de agua? ¿Necesitas ayuda? Por cierto, tu familia te está buscando. Déjame llamar al cuartel para que les avisen…

El intendente rebuscaba en sus bolsillos, incapaz de encontrar su móvil. Por lo que veía desde la entrada, Mirtylo constató que habían estado de reformas; aún quedaban cajas de azulejos apiladas en los rincones.

El intendente seguía parloteando nervioso:

—El teniente nos dijo que habías tenido una crisis nerviosa y que habías renunciado. ¿Qué… qué has estado haciendo? ¿Dónde está mi maldito móvil? Ah, aquí, llamaré a la policía, ¿vale?

—Ya estamos aquí —Mirtylo entró en escena, aunque no tuvo tiempo de jugar el papel de garante de la seguridad del Estado. Buzo le interrumpió:

—¿Dónde está lo mío?

—¿De qué hablas? ¿Lo tuyo? Tu cuarto lo limpiaron y todas tus cosas se fueron a… a la basura. ¿Por qué? ¿Querías que te las guardara? Yo encantado, pero no me avisaste. Somos amigos, lo sabes, ¿verdad?

—Quiero lo mío.

—Yo no… yo… ¿A qué te refieres? Es decir, estoy encantado de que vengas a casa y ver que estás bien, pero ¿te he ofrecido ya agua? Hace calor hoy, ¿eh? Qué tiempo, pasamos de lluvias a calor extremo. Será el calentamiento global, me tiene preocupado, en las noticias no hablan de otra cosa.

—Dame lo mío, cabrón. —Buzo le quitó el móvil y lo estampó contra el espejo del recibidor.

—Mejor responde a tu compañero de armas —intervino Mirtylo—: Entiendo la emoción del reencuentro y todo eso, pero es el momento de confesar.

—¿Y… y… y tú quién eres, eh? ¡Fuera de mi casa! Mi mujer está arriba y sabe que estáis aquí, y llamará a la policía si me pasa algo. —El asaltado intentó lanzar un puño a la cara de Buzo, que respondió frenando el brazo, retorciéndolo y aplastándole la cara contra el gotelé; el intendente captó el mensaje —: Ah, oh, ya sé, te refieres al cargamento del Líbano. Te lo dije, ¿o no te lo dije? Pensaba que te lo había dicho. Pues el contenedor cayó al mar. Justo en el que iban tus baratijas. Qué mala suerte, macho. Pero ¿qué quieres que le haga? Yo no puedo sacarlo del fondo del mar como si fuera la sirenita. Suéltame, ¿quieres? Que oye, lo haría si pudiera, lo sabes, ¿verdad? Encantado me tiraría de cabeza el primero. Pero no me oriento bien bajo el agua, algo del oído interno. En mi familia somos de secano.

Buzo, con mirada furibunda y una mano en toda la cara, apretó un poco más la cabeza del intendente contra la pared con la fuerza de alguien que reclama sus millones. Mirtylo se sorprendió del autocontrol de su compañero; lo veía más golpeador que estrujador. Una vez más, constató que no hay que juzgar a las personas con rapidez. El intendente se empezó a poner primero bermellón y luego púrpura. Y tras quince largos segundos adquirió plena consciencia de que no había compasión en los ojos de sus invitados.

—Vale, vale. Os lo contaré.

Buzo sólo apretó más fuerte.

NOCIONES BÁSICAS DE CONTRABANDO
SEC. 34 / Base militar. Interior. Día.

Stalin se agarraba a la consciencia con ambas manos, y con el resto de extremidades también, mientras su corazón se esforzaba en compensar el poco volumen de sangre que circulaba por su organismo.

Cordero daba órdenes:

—Buzo, dale de beber y ponle el uniforme. Acuérdate de rasgarlo donde la herida. Atentos, la historia es la siguiente: volvíamos de nuestra patrulla sin ningún incidente, un día aburrido. Antes de salir a la carretera en El Hacha, un rebaño de ovejas nos ha bloqueado la carretera, no vimos al pastor, no hicimos otra cosa más que esperar para seguir de buenas con los locales. La espera se alargaba y aprovechamos para echar una descarga fisiológica. A saber lo que movimos nosotros o las ovejas, pero lo siguiente que escuchamos fue un petardazo y Stalin sintió el pinchazo. Le limpiamos, paramos la herida y seguimos de camino echando mistos. ¿Entendido? La culpa fue mía por dejaros merodear. Y no, no hemos visto lo que ha explotado, no hemos visto ninguna oveja reventada. Puede que esté, pero no la hemos visto. Tampoco sabemos lo que ha explotado, pero no era un IED, era una explosión floja. ¿Me escucháis?

—A sus órdenes, mi cabo —dijeron Buzo y Stalin, este con debilidad.

—Buzo, quédate al lado del vehículo. Y cuando me lleve a todos, guarda las bolsas dentro del VEC con la transmisión rota. ¿Sabes cuál es? El de la esquina. Haz caso a papá Cordero, que la fortuna sonríe al soldado viejo.

En la base Miguel de Cervantes todo transcurrió tal como había planeado Cordero. El pálido teniente, a momentos con peor aspecto que Stalin, no causó problemas y se fue a gestionar el papeleo. A Stalin se lo llevaron a los galenos, y el día se cerró con la fluidez que había faltado al comienzo.

Ya con Stalin fuera de combate, Buzo y Cordero se ocuparon de la logística del retorno. Las autoridades libanesas sufrían repentinos

ataques de hostilidad y revisaban cada maleta visible buscando armas, antigüedades, tabaco, pero lo que más buscaban era incrementar, a base de multas, las reservas de divisas de su banco central.

Ante lo copioso del botín, meter todas esas monedas en los petates quedaba excluido. Cordero renunció a su plan original, que era mezclar antigüedades reales con suvenires que había comprado en Tiro; sólo se arriesgó a usar ese método con el gladio y las cuatro chucherías que encontraron en forma de figurita, dados y anillos, y en un último e impulsivo segundo no pudo evitar guardarse en la cartera una moneda a modo de recuerdo. Fue entonces cuando Buzo le sorprendió demostrando iniciativa y proponiendo un método alternativo de transporte: a través de un conocido de la brigada logística había conseguido hueco en un contenedor marítimo que usaban para transportar material militar, saldrían de la base sellados y no pasarían aduana alguna.

LAVANDERÍA CHINA
SEC. 35 / Casa del intendente. Interior. Día.

Mirtylo no conseguía separar a Buzo del intendente. El soldado se encontraba catatónico aplastando contra la pared la cabeza del compañero de cuartel, cuyas protestas se iban convirtiendo en aullidos potencialmente delatores. Había que darse prisa antes de acabar en el calabozo local.

Mirtylo usó la aguja de tejer para pinchar violentamente el trasero de Buzo a través de los vaqueros, maniobra que le daba espacio suficiente para proteger al intendente:

—Ya ves que a Buzo la cárcel le supondría una mejora de sus condiciones. —El señor Pons usaba un tono comedido, interrumpido solo por los jadeos del dueño de la casa y el relinchar de dientes de Buzo—. No te preocupes por saber quién soy. Piensa en mí como un mediador desinteresado que busca restaurar el equilibrio cósmico. Así que mi recomendación es que hables y aligeres la carga.

—En menudo jaleo me metiste, macho. —El intendente dejó de jadear y decidió hacer caso al desconocido—: Te repito que el contenedor cayó al mar, es lo que me dijeron los de la naviera. Ya te lo conté la última vez que te vi.

—Te dijeron, pero *eso* no es lo que pasó —azuzó Mirtylo, aunque el intendente se dirigía a Buzo.

—Bueno, pues a la semana siguiente me llamaron. No te imaginas qué semana. Me pusieron de vuelta y media en el cuartel. Como si fuera yo el cochino Neptuno y fuese mi culpa todo lo que pasa en el mar. El caso es que, como he dicho, me vuelven a llamar: un problema de identificación en el puerto. Y cuando recogemos nuestro contenedor, me querían cobrar extra por tenerlo aparcado. Toda la mañana al teléfono, macho, no veas qué estrés, organizando todo… ¿Y crees que alguien me dio las gracias?

—Si no vas al grano, me aparto y Buzo hará que no comas nada sólido en tu vida.

—Qué humor, Cristo bendito. Bueno, el caso es que llega el contenedor, te busco y no te veo por ningún lado. Y me estaba jugando otra peta de los gerifaltes, que si es contrabando, que si es

coca y tal… Por algo así se me puede caer el pelo. ¿Qué coca voy a traer del Líbano? Eso es tema de la armada y sus visitas a las Indias. Oye, ¿no tenías tú un amigo colombiano? El caso es que me llevé tus pertenencias, como favor, ¿eh?, y las guardé aquí en el garaje. Todo mientras espero a que aparezcas.

—¡Al grano! —ladraron al unísono Buzo y Mirtylo, intentando el primero darle con el puño.

—¡Ya va, ya va! Que si hablo mucho, que si poco… Parecéis mi mujer. El caso es que mi suerte no mejora. Dejo todos esos trastos en el garaje y ¿qué os creéis? Pues otra bronca en casa: que si el garaje está hecho un espanto, que aquí no entra un trasto más, y encima cuando dije que era para un amigo, no mejoró la cosa. Ya sé yo que cuando haces un favor, lo único que te caen son desgracias.

—Buzo, arráncale la lengua.

—Calma, suéltame, baja el puño. ¡Ay, eso duele! El caso es que lo tuve un par de semanas en el garaje, pero pasadas las fiestas ya mi señora me puso un ultimátum. Los Reyes le trajeron una bici al crío y la tenemos que guardar en algún sitio, y el caso es que lo bajé todo al mercadillo de Santa María del Camí y… Y ya no lo tengo. Lo siento. —Terminó el relato con la boca seca y brillo en los ojos.

—Ni una mención a su cuñado joyero y cómo han lavado el dinero con la lotería. Buzo, muerde.

—Yo te… —gruñó Buzo ahogando con los brazos el cuello de su excompañero.

Los ojos del intendente se salían de sus órbitas. Se juntaba el miedo, la asfixia y ver que el desconocido al que intentaba ignorar lo sabía todo, absolutamente todo.

—Mírame a la cara —Mirtylo intervino—: Otra mentira de tu boca, como que el BMW es de saldo, te tocó de verdad la lotería o cualquier otra soplagaitez, y tu amigo Buzo te corta las pelotas y te las mete por la boca. Veo en tu mirada que tienes imaginación, pues piensa que eso lo hará mientras sigues respirando. —Mirtylo había leído esa amenaza en una novela de aeropuerto y le agotaba pensar en la logística que se necesita para llevarlo a cabo.

Buzo afianzó lo dicho apretando el brazo.

El intendente, ya entre toses y mocos, reveló lo que había pasado con las monedas, esta vez con pocos detalles y precisión profesional en cuanto a los números, pero valió: resulta que cuando se encontró con treinta kilos de oro y veinte de plata, recurrió a su cuñado. Fundieron la plata y el oro de inmediato para evitar la trazabilidad; la plata la vendieron a otras joyerías por catorce mil euros, mientras que el oro, valiendo más de un millón, necesitaba otro tipo de tratamiento. Entonces contactaron con un empresario de origen cantonés con exceso de efectivo y aquejado de fiebre del oro. Negociaron con él y con su hija en edad escolar haciendo de intérprete, y le colocaron la totalidad de lingotes. De ahí, a comprar un décimo de lotería, y tras los correspondientes impuestos, el dinero, ya limpio, apareció en las cuentas del intendente y de su cuñado.

El señor Pons escuchaba comprensivo el esquivo camino del capital. Sabía que el dinero disfruta con planes simples para ser ganado, y con complejos para ser ocultado. Buzo no entendía nada, solo tenía claro que alguien se había quedado su dinero.

—Me has robado, alimaña. ¿Dónde está lo mío? —Volvió a rugir.

—¿Cómo que dónde está? ¡Que ya no hay! Te lo acabo de contar: nos pidieron descuento por comprar oro al por mayor y sin factura, luego está la prima por el décimo premiado, luego los impuestos… En este país no te dejan respirar, macho. Lo poco que quedó se me fue en tapar agujeros y… —Buzo lo tiró al suelo y empezó a patearle —. ¡No, no! Te juro que…

—Ya. Suficiente desahogo —dijo Mirtylo a Buzo separándolos—. Llévanos a tu caja fuerte.

—No me queda nada… —lloriqueó el intendente.

—Te creo. A la caja fuerte.

UN PERMISO A DESTIEMPO
SEC. 36 / Casa de juego. Interior. Noche.

El botín surcaba el Mediterráneo cuando Buzo y Cordero llegaron a Palma. Stalin, a su vez, terminó en el Hospital Central de la Defensa en Madrid debido a unas complicaciones en el riñón. Un par de semanas de rutinaria espera en el cuartel y la fortuna se reuniría con la unidad.

Buzo andaba taciturno, corroído por la expectación y los nervios, mientras el cabo, contenido y tranquilo, hacía lo que le corresponde a un buen soldado de vuelta a casa, irse de permiso.

A las pocas horas de dejar el cuartel, el espartano Cordero se encontraba encerrado en el baño de un casino del paseo marítimo, donde, compartiendo tapa de retrete y vicios químicos, se había hecho amigo de dos atléticos chavales acostumbrados a calentar banquillo en el club de fútbol local. La perspectiva de riquezas que pronto atracarían en el puerto, cual galeón retornado de las Indias, le hizo perder todo control. Quemando ahorros, dio varias turbulentas vueltas de reloj hasta que se encontró en una partida de póker cerrada al gran público y auspiciada por Alistair. El veterano se ganó la simpatía de sus compañeros de timba, compuesta por uno de los futbolistas, varios banqueros, un millonario de la tecnología y un heredero saudí. El cabo los amenizaba con batallitas guerreras, algunas tangencialmente verídicas, pero sobre todo con rumores, fantasías y leyendas cuartelarias que había recopilado durante años de servicio, todo bajo la atenta mirada de las agudas pupilas de Alistair.

Cordero empezó ganando, muchísimo, y luego perdiendo aún más.

—*Army boy*, es el momento de irse. No tienes crédito en mi casa.

—Te pagaré. Palabra de soldado viejo.

—Venga, Alistair, deja que se quede, es un buen tipo —protestó la mesa en coro: los demás jugadores ganaban con gusto lo que perdía Cordero.

—Mira, tengo algo que te gustará… —Cordero se acercó a Alistair, y dando la espalda al resto de la mesa sacó el áureo de Pompeyo

que se había guardado como amuleto en la cartera—: Tengo más.

Previendo que le arrancarían el oro de las manos, Cordero demostró sus entrenados reflejos tragándose la moneda con ayuda de un trago largo de whisky.

Como todo americano, Alistair respetaba a un buen *showman*, y abrió la mano del crédito. Alargó así el cabo su racha perdedora al grito de «Filipinas no se rinde», pero se marchó a casa sin su carnet de militar, una deuda de cuarenta mil euros, y un:

—Ya no tienes escapatoria, *army boy*. Te espero en una semana.

RECLAMACIÓN DE IMPAGOS
SEC. 37 / Casa del intendente. Interior. Día.

En el salón, oculta tras un panel de madera que forraba la estantería, asomó una pequeña caja fuerte de aspecto barato. El intendente dudó unos instantes, pero después de recibir un rodillazo en la rabadilla, no tuvo más remedio que abrirla. Contenía unos pocos documentos, sobres, y cinco mil euros.

Mirtylo prestamente le entregó el dinero a Buzo, para que el tacto de los billetes lo tranquilizara, y se quedó la documentación.

—¿Y mis millones? —Buzo insistía.

—Es lo que queda —seguía en lo suyo el intendente.

—No te apures, querido. Medio día conmigo y ya has tenido un buenísimo desayuno y vas recuperando tu fortuna. —Mientras hablaba el señor Pons, repartía su atención entre el subyugado intendente, que enfocaba al suelo, los sobres que confiscaba en sus manos, y la puerta de entrada, por si aparecía la mujer y la situación se salía aún más de control. Había que moverse con rapidez, pero nada de lo que tenían era suficiente para librarse de Alistair.

—Buen primer paso en el camino a la decencia. Y ahora enséñanos la otra caja fuerte, la buena. —El intendente abrió mucho los ojos y cogió aire para empezar con más excusas. Mirtylo podía leerle como un libro abierto; se movía a tientas, pero funcionaba. Decidió proporcionar un asidero a las poco complejas ideas de aquel veterano del frente logístico—: Escucha, tenemos nuestras fuentes de información. Ni los secretos de cama son sagrados hoy en día. —Mirtylo le guiñó un ojo a su anfitrión—. ¿Prefieres que preparemos los bisturís, entonces?

Rendido y sintiéndose traicionado por los visitantes, el intendente los condujo escaleras arriba, al dormitorio, y de una cómoda antigua extrajo dos cajones llenos de calcetines que dejaba a la luz una caja fuerte incrustada en el suelo. Se agachó para abrirla. Mirtylo lo notó tenso.

El señor Pons tuvo el tiempo justo para darle una patada en el lomo mientras este se revolvía disparando por debajo de la axila. Buzo, paralizado unos segundos por el disparo, reaccionó lanzándose

al suelo y tirando de los pies del intendente para sacarlo de debajo de la cómoda. Pese a las heridas y encontrarse en inferioridad de condiciones, el dueño de la casa gemía como una rata acorralada defendiendo su nido de esas dos viciosas serpientes. No soltaba la pistola.

Mirtylo se lanzó hacia él empuñando la aguja de calceta que conservaba en su poder y se la clavó al intendente entre los omóplatos; el banderilleado aulló, soltó el arma y se dio por vencido.

Buzo controlaba al intendente, pistola en mano; era una antigua Llama Especial de fabricación española, barata y gastada, pero a la vez pequeña y fiable. Mirtylo, con gran solvencia, se metió de cabeza en la caja fuerte. Tenían que ser rápidos antes de que los vecinos localizaran el origen del estruendo. Sacó de la segunda caja fuerte otros treinta y cinco mil euros, y cinco monedas antiguas. Aprovechando la penumbra, se guardó una en el bolsillo sin distinguir de qué metal era.

—Que no desespere mi joven soldado. Aquí hay algo más de dinero para tu recuperación mental y espiritual —y dirigiéndose al intendente—: ¿No habías fundido todas las monedas?

Mirtylo le mostró las que había sacado de la caja fuerte. Eran cuatro: dos de plata y dos de oro. Áureos de Pompeyo las de oro, doscientos cincuenta mil la pieza. Buzo, reforzado por la autoridad que le daba la pistola, se abalanzó sobre ellas y se las guardó. Mirtylo rezó por que la que tenía escondida en el bolsillo fuera de oro. Era justo lo que necesitaba para librarse de Alistair.

—Sí, las fundimos —admitió el intendente—. Me quedé esas, no sé, de recuerdo. Pensé que se las daría a los nenes en algún momento. Lleváoslas.

—Muy amable, eso haremos, pero porque lo dices tú. Todo por el equilibrio cósmico, ¿recuerdas? Por mi parte estoy satisfecho. ¿Buzo? Por supuesto, eres libre de pegarle dos tiros y quedarte un rato. Ah, y dale las gracias a la mujer cuando venga a ayudarnos. Luego puedes llevarte el BMW y antes de las nueve estarás en comisaría. Ya no tendrás que preocuparte por tu situación habitacional los próximos años. —El señor Pons dejó que sus palabras penetrarán en el duro cráneo de su compañero—. O si lo prefieres, puedes

seguirme. Te resultará más rentable y creo que puedo ayudarte. Nuestro querido amigo no tiene nada que denunciar, ¿verdad? —Se acercó al intendente para observarlo de cerca—. Te tropezaste en casa, una bajada de tensión… No te falta nada, sobre todo dinero ilegal que carece de justificación para estar en tu poder, ¿verdad? ¿Verdad, he dicho?

El intendente estaba sudoroso y pálido:

—Verdad, verdad. ¿Podéis marcharos de una vez?

Buzo respondió a la insolencia con un par de puntapiés. No conseguía calmarse. Los altibajos de su existencia y la repentina estabilidad patrimonial lo desequilibraban.

Mirtylo lo contuvo e inició la retirada.

—Como decía sabiamente alguien grande: «confía, pero revisa». —Mirtylo le arrebató el móvil al malogrado intendente—. Buzo, deja la pistola. No la necesitas.

Buzo lo miró fijamente mientras la enfundaba tras el cinturón, ante lo cual Mirtylo se encogió de hombros, y abandonaron Inca.

Quedaba así el intendente en medio de una estancia revuelta, jurando y perjurando que jamás de los jamases invitaría a nadie del trabajo a casa, y puede que a la familia tampoco. Pasados unos largos minutos se puso a recoger. Su calculadora mental le indicaba que había salido ganando de todo el envite, aunque tendría que hablar seriamente con su señora.

ALTIBAJOS EMOCIONALES
SEC. 38 / Acuartelamiento. Interior. Día.

No es fácil despedir a un militar *per se*, pero el joven teniente era un genio en lo suyo. Surgido del miedo a empañar la hoja de servicio, un frío odio le guiaba a lo que prometía ser una carrera marcada por la excelencia. No podía perdonar a los causantes de aquel traspiés en su primera misión de alto nivel. De regreso a Palma se deshizo de Cordero con relativa facilidad; a este le faltaba un año para cumplir los cuarenta y cinco. El teniente apenas tuvo que acelerar la burocracia para que le concedieran la licencia, y se congratulaba de haberlo conseguido con el cabo estando de permiso. Con Stalin tampoco se complicó. Como estaba de baja, le quitó el destino y pidió un reemplazo, quedando así Stalin en el limbo militar lejos de Palma. Otro éxito para el teniente.

Cuando le llegó el turno a Buzo, el teniente tuvo que aplicar toda su capacidad burocrática. Redactó un informe personal negativo sobre él, pero antes de enviarlo y, por lo tanto, tener que justificarlo arriesgándose a ganarse la fama de buscabullas entre la tropa, invitó a Buzo a una reunión. Metió al infante en el despacho y le dio a leer el informe, para a continuación calentarle la cabeza al ya de por sí nervioso soldado:

—Escucha, lo mejor que puedes hacer es renunciar. Veo claramente que no tienes lo que se necesita para el servicio. —El teniente siguió así un rato apelando al honor, al sacrificio y a los valores, para terminar mostrándose magnánimo—: Espero una respuesta por escrito en dos días. Y ahora largo, que tengo llamadas. —Descolgó el teléfono—. ¿Taller? ¿Ya me habéis cambiado el aceite?

Un lejano «sí, mi teniente» resonó en el auricular mientras Buzo salía al pasillo del cuartel para buscar al intendente, que ya sin amigos y sin servicio, se convertía en su último vuelo con destino a la felicidad:

—Calla, calla, ¡calla! ¿Por qué todo lo malo me pasa a mí? —se lamentó el intendente.

—¿Qué pasa? —Buzo ya se temía lo peor antes de preguntar.

—Te juro que alguien me ha echado el mal de ojo.

—¿A qué te refieres?

—Tenía que haberme ido a trabajar con mi cuñado, como me decía mi mujer. Pero no. Yo quería ser muy hombre, probar mi valía, disparar. Tendrás seguridad laboral y una pensión temprana, me decían.

—¿Han llegado ya los contenedores del Líbano?

—Pero ¿por qué yo? Dios mío, ¿por qué? Voy a misa, soy buen esposo, nunca me he llevado ni un lápiz de esta cochina oficina ni nada…

—Céntrate, o te zurro. ¿Cuándo llega el contenedor con mis cosas?

—¿Qué contenedor? Ah, se cayó del barco. Está en el fondo del mar.

—¿A qué te refieres?

—Pues muy fácil: el contenedor se cayó del barco y está en el fondo del mar. —El intendente vio que su amiguete se quedaba vacío, como si la estructura que le mantenía se derrumbara dejando una frágil fachada —: Oye, ¿estás bien? Te veo pálido. Tampoco es para tanto, macho, ya me las arreglaré. Peor fue esa vez que perdimos un camión en la carretera, que te juro, era una pura línea recta. ¿Nunca te he contado esa historia? Es de las buenas. Verás, era el primer día de maniobras y el ceporro del conductor va y…

Buzo salió del cuartel en piloto automático, bajó a la ciudad sin saber cómo, sin pensar, sin decidir. Simplemente, sus piernas lo llevaron a donde una noche de borrachera había acompañado a Cordero. Necesitaba recibir órdenes de su experimentado cabo; seguro que aquel viejo soldado se guardaba un as bajo la manga.

Cordero tardó en abrir la puerta. Por el ruido, parecía que le costaba operar con la cerradura.

Buzo entró. Su situación no mejoró.

TODO TIENE UN MOMENTO EN LA VIDA
SEC. 39 / Coche de Mirtylo. Interior. Día.

En el camino de vuelta a Palma, Buzo encañonó a Mirtylo con la gastada pero mortal pistola Llama. Haber visto su fortuna emerger del mar para inmediatamente después perderse en detalles técnicos, había desestabilizado la, ya de por sí, no muy sólida psique del infante.

—¿Quién eres? ¿Y cómo sabías que teníamos que venir aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué conocías a su mujer? ¿Millones… y me voy con unos míseros cuarenta mil? ¿Por qué me haces esto? ¡Responde!

Mirtylo se encogió de hombros, paseó su puro entre los dientes y siguió conduciendo. No daba señales de que la presencia de la pistola le afectase. Tomó aire e improvisó:

—Era un hilo del que tirar, y en la vida el cinismo ayuda —empezó a responder en un tono calculadamente ligero, mientras llevaba la cuenta con los dedos; enfrentarse a muchas preguntas a la vez le permitía controlar la narrativa sin profundizar en ninguna cuestión—: Al verla salir por el portal recordé que la había visto en el periódico, celebrando el gordo. Tengo buen ojo para las caras. No nos mintió con lo del dinero, tenía guardados los extractos del banco y han vuelto a tirar de tarjetas. Y ya sabes quién soy: tu viejo amigo Mirtylo, estamos buscando juntos a Cordero.

—Pareces uno de esos políticos que tienen respuestas para todo. ¿Y qué hay de las monedas? Te las has guardado pero son mías, deben tener algún valor.

—Ah, ¿te interesa la numismática?

—¿Te parezco un mando o un empollón?

—Todo lo contrario. Es más, no abusas de la reflexión, eres un tipo duro, de la escuela de la calle. —Mirtylo se sonrió ante su propio chiste—. Mira, te lo pondré fácil: si sabes a dónde ir, te las compran caras.

—¿A dónde me recomiendas?

—Yo mismo puedo moverlas por ti y doblar la cantidad que tienes ahora. Con ochenta y pico mil euros en el bolsillo y siendo un tipo en

la flor de la vida, te comes el mundo.

—Ya. Cordero también era de los de prometer el oro y el moro, y luego acabé en el arroyo.

Mirtylo presintió que tenía que cambiar el vector de ataque. Buzo sonaba agresivo. Reflexionó sobre qué palancas funcionarían con el mendigo, y se le ocurrieron dos: ejército y huir.

—¿Qué opinas de la Legión Extranjera Francesa? Alfas de verdad. Ahí encajarías inmediatamente. Te puedo conseguir un barco que te lleve de Palma a Saint-Cyprien. De ahí, un autobús a Perpiñán y, ale, ya estás en la Legión: vida marcial, aventuras de esas que te gustan, una nueva identidad bajo el nombre que quieras…

«Siempre que te guste llamarte Pierre», quiso añadir Mirtylo, pero se lo calló.

Mantuvo el silencio un par de kilómetros.

—Legión Extranjera… Sí, en el cuartel a veces se hablaba de eso. ¿Y cómo lo hago?

—Déjame trabajar un par de días. Te consigo un apartamento y vendo las monedas a cambio de una comisión. Tú mismo puedes decidir cuánto pagarme, sé que serás justo. Para el lunes estarás surcando los mares. ¿Qué te parece?

—No sé. Eres turbio —Buzo sopesó unos segundos—. Bueno, pero haremos la venta juntos. Dame las monedas, que las guardo yo. —Se recolocó la pistola.

—Por supuesto. Ante todo, confianza mutua. Pero entenderás que necesito trabajar con algo. Si me das una de cada, prometo llevarte conmigo a la venta. —Mirtylo contuvo la respiración, estaba a punto de ganarse su libertad.

Buzo apoyó la cabeza contra el frío metal de la pistola, la sentía confusa y algodonada; antes seguía a Cordero, ahora se veía obligado a seguir a Mirtylo. Estaba a punto de rendirse. Un atisbo de cordura le llevó a concluir:

—No, ya conoces la dorada, puedes describirla perfectamente. Te dejo solo una de plata.

LA DESCONFIANZA TIENE RECOMPENSA
SEC. 40 / Despacho Alistair. Interior. Día.

—¿Por qué me preguntas tanto por Mirtylo? —una voz femenina sonaba al otro lado de la línea—. ¿No he hecho lo que querías, Ali? Te encontré la moneda que buscabas, y no es que entrara sola rodando a mi tienda, ¿sabes? Deberíamos estar hablando de mi comisión. ¿Qué? No. Solo me ofreció una para vender, nada más. No lo sé. ¿Cómo quieres que sepa si tenía más? Ya lo conociste, ese Mirty miente más que habla. Lo sé, lo sé… No seas pesado, Alistair. Te he dicho que no lo conocía de nada. Claro, te llamaré si se pasa por aquí. ¿Por? ¿Ha pasado algo?

La línea se cortó.

Un furioso Alistair dejó de mirar con el cogote a los, algo desmejorados, Hans y Bruto, y fijó sus afiladas pupilas en ellos. Los pluriempleados policías no sabían qué era mejor: si las cuencas tatuadas vacías, o las reales. Ambas transmitían un poder violento por igual.

—No me fío de esa pajarita, me la está jugando. Mantenedla vigilada.

—Sí, presidente.

—Pero no la caguéis, *fuckers*.

—Sí, presidente.

—Usad a los demás si lo necesitáis. Y decidle a Pavel que entre.

—Sí, presidente.

—Si juegas con fuego, *sweetie pie*, te abrasarás.

—¿Decía, presidente?

Sonó un golpe. Alistair pensó una última vez en Victoria, pero no le dedicó más tiempo; tenía que centrarse en ultimar los detalles de una de sus legendarias fiestas.

Bruto se alejó renqueante.

COMIDA DE TRABAJO
SEC. 41 / Centro de Palma. Exterior. Día.

Pegando la frente al cristal, Mirtylo curioseó por el escaparate buscando a Victoria. En el cartel de la puerta ponía «cerrado», pero no habían bajado las persianas metálicas.

Tocó el timbre.

La vio emerger de la penumbra. El pelo recogido, jersey fino, una ligera falda larga que se transparentaba, y unas abarcas menorquinas de color azul pálido. Por la falda asomaban unos tobillos que habrían escandalizado a más de uno en siglos pasados y que aún seguían surtiendo efecto en el sexualizado presente.

—Vaya, no daba un duro por volver a verte. Tenemos que hablar seriamente, pero no aquí. Baja tú mismo la persiana, ¿quieres?

Mirtylo bajó la persiana con estrépito. Victoria fijó el candado, se colgó del brazo de Mirtylo con total naturalidad y empezaron a andar.

—¿Traes algo nuevo? —ella rompió el silencio—. ¿Sabes?, aún no he cobrado la comisión de lo anterior. ¿O es una visita de cortesía? Tengo hambre, ¿vamos a por algo de mar?

Envueltos en una tensa normalidad, caminaron hacia la lonja del puerto, donde Mirtylo se decantó por un restaurante clásico de paredes naranjas, carta mediterránea sin fusiones, y «ca» en el nombre. El maître saludó familiarmente a Mirtylo y llevó a la pareja a una tranquila mesa en la terraza. Se encontraban prácticamente solos a media tarde, elevados sobre el mar claveteado de mástiles, entre la omnipresente catedral y un perezoso sol de mayo perfilándose sobre la sierra de Tramontana.

—Veo que tienes esto trillado —dijo Victoria—. Un poco turístico para mí, pero no voy a negarte que cumple con lo que quería. Mira qué colores. Turner se quedaría sin pintura en la paleta.

—¿Por qué me mandaste a Alistair?

—¿Así de golpe? ¿Sin una copa ni nada? —Victoria se dio media vuelta y llamó la atención del camarero. —Mirty, antes de interrogarme elígeme un vino.

Él pidió sin consultar la carta. Si se proponían ser corteses, podían picar algo. Tomaron una botella de Viñas del Vero Gewürztraminer, un blanco que para Mirtylo contaba con dos cualidades importantes en todo vino: se salía de lo ordinario y estaba en precio. Lo acompañaron de una sepia con sobrasada, miel y piñones, y media docena de ostras, mientras hablaban cívicamente, como si se tratara de una cita.

—Todo el mundo parece conocerte —inició ella de nuevo—. ¿Llevas mucho en la isla?

—Lo suficiente. Es un buen sitio.

—Qué cansino con el misterio, ¡respóndeme a algo! Ni siquiera puedo situarte correctamente. ¿Cuántos años tienes?, ¿cuál es tu animal favorito? ¡Algo!

—Las ballenas, me gustan las ballenas, se dedican a lo suyo. ¿Cuántos años me echas?

—No sé, eres escurridizo. Pues… tienes las arrugas justas de unos vividos veinte y muchos o unos relajados cincuenta y pocos. ¿Qué aficiones tienes? ¿Caza? ¿Pesca? ¿Dominó?

La comida continuó así, con ella indagando y él jugando al tenis. Tras dos o tres copas de vino, y mientras esperaban el postre, un *gató* mallorquín con helado de almendra, la conversación perdió ligereza:

—¿Alistair? —insistió Mirtylo.

—Oh, no te lo tomes mal. Pensaba que sabrías gestionar un trozo de pan como Ali. Es un tipo peculiar, pero nos avisó hace unos meses de que buscaba monedas romanas de oro con una cuadriga, y tiende a pagar en efectivo. Lo veía ideal para ti. ¿Qué pasa? ¿Te he metido en un lío?

—Tú y yo vemos el pan con ojos diferentes.

Mirtylo observó a su acompañante de cerca y no captó ninguna disonancia entre las palabras de la chica, su expresión facial y su tono de voz. La explicación parecía sincera, y eso le alegraba. Se había arriesgado regresando a ella, pero aún no estaba seguro de haber acertado. Victoria, viendo a su compañero de negocios pensativo, intervino:

—Si terminaste mal, no me interesa saber los detalles. No soy curiosa, pero ¿por qué has vuelto a la tienda?

—Eres mi marchante de arte favorita. —Lo que no añadió Mirtylo es que si buscaba a otro comprador, podría volver a las zarpas de Alistair—. Tengo más monedas, dos áureos de oro y tres de plata, aquí va una muestra. —Mirtylo puso sobre el mantel las dos monedas plateadas—. Solo te pido que busques a alguien menos pintoresco que Alistair y ese club de amantes del cuero.

—Tengo a otros en mente. No pagan tanto como Ali, pero son menos *oscuros*. Eso sí, podrían tardar unas semanas y no será todo en efectivo. Si quieres, te ayudo con el papeleo. Hay maneras de gestionarlo. Aunque si siguen apareciendo áureos de Pompeyo, bajará el valor. Incluso te pediré que me regales uno. —sonrió con calidez, sus manos se rozaron sobre las monedas—. Estas de plata son extraordinarias también, otra liga, pero te conseguiría unos veinte mil por cada una con el coleccionista adecuado. Algo más en subasta. Creo que incluso te las podría comprar yo y todo.

—La jugada es esta: tres de plata y dos de oro por un total de cuarenta mil euros por anticipado. Tú te quedas las de plata, yo me quedo una de oro, y la otra la vendemos en tiempo y forma. Lo único que tienes que lograr es, al tipo que yo te traiga, hacerle creer que le compras el lote entero por cuarenta mil. ¿Todo claro?

—Ah, ahora lo entiendo. He aquí las maquinaciones que te hicieron acabar mal con Ali. Pero tranquilo, no estoy en el mundo de las antigüedades para juzgar a la gente. Si fuese cien por cien justa, sería la primera en arruinarme. Venga, trato hecho.

Se dieron la mano sobre los restos del postre compartido, tardando más de lo necesario en romper el contacto, y se acabaron la botella de vino.

—¿A dónde me llevas ahora?

NIDO DE SOLTERO
SEC. 42 / Piso de Mirtylo. Interior. Atardecer.

El caballeroso Mirtylo se ofreció a acompañar a Victoria a casa. Así tendría otro dato sobre ella y finalmente cerrarían la logística de la compra de monedas. Pero la chica tenía otros planes:

—Prefiero que vayamos a la tuya.

La pareja se vigilaba y flirteaba a partes iguales mientras paraban un taxi en el concurrido paseo marítimo. Ninguno de los dos se fijó en un mundano coche de policía local aparcado a cierta distancia. Rápidamente llegaron a Foners, a la guarida de Mirtylo.

Ya en el ascensor se vieron entrelazados por primera vez. El apartamento del señor Pons era un espacio funcional en forma de L: un alargado salón con cocina integrada y terraza con vistas al mar, y un dormitorio al que se dirigieron sin prestar atención a la decoración. En la cama, Mirtylo tenía la irreal sensación de encontrarse fuera de su cuerpo. Los últimos dos días habían sido muy exigentes y se había jugado la piel en demasiadas ocasiones. Pero no se concedió tiempo para la autocompasión. Victoria lo liberó de toda carga en cuanto sintió su contacto. Bajo la culta capa de aquella erudita del arte, había agresividad primigenia. Se sintieron conectados, quedaron satisfechos y dispuestos a repetir en ocasiones futuras, lo cual es señal de que el encuentro íntimo resultó, cuando menos, interesante. Tumbados sobre las sábanas blancas de algodón, Mirtylo creyó comprender cómo es que Victoria trataba con gente como Alistair. Él también había sacado sus propias conclusiones:

—¿Quién eres, Mirty?

La respuesta que recibió fue el silencio y una sonrisa de Mirtylo.

—Un tipo normal.

—Normal… Vale. Una pregunta más fácil, entonces: ¿sabes qué hora es?

Y antes de que él respondiera, ella vio un reloj de muñeca que brillaba en la mesilla de noche y se estiró para cogerlo. Lo alcanzó rozando su pecho desnudo con el de Mirtylo y regresó a su lado de

la cama. Aquel movimiento devolvió vigor a Mirtylo. Entrelazaron sus cuerpos. Repitieron.

—No dejas a una chica indiferente.

Victoria recogió el reloj, el culpable de la placentera interrupción que se había perdido entre las sábanas. Pero no se conformó con mirar la hora. Le dio vueltas, lo observó y finalmente se lo probó. Quedaba gigantesco en su muñeca. Se lo volvió a quitar y leyó la inscripción grabada: *Alea jacta est*.

—¿Fan de Julio César? A ver, aún es temprano, eres un hombre eficiente. Por cierto, es bonito tu Royal Oak, y caro. Deberías llevarlo más, te pega.

—Sólo es una copia—se rio Mirtylo—. Me voy a dar una ducha, ¿vienes?

—Deberíamos cerrar lo del trabajo antes de seguir con otros líos —se despidió ella escabulléndose por la puerta.

REMORDIMIENTOS
SEC. 43 / Calle. Interior. Atardecer.

—¿Por qué lo habré complicado?

No podía evitar darle vueltas a la rapidez con la que había terminado en la cama de un desconocido. En su cabeza, los vivos ojos del misterioso Mirtylo se transformaban en áureos dorados mientras la sombra de Alistair se cernía sobre él. Todo, con ella en el centro de su polvorienta tienda. Eso era el arte, eso era la historia: sangre, pasión, unos segundos de decisión que se fijan en la memoria por los siglos de los siglos… Ya sabía lo que pensaba hacer el fin de semana. Hacía mucho que no salía al campo.

La experta en antigüedades desconectó el modo avión del móvil y empezó a recibir un torrente de llamadas, mensajes y mails hasta ese momento ignorados.

—Ya está Ali persiguiéndome.

Procrastinó un rato devolverle la llamada. En su lugar, revisó mails de trabajo, respondió uno de los típicos mensajes de media tarde de su padre, mandó un «cañas pronto» a un grupo de amigas… Y ya, por último, se mentalizó para visualizar esa comisión pendiente pero tan necesaria, y sonrió forzadamente a la pantalla mientras marcaba el número de Alistair. Comunicaba.

CÓMO SER UN BUEN INVITADO
SEC. 44 / Piso de Mirtylo. Interior. Atardecer.

«¿Ha sonado el timbre?». Mirtylo se paseaba ataviado apenas con una toalla y el móvil prepago pegado a la oreja, mientras el sol tras la ventana propagaba sus últimos reflejos, que variaban indecisos entre tonos violáceos y sangrientos. Llevaba un rato tratando de localizar a Alistair y por fin parecía que estaba a punto de hablar con el grandullón. En breve volvería a ser un hombre libre.

Volvió a sonar el timbre con insistencia. Ahora era plenamente consciente.

—Ya va, ya va… —canturreó en dirección a la entrada deseando que a Victoria se le hubiese olvidado algo.

Antes de que le diera tiempo de girar el pomo, un fuerte golpe al otro lado intentó empujar la puerta. El impacto habría sido sublime, entrenado, y garantizaba el éxito al tomar la plaza, si no fuera porque Mirtylo de manera automática tenía echada la cadena de seguridad. Pero la impaciencia del atacante fue su error. Aunque la puerta se había abierto, la cadena aguantaba precariamente, dejando claro que no soportaría un segundo golpe.

Mirtylo saltó hacia atrás. Había reconocido los crueles ojos que asomaban por la ranura.

—Hola, chicos. Parece inverosímil, pero estaba justo llamando a… —explicó a los asaltantes, pero lo interrumpían los ruidos.

Un segundo golpe de hombro. Intentaban convencer a la puerta de que lo razonable era ceder. Y cedió. Las figuras de Hans y Bruto entraron en casa de Mirtylo envueltos en un aura de vengativa violencia que dejaba claro que no iban a atender a razones. El señor Pons cogió un pesado cenicero de cristal tallado de la barra de la cocina, lanzó el taburete del desayuno a los pies de Hans, y se lanzó hacia el bar para complementar el cenicero como arma. En cuestión de los microsegundos que tardó su mano en agarrar un cuello de botella, tuvo tiempo de razonar: «El Blue Label no, demasiado caro; Armañac, difícil de encontrar. ¡Ron! Perfecto, de todas maneras no lo bebo».

El germánico Hans tropezó con las patas del taburete, perdiendo el paso; Bruto apartó a su colega y se abalanzó sobre Mirtylo, encogiendo el cuello y subiendo los puños. La respuesta que recibió a su actitud combativa fue un kilo y medio de puntiagudo cristal dirigido al centro de su frente. Pero consiguió esquivar el impacto directo, protegiéndose con el hombro derecho, donde con un golpe sordo recibió el impacto, gruñendo al notar cómo se laceraba su piel.

Se había derramado la primera sangre del combate. Antes de poder reaccionar, Bruto se encontró con el golpe seco de una botella de ron dominicano, que encajó con la cabeza. De inmediato, el policía a tiempo parcial se plegó sobre sus rodillas.

Dos de dos.

Mirtylo ya tenía cogida la medida a Bruto, pero no le dio tiempo a saborear la victoria. Hans se había levantado y cargaba hacia Mirtylo como un toro, olvidando cualquier noción de técnica o elegancia. Consiguió placar a Mirtylo. Lo tenía en su poder. Casi… no. Voló.

Hans notó, más que vio, cómo giraba la habitación, y él con ella. Durante un instante de paz flotó para a continuación caer cuan largo era, reventando la mesita de café. Filamentos de palmera indonesia se le clavaron por todo el cuerpo.

Ante la carga de Hans, Mirtylo se había dejado caer hacia atrás para recibir el cuerpo del atacante y acompañar con el movimiento poniendo un pie en el pecho del motero. Cuando notó contacto, estiró la pierna y lo lanzó por los aires.

—Es la primera vez que me sale. Eso de que el yoga tiene sus beneficios es cierto —chanceó Mirtylo para librarse de la tensión, sacó el modafinilo que paseaba desde hacía horas y se lo tragó, notando el amargo regusto químico en el paladar—. Se me acaba de ocurrir qué hacer con vosotros.

Tras inmovilizar a Hans atándole con la toalla e ignorando a Bruto, que seguía grogui, el señor Pons abrió su botiquín. Sacó cuatro pastillas de diazepam y una botellita marrón de Rivotril, machacó las pastillas, las mezcló con un chorro del sedante y añadió un par de generosas medidas de ron. Agitándolo con un dedo, se acercó a los indeseados invitados.

—A esto lo llamaremos el cóctel seré-menos-violento-en-casa-de-desconocidos, o ¿qué os parece el *fuck-me-up?* Tanto que os gustan los anglicismos de vuestro jefe —monologaba Mirtylo mientras les obligaba a tragar. Por norma general no es bueno mezclar calmantes con alcohol, pero dadas las circunstancias, el señor Pons estaba dispuesto a arriesgar—. Os dejaré bocabajo para que no os ahoguéis en vuestras corruptas babas.

Remató los preliminares del plan regando generosamente con ron a los semiinconscientes atacantes, y tras observar que nadie vigilaba el pasillo, los dejó tumbados en el ascensor. A continuación realizó dos llamadas desde el teléfono de Hans: la primera, al 112 de emergencias, fingiendo ser un vecino asustado por lo que sonaba como una pelea entre dos turistas borrachos, llamada bastante ordinaria para las circunstancias locales, que Mirtylo especió con un: «creo haber visto un cuchillo». La segunda fue al número de móvil guardado como *Presidente MC* en la agenda del teléfono; había varios registros de llamadas salientes en las últimas horas.

—¿Alistair?

—¡Hans! Hey, chitón, ya sabes que el jefe odia que digan su nombre por teléfono. Dime qué necesitas, ojazos, que lo tengo cerca.

—Dile que le llama el vendedor de monedas, que tengo lo suyo y que dónde podemos vernos en media hora.

—Uy, no eres Hans. Qué enigmático. Apunto: lo suyo, en media hora, monedas. —Se hizo el silencio en la línea—. Puedes venir a la siguiente dirección… Tenemos un pequeño evento, ponte guapo.

INVITACIONES ENVENENADAS
SEC. 45 / Calle. Exterior. Noche.

—Insisto, *sweetie pie*: ven a mi finca.

—Alistair, no tengo tiempo. Mándame un mensajero con el dinero y otro día te invito a comer, ¿vale?

—Justo podemos hablar de eso en la fiesta. Necesito tu ojo experto para valorar un par de objetos. Venga, dime que sí… ¿Cuánto quieres por la noche?

—Lo siento. Hoy imposible. —Victoria oyó que la pesada respiración de Alistair se alejaba del auricular, después un golpe sordo y el quejido de alguien.

—*Fine.* Por cierto, ¿has sabido algo de mi vendedor, ese tipo que tiene un nombre exótico?

—Nada de nada —mintió Victoria, y de nuevo percibió un silencio.

—De acuerdo. Nos vemos pronto, *sweetie pie*. Salúdame a tu padre.

Victoria colgó la llamada y se quedó mirando la pantalla, preocupada. De repente se activaron todas las alarmas vinculadas a un instinto tan básico como el de supervivencia.

—¿Qué ha querido decir con lo de papá? —Marcó el número de su padre; el tono de espera le golpeaba el tímpano con inusitada agresividad—. ¿Todo bien?

—Hola, hija —respondió la rasposa voz del numismático—: Aún estoy en la Rambla. ¿Necesitas algo?

Victoria dudó. Por una parte, se había sentido amenazada por Alistair, y además sabía que tenía una reputación alejada de lo que la gente corriente consideraría inmaculada. Pero durante años no había tenido ninguna queja de él como cliente. Como ser humano y hombre, era repugnante, pero como cliente… Tampoco le había hecho a ella nada para que de repente estuviera temerosa, aunque ese tono de voz… Lo gris de su negocio se estaba volviendo negro.

—Hija, ¿sucede algo? ¿Te has metido en un lío? Siempre te digo que hay que trabajar con gente que aprecie el arte, no con especuladores. Ten cuidado y ven a verme. Pasa por casa, tomaremos un té.

—Nada, papá… todo bien. Solo quería saber qué tal te había ido el día.

Victoria no conseguía tranquilizarse. Colgó y escudriñó el teléfono buscando una respuesta que sabía que no podía encontrar en el aparato.

—Algo terrible va a suceder en esa finca. Maldito Mirty y su misterio. No tengo ni su número.

PREPARATIVOS PARA UN GUATEQUE
SEC. 46 / Coche de Mirtylo. Interior. Exterior. Noche.

—¡Oye, tienes buen aspecto! Vamos, coge las monedas y el dinero.

Mirtylo se encontró con Buzo en el apartamento de alquiler donde lo había dejado. El soldado se había cortado el pelo e iba afeitado. A juzgar por algunos mechones sueltos, se había rapado él mismo; sus ojos, con tendencia a mirar al infinito, destacaban más bajo aquel aspecto civilizado.

—¿No íbamos a vender? ¿Para qué mi dinero? No lo tengo todo —Buzo volvió a su habitual desconcierto.

—¿Qué os enseñan en el ejército sobre finanzas? Da igual, coge lo que tengas. No sé si vamos a volver por aquí, y mañana a primera hora te voy a enviar a Francia.

—¿Quién cojones nos va a comprar monedas de noche?

—¿No has escuchado eso de que el dinero nunca duerme? Venga, date prisa. Nos han invitado a una fiesta de postín y es ahí donde se hacen los negocios. No te habrás comprado también una camisa o algo elegante, ¿verdad? Pensándolo mejor, qué más da. La pinta de nuevo rico te pega.

—Eres un raro.

En silencio se dirigieron al interior de la isla por la carretera de Valldemossa, y antes de empezar a subir la sierra, Mirtylo estacionó el BMW en una pizzería de carretera, cuya propuesta de valor para atraer a los clientes era un gran aparcamiento, precios populares y un supuesto cocinero napolitano.

—¿Es aquí la fiesta? —se extrañó Buzo.

—No, es que me ha entrado hambre. No te muevas y deja de manosear las monedas así, que las gastas. —Y salió del coche.

En una mesa esquinera en penumbra había un barrigón de piel rosada y ojos oscuros que asomaban tras unas gafas ahumadas con montura dorada. Iba vestido con un polo negro apretado de Hugo Boss, unos bermudas lleno de bolsillos y sandalias de cuero. El barrigón era Vasili, oriundo de Kirguistán cuando aún era parte del imperio soviético. Otro de esos robinsones que las mareas de la

globalización habían arrojado a las costas mallorquinas. Mirtylo lo conocía a través de su flamante cuarta esposa.

—¡Ah, Mirtylo! Katya decir, no visto en yoga esta semana. ¿Ocupado en algo interesante? ¿Lucrativo? ¿Cuándo me vendes bonito coche tuyo?

—Una semana complicada, Vasili. Oye, ¿conoces a un tal Alistair? Un motero de por aquí, de la isla. Grande, toda la cabeza tatuada…

—Sí, tema de chicas, en Arenal. Buena partida de cartas, aunque prefiero la de armenios. Dicen tiene mano en policía y política. Haz caso a Vasili, no meter política. Política mejor manera de perder cabeza.

—Vale. Recuérdame que la próxima vez te consulte antes de hacer negocios. Es que ese tipo me ha empezado a prestar atención. ¿Crees que tengo que cortar el problema de raíz o que puedo negociar?

—Es americano, gente práctica, todo resolver dinero, nada de honor. Dinero problema pequeño. ¿Quieres te preste? —A Vasili le brillaron los ojos.

—Necesito algo contundente y a la vez discreto —resolvió Mirtylo, ignorando el ofrecimiento de cambiar de acreedor.

—¡Bah, prejuicios! ¿Por qué piensas yo, humilde honrado hostelero?

—Un humilde y honrado lo que sea no tiene una mujer tan guapa, Vasili, ni un yate de veinte metros en la bahía de Palma, ni emplea a camareros de aspecto militar y con dedos índices callosos. ¿Quieres que siga? Deja el teatro y sácame algo que garantice que mi opinión sea escuchada. Una pistola no me vale, que no soy vaquero.

—Tengo opción perfecta. Granada F1, *limonka*. Doscientos metros de lanzamiento de, cómo dice, ¡metralla! Vuela velocidad, setecientos treinta metros por segundo, según características técnicas. Hace que respeten hombre. Si cosas bien, enseñar y ganar respeto. Si cosas mal, suelta, problemas desaparecen. Barata para ti.

—Vendida. Dame dos. Pero de las que funcionen.

Como respuesta, Vasili sonrió con un brillo metálico, efecto de la funda de oro que cubría uno de sus incisivos, mientras hacia una señal a un atlético camarero de pelo negro.

El joven se les acercó y Vasili le susurró al oído. Al poco volvió y dejó un contenedor de un solo uso de poliestireno en la silla contigua a Mirtylo; dentro había dos objetos pintados de un desagradable color verde pantano, del tamaño de un limón y con la misma forma. Mirtylo sacó uno y lo observó: en la carcasa de la granada había unos relieves, marcas de fábrica, triángulos, números… también una inscripción en cirílico.

—Pero Vasili, aquí pone *maqueta*.

—Es truco contrabandista. Hace transporte fácil. Si fallo, devuelvo dinero. ¿Quieres beber un trago? Tengo buen bourbon.

—No tengo tiempo, me esperan.

—Veo nervioso. ¿Sabes?, doy gratis F1. Que no digan que Vasili Iosivich tiene mal, cómo dicen aquí, género. Pero ven a comer, y trae gente, que funciona boca a boca. Próxima vez que ver te regalo revolver Nagant de mi colección.

Mirtylo volvió a su BMW, ignoró las confusas protestas de Buzo y siguieron ascendiendo hacia Valldemossa, rodeados de muros de piedra, campos y pinares. En un tramo desierto de la carretera, el señor Pons se detuvo y pidió a Buzo que abriese la ventanilla, para lanzar ladera abajo algo parecido a una piedra.

—¿Qué cojones haces?

—Un-Mississippi, dos-Mississippis, tres-Mississippis, cuatro-explosión. Funciona como debe. Servirá. —Mirtylo arrancó alejándose del estruendo causado, mientras hablaba entre dientes consigo mismo—: No te fíes de un arma que no has probado. Es más, no te fíes de nadie y punto.

—¿Y de ti? —Buzo pensó que le hablaba a él.

—Oh, sí, de mí fíate sin problema.

El BMW se internó en las profundidades de la isla de Mallorca dejando a su espalda un rebaño de cabras salvajes muy confuso y sobresaltado, pero ileso.

BUSCANDO AYUDA
SEC. 47 / Piso de Mirtylo. Interior. Exterior. Noche.

Victoria regresó al edificio de Foners con rapidez y subió a la planta de su recién adquirido socio y estrenado amante. El ascensor donde se besaron estaba más sucio de lo que recordaba, aunque no se había fijado en eso precisamente.

—Tal vez me haya precipitado en todo.

Vio sus augurios confirmados al encontrarse la puerta de Mirtylo rota. La empujó del todo con el codo para no dejar huellas, y de inmediato se dio cuenta de lo estúpido de la acción, ya que había dejado mucho más que huellas no hacía tanto. Tragando saliva, echó un vistazo rápido. El salón estaba destrozado.

—Mirty… ¿En qué líos te has metido? ¿Esto es cosa de Alistair?

Lo que hasta entonces había sido la fachada excéntrica de un empresario de la noche y comprador despilfarrador, se transmutó de repente en la realidad criminal que siempre había estado ante sus ojos.

Sin pensarlo dos veces, bajó a la calle sintiendo materializarse por momentos la amenaza que había percibido por teléfono con Alistair. A pocos metros vio un coche de la policía local con un chaval vestido de uniforme, de pie junto a él. Victoria se acercó intentando formular en su cabeza qué quería denunciar sin que sonara absurdo o, aún peor, que la hicieran cómplice de un crimen.

—Hola, quería…

—¿Es usted vecina del bloque? —se adelantó el policía, como suele hacer la gente que ya tiene preparado el discurso y no quiere perder el hilo; estaba nervioso, jugueteaba con las llaves y se tocaba la cartuchera del arma.

—Sólo venía de visita.

—Verá, estamos investigando un incidente en el edificio. Unos compañeros han sido heridos. Buscamos a un tal… —se llevó el llavero a la boca intentando recordar—: Pons, ¿lo conoce?

Victoria observó de refilón el llavero, fingió pensar unos segundos y respondió con genuina preocupación:

—No. No me suena de nada. ¿Ha pasado algo grave?

El manojo de llaves del policía estaba coronado por un llavero con un macabro cráneo alado, rodeado de llamas, que presidia la inscripción *Palma Chapter*.

LA FINCA
SEC. 48 / Finca de Alistair. Exterior. Noche.

Una carretera de tierra y grava se perdía serpenteando hacia la nada. Ningún indicador, ni señal, ni vallas que cerraran el paso. Un bien muy preciado en la isla es la privacidad, pero no la privacidad que da un muro enorme de hormigón con alambre de espino electrificado en la cima. La privacidad en Mallorca se consigue a golpe de hectáreas, ocultas por un paisaje agreste, una orografía irregular, explotaciones agrícolas de algarrobos y almendros, y pedregales llenos de corderos. Así se esconden las villas de lujo, accesibles en todoterreno, o mejor aún en helicóptero, con todo el confort moderno y la intimidad que el dinero puede comprar.

Tras un par de curvas, el muro de piedra medio derruido que flanqueaba el camino, dio paso a otra pared más alta, de construcción sólida y con una gran verja de hierro forjado, donde un motero con chaleco de cuero les dejó pasar. Y tras la puerta, el desatendido campo cambió: césped y árboles autóctonos se organizaban en grandes maceteros luciendo cuidadas podas y riego diario; al fondo, con el estilo que desde los años setenta se las da de arquitectura moderna, varios cubos y paralelepípedos blancos formaban un complejo de viviendas alrededor de una piscina sutilmente iluminada.

Al aparcar vieron a otro motero acercase con paso tranquilo.

Mirtylo se preparó: sacó una recalentada botella de vino del maletero y metió la granada F1 que le quedaba en un bolsillo de la chaqueta, que dobló y se colgó del brazo. El guardés llegó adonde estaban y les pidió los móviles. El trato era diferencial y no hubo cacheo. Mirtylo respondió entregando los dispositivos de Hans y Buzo, y recibió dos talones a modo de recibo.

La simple elegancia de la casa y del paraje natural que la rodeaba se veía enfatizada por multitud de brillantes neones, luces de discoteca y una gran moto que servía de centro de mesa. Chicas y chicos, muy jóvenes algunos, paseaban por el jardín con bandejas de copas y poca ropa.

Mirtylo contó cuatro subtipos de asistentes. Las presas: de dos clases, las «experimentadas», entre las que reconoció algunas caras que había visto en el burdel de Alistair, y los «corzos jóvenes», poco más que adolescentes que danzaban descontrolados, soltando voces disonantes. El tercer grupo eran los «depredadores»: gente importante que se distinguía por ser más mayor y exhibir una expresión de superioridad depravada de quien se siente dueño de los destinos humanos. Por último, estaban los «moteros», que se encargaban de la seguridad y la violencia.

Y en medio de todo aquel movimiento, como un iceberg esperando su transatlántico, sobresalía Alistair luciendo sus mejores galas: camisa de seda púrpura bajo un chaleco de piel, mocasines de piel blancos, una bandana que escondía la siniestra calavera y, como complemento, un pomerania que con cara de zorro neurótico correteaba a sus pies.

Mirtylo se le acercó con la mejor de sus sonrisas:

—¡Alistair! —Le apretó la mano con familiaridad—. Fabuloso evento. Gente importante, casa elegante, qué zapatos tan espectaculares. Te he traído un pequeño detalle por haber llegado tan tarde.

—Qué escurridizo eres, *buddy*. Revisadle bien.

El mismo esbirro que les había traído se giró para cumplir las órdenes del jefe. Mirtylo se ofreció voluntarioso, le endosó la americana a Buzo y extendió los brazos para que le cachearan.

Una vez completada la minuciosa revisión, recogió la chaqueta de manos de Buzo y se la pasó al esbirro; en el mismo, y fluido, movimiento había sacado la granada del bolsillo, ocultándola tras su cinturón.

A continuación revisaron a Buzo, e inmediatamente descubrieron la pistola Llama Especial de la que no se había separado en toda la tarde. Se la enseñaron a Ali, que con un asentimiento de cabeza se dio por enterado. Mirtylo se alegró de que el inestable Buzo se quedara sin armas. Una cosa menos de la que preocuparse.

—Veo que vienes sin Bruto ni Hans, *buddy*, pero con una cara nueva. Cuéntame, ¿ya me has encontrado a Cordero? ¿O mi dinero?

—¿Cordero? —murmuró Buzo.

Como respuesta a su compañero, Mirtylo le palmeó la espalda, lo cual significa todo y nada a la vez. Acto seguido se dirigió al anfitrión extendiendo primero la mano y después la botella.

—La verdad, no sé dónde se han quedado tus amiguitos. Pero si me permites la intromisión, creo que hacen muchas horas en sus dos trabajos y deberían dormir más. Lo que sí te traigo es un vino del país: garnacha, buenísimo, aunque yo lo enfriará una pizca. —Mirtylo lanzó la botella al guarda que los había cacheado.

Una joven semidesnuda, de sonrisa forzada y ojos apagados, les trajo una bandeja de plata plagada de pastillas azules romboidales, condones, pequeños botes de lubricante, sospechosos ositos de gominola y, para sorpresa de Mirtylo, caramelos mentolados. Ali le chistó para que se apartara.

—Mis respetos, don Alistair. Todo está pensado hasta el último detalle. Incluso he visto alguna cara conocida, eso sí, a un nivel, o varios, superior del que yo me muevo. ¿Hay alguien famoso? —Mirtylo era de la opinión de que cuanto más hablara, más predispuesto estaría el motero a dar por bueno lo que tenía para ofrecerle—. Una sociedad muy cerrada esta, dicen, aunque yo siempre me he encontrado con que los mallorquines son la mar de hospitalarios.

—Me divierte tu compañía, *buddy*. Pero tengo una noche ajetreada, muchos invitados que atender. Si te portas bien, puede que te deje unirte. Bueno, vayamos al negocio.

—Lo traigo todo. —Mirtylo decidió pasar al plan A—: Os presento. Buzo, este es el presidente Alistair: motero, gánster, y empresario salido directo del infierno en una moto de gran cilindrada. Alistair, este es Buzo: militar español, el mejor amigo del cuartel y del mundo de tu deudor Cordero. Buzo fue el último en verlo en persona, y te trae cuarenta mil euros frescos para compensar los perjuicios que su ilustre regimiento te ha causado.

—¿No hemos venido a vender? —murmuró Buzo acercándose a Mirtylo—. Te he dicho que no tengo el dinero.

—Pensaba que era una exageración. ¿Dónde leñes te gastas eso en una tarde? Peor para ti, saca *la moneda* de oro y despídete. Ali, ligero ajuste a tu favor: ¿te acuerdas de esa moneda que ya te has

afianzado? Pues aquí Buzo tiene otra que está encantado de entregarte —improvisó Mirtylo mientras pivotaba al plan B.

—¿De las de cuarto de kilo? Eso suena fabuloso. Buen trabajo, *buddy*. Te tendré de amigo después de todo. Por cierto, ¿te he presentado a la presidenta de la consejería de asuntos sociales del *Govern*? Una señora que me tumba bebiendo, ¡y qué apetito…! Ten cuidado, ¿eh? Aunque, bien pensado, no eres su tipo.

«Parece que esto marcha», pensó Mirtylo, «me quito a los dos de encima, me voy por fin a casa a tumbarme, y espero a que se me pase el efecto del modafinilo».

—¿Doscientos cincuenta? ¿No me decías veinte mil por moneda? —terció un anonadado Buzo.

—Tu compañero Cordero le debe a gente importante —le consoló Mirtylo—. Empezando por Alistair aquí presente, y eso no es bueno para su salud si algún día decide aparecer. Por lo que me has contado, le debes la vida, y no solo una vez, varias. Te estoy dando la oportunidad de repagar la deuda kármica que tienes no solo con tu superior, sino con tu compañero y amigo. Es más, deberías darme las gracias. Así que dale *una moneda* al caballero, toma una copa, echa un polvo y todos nos despedimos como amigos. Yo me vuelvo a casa a dormir. ¿Entendido?

—Venga, *army boy*, ya he esperado suficiente.

—Me las iban a comprar, la Legión Extranjera y… ¿Qué pasa aquí? ¡¡Ahhh!! —Buzo empezó a aullar desde lo profundo de los pulmones.

—Dame la moneda, *fucker*.

—De nuevo, una fiesta fantástica, Ali, pero me retiro. Te dejo con lo tuyo.

—Quieto ahí, *buddy.* ¿Qué le pasa a este?

—¡Ahhh!

—¡Guau! —ladró el pomerania entusiasmado por el creciente frenesí.

—Ya estamos. Ahora empezarán las patadas —observó Mirtylo retirándose hacia la entrada de la finca.

—*Boys,* a él.

—Ahhh.

—¡¡Guau, guau!!

Dos moteros de paisano se lanzaron a por Buzo a la señal de su caudillo, mientras el diminuto perro rojizo le clavaba los dientes en la pernera del pantalón. La fiesta continuaba su curso de fondo sin hacer caso a las acciones del anfitrión.

Mirtylo empezaba ya a alejarse con paso ligero hacia el coche, cuando Buzo enganchó un puntapié en la rodilla de uno de los moteros, se zafó del otro y se lanzó a por el señor Pons con ojos locos y un grito congelado en la garganta. Pero antes de conseguir reaccionar, Buzo le abrazó torpemente, pescó la granada que llevaba al cinto y tiró de la anilla.

AMENAZA TANGIBLE
SEC. 49 / Avenida arbolada. Interior/Exterior. Noche.

Con paso más rápido de lo normal y una sensación de vértigo succionador en la boca del estómago, Victoria volvió a llamar a su padre. No hubo respuesta, ni en el móvil, ni en el trabajo, ni en casa.

—No será nada. Papá siempre es un caos.

Se apresuró sorteando turistas mientras cruzaba la Plaça Major, y bajó a grandes saltos hasta la Rambla buscando con la mirada el puesto de numismática, oculto entre frondosos plátanos de sombra. Reduciendo el paso y aparentando tranquilidad, se aproximó al puesto. La persiana metálica estaba echada, pero sin candado.

—Cada vez se olvida de más cosas.

El pequeño habitáculo apestaba al familiar olor a tabaco, aunque en esta ocasión percibió notas discordantes: una pizca de cabello quemado mezclado con un extraño toque a electricidad. Las luces estaban apagadas. Buscó el interruptor, pero antes de pulsarlo pisó algo blando. Más que ver, intuyó: había una sombra colapsada en el suelo.

—¡Papá! ¿Estás bien? —Notas de emoción tintaron la voz de Victoria mientras se lanzaba al cuerpo, que tenía un folio sobre la espalda.

EXPLOSIÓN SORPRESA
SEC. 50 / Finca de Alistair. Exterior. Noche.

Primero todos miraron a Buzo, e inmediatamente después se centraron en la granada que acababa de caer a los pies de Alistair y sus dos acólitos.

«Plan D, innecesario y antes de hora. Te has pasado de listo», ese fue el intrusivo, egocéntrico y probablemente último pensamiento que le vino a Mirtylo mientras buscaba refugio.

—Un-Mississippi, dos-Mississippis, tres-Mississippis… Nada. —Mirtylo asomó la cabeza por detrás del pesado macetero tras el cual se había escondido.

Buzo seguía de pie erguido como en una revisión de tropa. Ali sujetaba a sus dos ayudantes a modo de escudo, incapaces de escapar de sus manazas. El pomerania olfateaba la granada F1 con interés.

«Ese Vasili… Lo de maqueta era puro camuflaje. ¡Doscientos metros! Algo sospechaba el muy… Si ni me ha cobrado el género».

La fiesta continuaba, pero se iban acercando más moteros al observar al presidente hacer movimientos extraños. Los recién llegados inmovilizaron a Buzo mientras Mirtylo se topó de cara con el cañón de la persuasiva Llama Especial, empuñada por su igualmente persuasivo nuevo propietario: el motero que tan negligentemente le cacheó al entrar. También se acercó un pálido y torcido espécimen de pelo pajizo engominado que agarró al perro con familiaridad.

—Ali, ¿qué pasa aquí? No sé qué hacéis, pero dais mala vibra a lo que ya de por sí es un evento complicado. Necesito que la próxima vez traigas gente guapa. Uy, ¿y tú quién eres? —miró de arriba abajo a Mirtylo.

—Largo, Pavel —gruñó Alistair, que había recogido la granada del suelo y le daba vueltas mientras su piel variaba de un tono a otro como si de una sepia furiosa se tratase.

—Grrr, me enseñáis los colmillos. Vale, vale… me voy. Ya os cazaré luego, o vosotros a mí.

«Plan C». Mirtylo tenía que mentir: mentir como si no hubiese mañana, como si le fuera la vida en ello, porque intuía, por el

aspecto del presidente del club de moteros, que no estaba exagerando:

—Alistair, escucha…

—Mi organizador, caro como él solo, es nobleza europea —Alistair se palmeaba el torso intentando asegurarse de que estaba entero—. Chicos, llevadlos al cuarto de la colada. Y *for fuck's sake*, revisadlos bien esta vez.

Los empleados de Ali agarraron con mayor dureza a Mirtylo y a Buzo y los arrastraron hacia una de las construcciones supletorias de la casa.

—¡He venido con refuerzos! —gritó Mirtylo todavía al alcance del oído de Alistair.

—Basta de charlas, *buddy*.

—¿Tú irías a una reunión de *trabajo* sin alguien que te cubriera las espaldas, eh? —seguía gritando—. ¡Tengo un tirador en el monte, apuntándonos!

—Claro que sí, y yo te voy a hacer cosquillas. Te sacaré el hígado por la nariz si intentas algo.

—¡Le he dicho que si no salgo de aquí en una hora, que dispare a quien le parezca el jefe, y eso será exactamente a y media! —Mirtylo decidió probar con el juego de las dudas.

Alistair, pese a su brutalidad, gozaba de una imaginación que sazonaba con la dosis de paranoia necesaria para llegar lejos en el mundo criminal. Sin quererlo e instintivamente, miró el grillete de acero que transportaba en la mano, que además incluía reloj.

Mirtylo continuaba voz en grito, consciente de que con la duda se puede hacer andar a una persona muy lejos:

—No pensé que fuera necesario describirte, porque eres lo suficientemente imponente. Pero ahora que veo a tus invitados, puede que elija a uno de esos ricachones de ahí. No aspiro a meterme dentro de la cabeza eslava de mi tirador, pero creo que iría a por ese morenito con sombrero panameño de ahí, el que se parece a Pablo Escobar. —Alistair siguió la dirección del gesto de Mirtylo y frunció el ceño—. ¿Sabes lo que pasará si uno de esos cae muerto? Atención, focos, investigaciones, testigos, y para cuando lo arregles todo, perderás la pátina de respetabilidad por la que tanto has

trabajado. Te volverás un apestado. Habrá represalias. ¿Te dará tiempo a volver a América a los brazos del FBI? A mí me matarás, pero mal de muchos, consuelo de tontos.

Una sombra se dibujó en el semblante de Ali, que ocultó tras una inocente mueca animal. Mirtylo notaba que había abierto una grieta en el muro. Ahora tenía que agrandar la brecha con amenazas básicas: los enemigos *ruskies*, poner en peligro el estatus, y la lucrativa salida de no hacer nada.

Buzo lo único que hacía era mirar al suelo con semblante lunático; la oscuridad había tomado el control de su cabeza. El pomerania se había ido a la piscina a beber agua con cloro.

—¡Si tus inútiles no te han reportado dónde he parado de camino, pregúntale al soldado!

—Y bien, *soldier boy*, ¿dónde ha parado este cabroncete? —Alistair se dirigió a Buzo; mientras, sus acólitos, notando que la dinámica de la situación cambiaba, aflojaron el agarre con el que sujetaban a los retenidos.

Buzo tardó en responder, sus captores lo zarandeaban y tuvieron que repetir la pregunta. Hablaba mecánicamente, sin ninguna emoción:

—En Palma no sé qué hizo. Decía algo de buscar un comprador para las monedas. De camino aquí, paramos en Son Espanyol, pizzería Napoli, no sé a quién vio. Yo estaba en el coche.

—Ya sabes quién lo regenta, ¿verdad? —Mirtylo intervino—. Por tus ojos veo que lo sabes. Seguro que les has comprado material alguna vez. —Por respuesta, Mirtylo obtuvo un silencio atento. En vez de mostrarse conservador, y movido por el modafinilo, el señor Pons se dejó llevar—: Tengo a un hombrecillo que según me dicen fue campeón de biatlón en Yakutsk. Puede que lo del biatlón sea una trola, pero dispara como quien se hurga la nariz, no falla ni queriendo. Además, está un poco ido después de servir en Daguestán, pero como dicen por allá, el talento no te lo puedes beber. Es inútil buscarlo con la mirada. Está a un kilómetro, oculto en una caseta de labriego abandonada. —Toda Mallorca está plagada de casetas de labriegos y pastores, tanto modernos como antiguos, era fácil para Mirtylo asumir que habría alguna alrededor; continuó

su monólogo—: Sí, nosotros nos encontramos en la penumbra, pero ahí, tus invitados, perfectamente iluminados… No los oiremos, solo los veremos caer. Como veterano de la *Navy*, sabes lo que pasa cuando te aciertan con una bala del calibre 50 BMG a un cuerpo humano blando, ¿verdad? Entrada pequeña, salida explosiva. Salpicará a todos. Adiós a Mallorca, adiós a la vida bonita. —Mirtylo empujaba frenéticamente a Alistair con toda la fuerza mental que podía transmitir a través de sus poros, mientras luchaba por salvar su propio y egoísta pellejo—: Sé razonable, Ali, has sacado medio millón con dos monedas que te han llovido del cielo. Déjame ir. Quedan… déjame ver: siete, solo siete minutos para la hora de mandarlo todo al infierno.

Mirtylo sentía la libertad al alcance. Las garras que lo tenían firmemente sujeto empezaban a aflojar presión. Los moteros ya sabían qué decisión tomar y notaban que el jefe estaba a punto de dictar sentencia. Miraban al líder de la banda en busca de confirmación. Alistair dudaba, no quería mostrar debilidad, pero era verdad que ese Mirtylo es un personaje extraño, no había podido averiguar nada de él en profundidad, pese a que había tirado de muchos hilos muy bien conectados. Y luego estaba lo de los *ruskies*; se podía esperar cualquier cosa de esos *fuckers* irracionales.

El pomerania había ido a marcar con orín un arbusto donde dormía inconsciente un invitado a la fiesta.

—Lo que sí sé es que miente más que habla —resurgió Buzo de su letargo.

—Ajá, decidido, *buddy*. Juguemos —zanjó Ali.

—Al diablo —murmuró Mirtylo entre dientes.

En ese preciso momento se oyó una detonación, y una figura de las que rodeaban la piscina cayó a plomo al agua. El grupo quedó en silencio. Mirtylo, con su mejor cara de póquer, añadió:

—Veo que mi biatlonista lleva el reloj algo adelantado.

AYUDA IMPROVISADA
SEC. 51 / Caseta de numismática. Interior. Noche.

—Me he debido de quedar dormido. ¿Qué hora es? Tengo una contractura equina. ¿Dónde está mi tabaco?

Por primera vez, Victoria no criticó a su padre por fumar demasiado. Estaba demasiado concentrada en la nota que habían dejado junto a su cuerpo: «*Para Victoria: te espero, sweetie pie. HOY*».

—No lo entiendo —farfullaba el numismático mientras se atusaba la perilla y daba profundas caladas—: Ha venido un cliente… No, dos. Me han dicho no sé qué, me he dado la vuelta… y luego estaba en el suelo. No lo entiendo. ¿Te quedas a cenar?

Victoria acompañó a su padre al piso que este tenía cerca del antiguo matadero de Palma, en el barrio de Bons Aires. La casa era un fortín diseñado para proteger las piezas más valiosas de su colección, todo lo seguro que puede ser un piso en la ciudad.

—Conozco esa mirada, hija. ¿Alguien te ha hecho algo en el colegio? —El hombre aspiró por la boquilla de la pipa, buscando combatir el mareo que sufría—. Primero ponías esa cara, y luego me tocaba tener una reunión con tu tutora porque le habías dado un pescozón a algún abusón.

Victoria revisó su agenda y envió un escueto pero informativo mensaje a un contacto en la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional.

Inmediatamente recibió una llamada como respuesta.

IMPROVISACIÓN FALLIDA
SEC. 52 / Finca de Alistair. Exterior. Noche.

—¿Qué ha pasado? —bramó Alistair.

Se escucharon risas antes de que la juguetona voz de Pavel respondiera también entre risas:

—Josito ha dejado seca a una tontita con un corcho de champán. Falsa alarma. Podéis ir guardando las palas, chicos. Parece que aún se mueve.

Más risas acompañaron la chanza, y la fiesta volvió a su murmullo habitual. Alistair se giró y propinó tal golpe al desprotegido hígado de Mirtylo, que al señor Pons se le oscureció la vista.

«Plan E: todo mal».

SIN AYUDA
SEC. 53 / Piso del numismático. Interior. Noche.

—¡Qué rapidez! —saludó Victoria.

—¿Hola…? Victoria, querida, ¿eres tú? —Una voz masculina en falsete sonó por el auricular—: que me dice el presi que te vengas a la fiesta. Por ahora ya ha habido de todo, nena: risas, lloros, perversión, incluso unos intrusos. ¡De todo! No te lo puedes perder. Ponte algo picarón. Ah, sí, que el presi dice que insista en saludar a tu padre, que mucho cuidado con el corazón a estas edades. ¿Está tu padre bien, querida? Ay, me dejáis preocupado. Apunta la dirección, guapa: la carretera es algo fea pero no tiene pérdida…

Colgaron.

La joven miró con impotencia el teléfono. Un par de correos electrónicos no harían nada por ella, no con la inmediatez que necesitaba. Apretó el dispositivo hasta que sus finos dedos se resintieron y la mano tembló por el esfuerzo.

—Te echaré de aquí, aunque sea a pedradas.

EL CUARTO DE LA COLADA
SEC. 54 / Cámara de tortura. Interior. Noche.

Cuando Alistair visitó por primera vez la propiedad, era incapaz de entender dónde estaban los doscientos metros adicionales que prometía el anuncio; no los encontraba por ninguna parte, y el agente inmobiliario parecía nervioso cuando le preguntaba. Sólo encontró los metros solicitados al final de la visita, cuando le hicieron entrar en el búnker que el comercial presentaba como un «espacio insonorizado polivalente».

Llegados a ese punto, los compradores habituales siempre se echaban atrás; nadie quería tener una puerta blindada de medio metro de grosor en un sótano, las mazmorras sexuales están en declive, un holocausto nuclear parece improbable y, además, la construcción no era enteramente legal a ojos del consistorio local. Alistair, por otro lado, sí sabía a qué dedicar ese espacio.

Los moteros guiaron a Buzo y arrastraron a Mirtylo hasta la cámara de tortura, donde los sentaron sobre sendas sillas de aluminio y los ataron con bridas de plástico. Mirtylo, que había recuperado el ánimo, colocó una mano sobre el reposabrazos con el pulgar hacia arriba, de modo que cuando uno de los esbirros apretó la brida, Mirtylo, aparentando un espasmo, endureció el antebrazo y consiguió unos milímetros de libertad bajo la atadura. Repitió lo mismo con la otra mano.

Mientras tanto, Ali se acercó a un organizador de herramientas metálico que colgaba de la pared de hormigón. Las herramientas, inocentes en esencia, adquirían connotaciones siniestras en aquella diáfana habitación decorada con acero inoxidable, diferentes tonos de gris y un perturbador techo de color rosa chillón. Alistair se encasquetó sobre la calva una gorra de béisbol descolorida con la silueta perfilada del portaaviones USS George Washington bordada en hilo amarillo, y esnifó una montañita de polvo blanco. Se frotó la base del cuello y con ojos como alfileres miró a sus invitados. Dirigiéndose a toda la sala, con su voz retumbando en las duras paredes, dio orden de empezar:

—Vale, vale, vale… *¡Let's do this!* —. Sudoroso, activo, rojo. Se acercó a Buzo y le golpeó varias veces centrándose en el torso, cuidando la técnica y su postura—. ¿Propuestas? Quiero hacer algo imaginativo con estos dos. Que vaya alguno a buscar al informático. *¡Go!*

—Aaahhh —protestó Buzo antes de que sus ojos se volvieran turbios y se sumergiera en otro de sus letargos.

Los allí congregados sugirieron un variado de: tenazas, cuchillos, descargas eléctricas y, por último, un soldador.

—No, que la última vez fuimos incapaces de quitar los restos de piel chamuscada, y además, las de la limpieza se quejan del olor.

—Reportando al puente, presidente —interrumpió un chaval con una camiseta que lucía tentáculos dibujados.

—¡Por fin! ¿Ya has dejado de machacártela viendo vídeos de decapitaciones? Tengo la fiesta llena de mujeres reales, y a ti ni se te ve el pelo. Claro, sin tentáculos como en esos dibujitos que consumes, no te motiva. ¿Qué has leído últimamente sobre *torture*?

—No son dibujos.

—*Whatever*. No debimos lanzar la segunda bomba, les afectó. ¡Vamos! ¡Ideas, he dicho que quiero ideas, originalidad, iniciativa!

—He sacado toneladas de SOP de la CIA. Hay movidas retorcidas, luces, porno gay, falta de sueño, música de Madonna a todo trapo. Por cierto, ¿vosotros sabéis quién es? Tuve que buscarla, no tenía ni idea. Ah, sí… torturas, sí. Pues pañales también. Si me dais un rato, os puedo pasar un manga sobre un detective psicótico, superturbio. Podemos sacar ideas de ahí, ¿no? ¿Y si los metemos en un espacio estrecho, como un maletero o algo así? A mí la claustrofobia me parece una movida. ¿Me puedo ir ya? Tengo una ICO a punto de empezar.

—*¡Jesus Christ!* Quédate bien quietecito en un rincón y aprende.

Mientras hablaba, Alistair se acercó y volvió a trabajar el cuerpo y la cara de Buzo para motivar al equipo. Por la violencia que empleaba en cada golpe, parecía que los tatuajes de sus nudillos se imprimirían en el cuerpo del desdichado exmilitar. Mirtylo aprovechó la pausa para preparar una defensa contra la tortura. Todo el mundo se desmorona cuando le prestan la debida atención, así que, a

marchas forzadas se inventó una historia que lo pudiera sacar vivo del búnker. Algo sobre servicios secretos podría funcionar. Sólo tenía que hacerles trabajar lo suficiente para sonsacarles, pero sin que le costara secuelas permanentes.

En aquel momento aparecieron Hans y Bruto.

Mirtylo suspiró, no necesitaba ver sus iluminadas caras, por la depravada anticipación, para saber que iban a disfrutar haciéndole daño.

—¿Qué os ha pasado esta vez? —les saludó Alistair—. No digáis nada, pero como sigáis así, os tendré que revisar la paga. ¿Ideas para estos dos *fuckers*? Se me está acabando la paciencia.

—Yo usaría con estos *porcs* el método ecológico —dijo Bruto—. ¿Te acuerdas, presidente? Se te ocurrió hace unos meses y te quejabas de que no tenías con quién probarlo.

—¡Brillante! Llamad y que nos traigan bichos frescos—. Alistair se acercó a Buzo y le arreó un par de veces más en el torso.

—¿Qué es el medio natural? —preguntó el informático.

—Soy un *genious*. Tortura ecológica, se llama. En un rato lo verás.

Hans y Bruto, voluntariosos cuando se trataba de venganza, iniciaron los preparativos: cortaron la ropa a Buzo y Mirtylo y les propinaron un manguerazo de agua helada. Los moteros pasaron el rato a base de golpes y un par de rondas de submarino mojado amateur, en las que obligaron al informático a operar con la manguera para gran diversión de los asistentes, salvo dos, que eran las víctimas de un ahogamiento simulado demasiado real.

CAZA MAYOR
SEC. 55 / Piso del numismático. Interior. Noche.

Aparte de refinada y artística, Victoria era cazadora. En un principio había sido un hobby impuesto por la necesidad de mantener el contacto con la familia rural de su madre, pero poco a poco fue aprendiendo a disfrutar de la tradición. Al haber practicado desde la infancia, tenía interiorizada la fría y paciente violencia necesaria para cazar.

Se acercó a una de las cajas de seguridad, solida, rectangular y con cerradura electrónica. Como el cada rincón del piso, aquí también se conservaban antigüedades, pero en este caso seguían siendo funcionales. Se trataba del armero de su padre. Dos veces introdujo sin éxito el código, y ante las sonoras protestas del sistema, dudó. Escuchó la tos del padre desde el salón, sus andares inusualmente lentos, y pensó en cómo lo habían dejado tirado en el suelo. Volvió a marcar el código, esta vez con acierto, y eligió la escopeta paralela AYA. Dos cañones, dos gatillos, hecha de madera de nogal y decorada con elaborados detalles florales labrados. Sintió el familiar peso del arma en las manos; era, a su manera, un artefacto histórico.

Victoria se sonrió. La veda de la cabra silvestre estaba abierta todo el año:

—Un cabrón grande y ruidoso, eso es lo que eres, Ali: un gran cabrón.

PRODUCTO LOCAL
SEC. 56 / Cámara de tortura. Interior. Noche.

Para una persona normal y corriente, encargar medusas vivas un viernes de madrugada es algo complicado, pero todo en esta vida es fácil con dinero y contactos, en especial en una isla acostumbrada a los gustos excéntricos. Alistair obtuvo su encargo en media hora.

Cuando llegaron los contenedores de plástico con los invertebrados vivos, se hizo un corro de cabezas alrededor: había una medusa grande de bordes violáceos y gruesos tentáculos, y otra de aspecto no muy sano, amarillenta y transparente, con dos tipos diferenciados de apéndices. Y después estaba el tercer contenedor, donde en un principio los moteros pensaron que no había nada, para luego comprobar que estaba plagado de pequeñas medusas con forma de bombilla transparente de unos cinco centímetros.

—¿Para qué es esto? —indagó el informático.

—De verdad, para ser tan listo no entiendes nada que no sea de ordenadores. Pues mira, vamos a jugar con las medusas y luego tiraremos a estos dos tipos al mar. Así, cuando sus traidores cuerpos sean escupidos a la costa, nadie sospechará nada. Serán simplemente dos ahogados más en un país donde no interesa espantar a los turistas.

Alistair abandonó todo intento educativo, que notaba desperdiciado en el informático de la organización, y se acercó a los invitados. Ni Buzo ni Mirtylo estaban en condiciones óptimas. Mientras el señor Pons reaccionaba a los golpes y a las desdichas, sin mostrar dolor ni quejas, Buzo insultaba incoherentemente, gimoteaba y miraba frenéticamente alrededor, buscando una salida.

—*Buddy*, eh, *buddy*, hola… ¿Hay alguien? —Ali cogió a Mirtylo del pelo mirándole a los ojos—. Bien, ahí estás. Ahora responderás a todas mis preguntas: quién eres, por qué me rondas, qué tienen los *ruskis* contra mí, dónde tienes escondido el ganso de oro que caga monedas romanas y…

—Y Cordero —interrumpió débilmente Mirtylo.

—¿Qué?

—¿Dónde está Cordero? Todo esto debería pasarle a él, ¿recuerdas?

—Tiene cojones este *buddy*. Cierto, qué cabeza la mía, Cordero dices. —Alistair extrajo con una manaza la medusa grande de bordes violáceos y la estampó en la cara de Mirtylo—. Soy de la teoría de que hay que empezar fuerte, y seguir más fuerte.

Era una sensación rara: agua, peste a alga y a pescadería de mercado. Mirtylo acusó el golpe acuoso, pero no mucho más, solo un leve ardor.

—¿Por qué no le hace nada? —se interesó el informático, observando que la cara del señor Pons apenas se enrojecía—. En la playa estos bichos pican como un demonio.

—¡Yo qué sé! ¿Te parezco un naturalista o qué? —Alistair volvió a centrarse en Mirtylo—: Y tú, ¿respondes o voy a por la siguiente?

Mirtylo tomó una decisión: en el próximo golpe comenzaría a hablar. Primero, moneda. Segundo, que era agente secreto eslovaco. Y tercero… intentó aflojar las bridas, pero no se movían lo suficiente. Hacía tiempo con lo que podía.

—Pregúntale a él por Cordero —Mirtylo señaló a Buzo con la cabeza—. Que fue el último en verle.

Alistair se acercó a los contenedores y eligió con una mano enguantada la segunda medusa más grande, una *Chrysaora* de desagradable aspecto amarillo con venosos surcos rojos, esta sí, altamente venenosa. Se giró rápidamente y cascó sin previo aviso. Los tentáculos surcaron el pecho de Buzo.

Al primer golpe de medusa, las bombillas de Buzo se encendieron para seguidamente explotar por exceso de tensión. Todo su cuerpo se arqueaba de picor, el ardor le atravesaba la piel, subía por la columna, le quemaba el cerebro. Una fuerte culpa le invadía, estaba avergonzado:

—¿Por qué me castigas, Señor? Ya sé lo sé —Buzo lloraba y en su cabeza el fuego se convertía en todo a la vez: Jonás, los sirios al sol, Stalin sangrando, el teniente gritando, los buitres, la penumbra de la iglesia, Cordero riendo…

Alguien le hablaba, no entendía, no escuchaba.

Cordero riendo. La espada pidiendo sangre. Tenía que confesar, tenía que sacarlo, el ardor pararía. Buzo habló. Todos escucharon. Mirtylo se dedicaba a frotar discretamente la brida derecha con un tornillo que sobresalía de la silla.

CONFESIÓN COACCIONADA
SEC. 57 / Piso de Cordero. Interior. Día.

Buzo había sido sincero con Mirtylo, salvo unos breves instantes que se esforzó en borrar de su memoria. Instantes que precisamente acontecieron en la nefasta casa que había pasado a ser, salvando algún detalle procesal, de Mirtylo.

Cordero estaba demacrado, cubierto por sus propios jugos internos, cuando le abrió la puerta a Buzo, que se encontró cara a cara con su respetado superior, por el cual había sacrificado la carrera militar. Cordero daba tumbos por el salón, buscando el apoyo de una lata de cerveza.

—Ahora lo veo. Necesitabas dinero, era lo único que te importaba —Buzo se encaró, quería que le respondiera algo contundente: una excusa, una disculpa, cualquier cosa que explicara cómo se podía haber equivocado tanto de héroe—. Querías dinero y nosotros te dábamos igual.

—*Sólo te importa el dinero, sólo te importa el dinero…* —Cordero lo imitó burlón—. Anda, relájate. Toma una copa, polluelo. ¿Un tirito? Te sentirás mejor después de un tirito.

—¡No, no, no! ¡Ya nunca, ya nada irá bien! —gritó Buzo perdiéndose en la furia y lanzando un golpe al aire.

Incluso en su deplorable estado, Cordero era mejor luchador que él. Bloqueó la mano de Buzo, le hizo ponerse de rodillas y pedir perdón a «papá Cordero» por insubordinación antes de lanzarlo con un puntapié hacia la mesa. Se reía, se reía borracho, y aun así era fuerte. Pero Buzo cogió de la mesa el afilado gladio, la espada que volvía a ver la luz tras dos mil años de entierro y tenía sed. El metal negro absorbía la poca iluminación de la estancia, su empuñadura parecía hecha a medida de la vengativa mano de Buzo. Cordero se reía, se acercó a la mesa. Buzo atacó, acertó entre las costillas. El cabo dejó de reírse, siseó, el aire abandonó sus pulmones colapsados. Cayó al suelo.

Las manos de Cordero, ya sin oponer resistencia, señalaron hacia la mesa. Sólo le importaba alcanzar la botella. Buzo siguió golpeando, una tras otra. La antigua espada bebió sangre de nuevo.

Buzo era consciente de que en ocasiones sí se invocan a los demonios, y no los de las fábulas sumerias. Estos son muy humanos, y sus sombras surgieron con la sangre derramada de Cordero para encontrar refugio en la cabeza de Buzo. Los demonios le animaron a olvidar.

EXCURSIÓN A LA COSTA
SEC. 58 / Cámara de tortura. Interior. Noche.

El ambiente en la mazmorra cambió de repente. La enfermiza euforia de los asistentes se había esfumado con la confesión de Buzo. No es que lo que acababan de escuchar importara a la mayoría de los moteros, ni siquiera al informático, pero Buzo ensombreció la energía positiva con la que estaban trabajando hasta el momento, y si Ali les daba la opción de salir del subsuelo, preferían ir a por los rescoldos de fiesta que quedaban.

Mirtylo rompió el silencio:

—Espera, espera. ¿Que dejaste a Cordero tieso en mi nueva casa? ¿Dónde está el cuerpo? Yo no vi ningún cuerpo. ¿En el baño?

—Nevera.

—¡Mierda! Y yo que pensaba que había invertido en un caramelito. ¿Me soltáis? —Se interesó Mirtylo sin excesiva esperanza.

Alistair miró hacia la mesa. Fue a por otra dosis, y de camino volvió a palparse instintivamente el cuello, alargando el movimiento hacia su pecho. Hoy estaba abusando y su organismo no respondía. Sin girarse, gruñó a la congregación que tenía a su espalda:

—Ya hemos vaciado la piñata. Deshaceros de ellos.

—Alistair, suéltame… Es lo mejor. Te consigo una moneda más. ¿Qué te parece?

—Me aburres, *buddy*. Con las monedas que hemos sacado de los bolsillos de esa rata desertora, ya tengo para una colección. Me voy arriba. Y vosotros dos —dirigiéndose a Bruto y Hans—: os doy una última oportunidad. Lleváoslos en la lancha y ahogadlos en el mar. Ni se os ocurra hacerlo aquí. Tenéis que aseguraros de que respiran cuando los tiréis por la borda para que se les llenen los pulmones de agua. Ah, y que floten, ¿me entendéis? Quiero leer sobre ellos en el periódico. Y no olvidéis obligarles a tragar algo de alcohol. Después, que alguien se lleve el coche al desguace. *Christ*, ¡tengo que pensar en todo! Adiós, *buddy*.

Alistair dejó su gorra de marino en su sitio y salió de la sala farfullando con paso pesado. Lo último que vio Mirtylo fue la calavera tatuada de su cráneo antes de desaparecer por la puerta

blindada. Al jefe le siguieron el resto de los asistentes. El informático, más pálido que al principio, fue el último en irse, echando una mirada a los dos desgraciados que dejaba atrás; había aprendido una experiencia vital.

Ya con la habitación vacía, Bruto se acercó a Mirtylo y le hizo tragar bourbon mientras amenazaba:

—Me debes una pistola. Así que me voy a quedar con tu reloj, tu cartera, tus estúpidos puros y el coche. Y da gracias de que no te meta esta botella por el *cul*.

Sin desatarlos de las sillas, llevaron a los dos presos a una Mercedes Vito, adonde los lanzaron sin ceremonias: primero a Buzo y luego, con especial odio, a Mirtylo. El golpe fue contundente.

Los malogrados cautivos viajaron en un estado deplorable: mojados, desnudos y en asientos moviéndose de lado a lado por el vaivén. Parecía que la carretera elegida formaba parte de la tortura. Mirtylo entendió que bajaban a la costa, porque de otra manera era imposible explicar tanta sacudida. Bruto obtenía especial placer acelerando en las rectas cortas y frenando en las curvas, escuchando los golpes y el repiqueteo que llegaba desde la parte trasera. Era una lástima para él no poder tenerlos encerrados en un maletero estrecho durante horas, pero trabajaba con lo que tenía.

—¿Por qué no los ahogamos en el mismo puerto? —resonó la voz de Bruto tras el cristal opaco que lo separaba del maletero.

—Eso lo dices porque aún te da miedo navegar —Hans se burló de él—: Vamos a hacer las cosas bien, que ya tenemos al presidente cabreado con nosotros.

—No me da miedo el agua, son los *peixos*. Dan mal rollo. Tienen ojos raros.

—Te jodes. Haremos las cosas como toca.

Mirtylo, que escuchaba atento, había conseguido liberar un brazo y luchaba contra la segunda brida con la intención de no subir a ningún barco. Un minuto más y se liaría a sillazos con los pluriempleados sicarios.

Tras una recta más larga que las anteriores, llegaron a una curva cerrada que hizo a las sillas volar y estamparse contra las paredes del vehículo. De repente la física, la ingeniería y la anatomía se

encontraron las tres en un espacio confinado, cada una haciendo de las suyas. La ingeniería retorció los tubos de aluminio de las sillas, la anatomía hizo que el cerebro de Mirtylo bailara dentro del cráneo desconectando temporalmente la consciencia y aflojando su vejiga, y por último, la física, que nada más estaba presente para poner orden, se contentó con que respetaran sus leyes.

El viaje, pese a ser movido, se le hizo corto al inconsciente Mirtylo. La horrible carretera, la pedregosa costa y la ausencia de restaurantes Michelin espantarían a cualquier turista de aquel desértico puerto de pescadores donde aparcaron.

Cuarenta casas de piedra, treinta gatos y veinte embarcaciones en el puerto de hormigón. Eso convertía la localidad en una ubicación ideal como base para actividades ilegales, o para pescar; también era buen sitio para pescar. Por no haber, no había ni bar de pueblo, lo cual, para los estándares locales, significaba que la población formalmente ni existía.

En el muelle, Hans se fue a preparar la embarcación mientras Bruto vigilaba.

Un gato se acercó a la furgoneta en busca de pescado, frotándose en la pierna del vigía mientras investigaba. Era un animal gris atigrado, el típico gato callejero de raza común europea. Miró a Buzo con grandes ojos verdes y maulló pidiendo comida, pero Bruto lo apartó de una patada. El gato se alejó y lo miró intensamente. Si hubiese sido una mirada humana, alguien supersticioso habría temido un mal de ojo, pero solo era un gato. Bruto estaba demasiado ocupado examinando la superficie del oscuro Mediterráneo; sintió un escalofrío imaginándose la multitud de peces silenciosos y fríos, ocultos bajo aquel manto acuático.

—Tienen ojos como de muerto. Qué asco me dan.

SANTA PACIENCIA
SEC. 59 / Campo. Exterior. Noche.

Victoria caminaba bajo la luz de las estrellas y la luna. Debido al enorme chaquetón y gorro de lluvia impermeables que llevaba, su figura era indefinida. Parecía más un espantapájaros que había cobrado vida, que la sofisticada urbanita que regentaba una respetada tienda de antigüedades en el centro de Palma.

Se detuvo a esperar.

Finalmente encontró el sitio adecuado que le permitía observar la carretera de acceso a la finca de Alistair.

Las luces de neón y la rítmica música electrónica indicaban que aún era temprano. Así que se acomodó sobre unas rocas, abrazándose las piernas y oculta en el chaquetón. La atmósfera dentro de la prenda era cargada, pero lo encontraba reconfortante: el perfumado tabaco de pipa del padre, que tarde o temprano impregnaba toda la ropa de la casa, luchaba contra el olor a lavanda que la protegía de las polillas.

Notando en el pecho el acompasado retumbar del bajo que se propagaba desde la finca, cayó en un duermevela inquieto. De vez en cuando tenía la sensación de escuchar arranques de carcajadas dignas de un clan de hienas, aunque estaba demasiado lejos de la fiesta para que el sonido fuera real.

Se despertó sobresaltada con el rugido de un motor lejano.

—La he cagado —fue lo primero que le vino a la cabeza, un pensamiento que abarcaba muchas decisiones de los últimos días, años incluso, pero sobre todo se refería a haber dejado escapar a Alistair. Consiguió despejarse cuando se dio cuenta de que el *rurruru* que sonaba no era un vehículo, sino el canto de un chotacabras que se dedicaba a cazar insectos al vuelo; es más, la música había parado—. Vamos, Ali, ahora te toca hacer tu parte. Espero que de verdad me consideres igual de tonta como me haces sentir.

Miró el móvil: no había ninguna llamada perdida, solo un mensaje cuyo único contenido era un pasivo-agresivo «?». Preparó su mejor voz nerviosa, buscó el número de Alistair, y sin darle opción de mandar, empezó a gimotear:

—¿Hola…? Lo siento mucho, jo, de verdad, no encuentro el camino. Llevo horas dando vueltas, y justo ahora veo en mi coche una luz que se enciende. Creo que es la gasolina. Lo siento, hay un árbol y… y un cartel que dice… ¿A ver? Sí, ¡ese! Ahí, estoy aparcada justo delante. —Mientras recibía todo tipo de instrucciones detalladas, vio pasar un par de coches, una furgoneta negra y, acto seguido, un BMW anticuado que le hizo pensar en Mirtylo.

«¿Qué andará haciendo? Dudo que su noche sea tan mala como la mía».

PATRÓN DE EMBARCACIÓN DE RECREO
SEC. 60 / Lancha motora. Interior. Noche.

Navegaban. Esa embarcación no era la principal de Alistair; su yate oficial se encontraba en el muelle del Arenal con el nombre de *Harley D. II*. Ahora estaban en una embarcación de apoyo que centraba su ocupación en pesca y trabajos sucios. Se trataba de una lancha motora de ocho metros de eslora y casco de fibra de vidrio, con un potente motor Volvo de 269 CV y un camarote sorprendentemente espacioso con baño en la proa. Esta lancha navegaba bajo el nombre de *Mi Maricarmen*. Alistair la había adquirido junto con el embarcadero a un precio nulo. El feliz vendedor fue un local que, como Cordero, se había subido a un tren más lujoso del que se podía permitir.

Buzo y Mirtylo yacían tirados en el camarote.

Buzo, completamente dolorido, presentaba un aspecto penoso: hinchado, de color rojo-púrpura, se sujetaba precariamente a los restos de la silla y retorcía las extremidades en posturas antinaturales. A Mirtylo lo despertó la luz verde de seguridad que alumbraba la salida del camarote; notaba el traqueteo del motor.

—¿Dónde estamos?

Buzo no respondió, gimoteaba y repetía frases inconexas.

Viendo que no contaba con ningún aliado, Mirtylo puso a trabajar su cabeza, cosa que no le resultó fácil. Estaba viviendo una de esas noches que genera contracturas a la mañana siguiente, pero si no intervenía ya, no llegaría a esa hipotética mañana. El señor Pons apartó el dolor y las náuseas, y se encontró que debajo se escondía un miedo paralizante que nacía en las profundidades de la amígdala.

Tras un rato de esfuerzo neuronal, entendió que estaba en el barco y que notaba el mar tranquilo. Hizo un repaso a la cronología: ¿cuánto tiempo había estado apagado? A juzgar por que aún no había luz solar, no demasiado. Debían de estar en la escarpada costa noroeste de la isla, era lo único que estaba tan cerca.

—Fantástico, ya sabes dónde estás —se animó—. Ahora huye antes de que te ahoguen.

Movió los brazos; no había nada roto. Uno de los reposabrazos se había abollado, y el tubo de aluminio de la estructura estaba partido. Con lo cual, rápidamente consiguió romper la ligadura que sujetaba el brazo derecho. Se detuvo. El motor traqueteaba regular. Náuseas. Las voces apagadas de Bruto y Hans se colaron en el camarote. Se encontraban tras la pequeña portezuela. Apenas tres centímetros de material los separaban. Hablaban, pero él no distinguía el tema. Daba igual, lo único importante era que no entraran en ese preciso momento.

El señor Pons rebuscó en los cajones de aquella diminuta y eficiente cocina: en la penumbra sólo pudo encontrar varios cuchillos romos y un sacacorchos oxidado del tipo cuchillo de sumiller.

—La llave de mi libertad.

¡Cómo apreció el señor Pons el reconfortante peso de ese objeto en la mano! Sin duda, sería un buen sustituto de la aguja de tejer que se quedó en la finca de Alistair. Colocó la espiral entre los dedos y cerró el puño alrededor del mango. Seguía desnudo, pero ahora contaba con un aguijón.

Decidió no desatar a Buzo. El barco era angosto, y el desertor inestable. ¿Qué hacer? Al notar que la embarcación iba perdiendo velocidad, decidió atraer a uno de los carceleros poniendo la radio del camarote a toda potencia para atacarlo por sorpresa cuando entrara.

Pese al mareo, entre los restos de silla y el sacacorchos, se sentía con posibilidades. Así que estiró los músculos, inspiró fuerte y alargó la mano hacia el dial del volumen.

BIODIVERSIDAD MARINA
SEC. 61 / Lancha motora. Exterior. Noche.

El barco saltó y, girando sobre sí mismo, cambió de rumbo noventa grados. El motor borboteaba, parecía luchar por coger aire. Seguía funcionando, pero ahora emitiendo quejidos. Otro golpe siguió al primero, y provocó otros noventa grados de nueva dirección.

La embarcación se balanceaba violentamente.

Hans cayó al agua al primer envite, justo cuando se estaba encendiendo uno de los puros de Mirtylo y comentando los momentos más coloridos de la noche. Su atención no había estado al nivel de la navegación nocturna, tarea siempre peliaguda.

Bruto, que como todas las demás almas embarcadas no entendía qué pasaba, se puso a mirar por la borda buscando al compañero caído. No acertaba a apagar el motor, y el segundo impacto, que casi le lanza al agua a él también, provocó que la embarcación pasara por encima de su malogrado colega en el mar, con fatal resultado. Solo se escuchó un último grito.

Bruto detuvo, ya tarde, el motor y se puso a examinar la superficie del agua ayudándose de una potente linterna. No vio a Hans, pero sí distinguía fragmentos de su casco flotando. Con pavor, percibió que el barco empezaba a escorar. No ayudó a su estado anímico que el desfigurado cuerpo del su amigo y compañero de fatigas legales e ilegales eligiera ese preciso momento para aparecer ante sus ojos, flotando boca abajo mientras las olas lo alejaban. Aun con todo lo terrorífico que le parecía cada uno de aquellos elementos, ninguno, por separado o en conjunto, le generaron el horror que le infundió un desproporcionado ojo blanco que emergió del agua devolviéndole la mirada desde la oscuridad marina. Un monstruo se asomaba de las profundidades, para sumergirse de nuevo.

Antes de que Bruto pudiera entender lo que veía, una mano le tocó el hombro:

—Hans, colega… —dijo instintivamente, aunque sabía que no podía ser él.

Un gancho en la barbilla lo noqueó.

—Tres de tres. Te tengo cogida la medida —dijo Mirtylo a la postrada figura.

Unos instantes atrás, Mirtylo, todavía en el camarote, se había visto forzado a cambiar de plan cuando vio que, de manera lenta pero segura, la embarcación se estaba empezando a llenar de agua. Eso le hizo desatar a Buzo, que no hizo amago de moverse, y salir con cuidado a la cubierta. Allí vio a Bruto desprevenido, al cual saludó con efusividad y violencia. Estaba claro que se iban a pique, y pese a sus muchas habilidades, el señor Pons sólo era un navegante amateur, no tenía capacidad de evitarlo. «Dejaré el yoga y me apuntaré a vela», meditó mientras la brisa nocturna ventilaba su desnudez y el barco escoraba.

Entonces rebuscó ágilmente por la cubierta una balsa salvavidas, que no encontró, pero sí se topó con sus puros, y se metió uno distraídamente en la boca. Encontró también dos chalecos salvavidas, una bolsa impermeable que contenía la documentación del barco, un boli y una pistola de bengalas. Colocó un chaleco salvavidas a Bruto —ya era más de lo que este habría hecho por él— y lanzó el otro chaleco a Buzo adentro del camarote, donde el agua ya cubría un palmo. Volvió a salir a la noche, recogió la bolsa impermeable, sacó los papeles, metió la cartera, llaves, puros y, con gran alivio, su reloj, que arrebató de la muñeca del inconsciente Bruto.

—Este muchacho debería ver a un neurólogo.

En ese momento en su desnuda rabadilla notó que Buzo había salido del camarote. Sujetaba el chaleco con una mano y miraba hacia la oscuridad.

—Tenemos que saltar —le indicó Mirtylo.

—¿Para qué?

—No me vengas con una crisis existencial ahora. Sí, apuñalaste a un tipo que te salvó la vida, pero también te puso en peligro. Si me preguntaran, diría que es prácticamente un empate. La vida tiene estas cosas. ¡Salta!

—No tiene sentido.

—Eres un chaval, aún estás a tiempo de hacer tu vida, u otra si esta no te gusta. Vamos, ¡salta!

—¿Para qué?

No era el momento de resolver pequeñas grandes preguntas, y más con Mirtylo centrado en salvar su expuesto pellejo. Cambio de planes: empujó al inerte Bruto al agua y agarró a Buzo para lanzarse juntos por la borda. Pero la tentativa se vio interrumpida cuando una gran sombra negra emergió del agua y los dos compañeros vieron cómo el cuerpo de Bruto se elevaba cuatro metros sobre la superficie, lanzado cual muñeco de trapo, el brillante chaleco naranja contrastando con la oscuridad del cielo…

No gritó, quien sí lo hizo con un terror que perforaba los tímpanos fue el lívido exinfante, en la ya semihundida cubierta. Una orca había decidido que aquel cuerpo envuelto en un chaleco salvavidas era un entretenimiento ideal, y lo lanzaba una y otra vez para horror de la tripulación del *Mi Maricarmen*.

Finalmente el cuerpo de Bruto cayó con un ruido sordo al agua, para ser inmediatamente llevado a las profundidades. Se ve que para la mente juguetona de la orca, lanzar era igual de divertido que hundir.

—Qué leñes —dijo Mirtylo mordiendo su puro hasta romperlo en la boca.

—El pez… Jonás… Soy Jonás, lo sabía.

—Oh, no, nada de evangelizar a estas horas. Prepárate, tenemos que nadar. ¿Ves esa sombra a lo lejos? Esa es la costa. El suroeste. ¡Venga!

—Ya sé para qué. —Buzo lanzó el salvavidas por la borda, se sentó apaciblemente en la cubierta, se abrazó las rodillas y comenzó a entonar con voz queda una canción de cuartel que no había entendido hasta ese momento—: *La muerte, la muerte no es el final…* —cantó con voz quebrada.

AMENAZA EN CIERNES
SEC. 62 / Carretera de tierra. Exterior. Noche.

Alistair conducía su plateada Harley-Davidson Fat Boy del 89 y llevaba con orgullo el chaleco de cuero con los bordados de *Presidente* y *Palma MC* en los colores del club. Se sentía bien con el viento en la cara. La presión del pecho se estaba disolviendo en la absorbente oscuridad campestre que lo rodeaba. Los chicos le seguían a un par de curvas de distancia. Él lideraba. Todo era como tenía que ser.

«La fiesta ha transcurrido entretenida, hasta he ganado algo de dinero, he dado su merecido a esos dos imbéciles: a Mirtylo y su acompañante psicótico». Es verdad que Cordero se le había escurrido entre los dedos, pero ya saldarían deudas en el infierno.

Bien. Volvía a sentirse un depredador, un megalodón en un estanque rebosante de jugosos atunes. La isla le daba todo lo que quería. Había hecho suya esta tierra.

—Soy el *fucking* amo.

Solamente un par de cosas menores le inquietaban: Bruto y Hans tardaban demasiado en llegar, y esa tonta de Victoria no le prestaba el debido respeto. Pero hoy se ocuparía de todo, él mismo, sin delegar. Llevaría a Victoria al cuarto de la colada, jugarían un rato, se enteraría de todo lo que había conspirado con ese Mirtylo y se demostraría a sí mismo que estaba en plena forma.

Saboreó el frescor de la madrugada que le llenaba los pulmones. La anticipación le hacía vibrar:

—Por fin probaré un trozo de ese pastelito.

CHAPUZÓN MAÑANERO
SEC. 63 / Mar. Exterior. Noche.

Mirtylo se lanzó al agua y empezó a nadar con agilidad hacia lo que él presuponía que era la costa.

«No hay nada peor que dejarse comer por las voces de tu mente», pensó recordando a su desaventurado compañero.

La voz de Buzo sonaba cada vez más débil en la oscuridad. El señor Pons oyó cómo la canción era interrumpida por un par de golpes; eran las orcas entreteniéndose con el casco de fibra de vidrio. Nadó más rápido y volvió a escuchar la voz de Buzo, pero no estaba seguro de si la canción se había reanudado o si era su cabeza, que la ponía a modo de hilo musical. Entre brazadas reflexionaba sobre sus decisiones vitales: le gustaba empezar los días de semirretiro con un vigorizante baño en el Mediterráneo; ese mar interior, piscina infantil donde la civilización occidental aprendió el arte naval, por lo general un mar tranquilo y cálido. Sin embargo, hoy no era uno de esos días. Nadaba desfondado, agotado por los acontecimientos, golpes y amenazas. Cuando el cuerpo le pedía un descanso, seguía braceando. Sintiéndose cada vez más cerca de la extenuación, las heridas le ardían por la sal y tenía el pulso disparado.

«¿Aumentará el modafinilo el riesgo de infarto? Debería leer el prospecto alguna vez».

Al fin se detuvo.

Después de treinta minutos largos nadando, no se había convertido en comida de cetáceo. Las orcas no le seguían. Él no lo sabía, pero lo cierto es que las mal llamadas ballenas asesinas, originalmente bautizadas por marinos españoles *asesina-ballenas*, no tienen apetito por la carne humana, prefieren el pescado fresco, el calamar de las profundidades o la ocasional y tierna cría de ballena. Su dieta tiene mucho más en común con el amante del sushi que con un billonario aburrido, que sí aprecia la variedad que otorga un buen trozo de humano. Flotando en la oscuridad, no pudo evitar otro pensamiento intrusivo: a los náufragos se les recomienda tirarse al

agua con calcetines oscuros, para no atraer a los tiburones, pero no hay ningún consejo sobre qué hacer si estás en pelota viva.

«Todo me pica. Bueno. Si pica, cura. Eso significa que sigo en el plano terrenal. Piensa, piensa, está oscuro, no hay nadie, no hay nada, y menos mal que no llevo calzoncillos. Con todo lo que he pasado estarían para tirar. El mar está tranquilo. Estaremos a unos dieciocho grados. Un cuerpo sano puede sobrevivir alrededor de un día. Estás algo maltrecho, pero ni tan mal. Queridos dioses del mar… —no sin esfuerzo, raspó en el fondo de sus conocimientos—: Neptuno, Poseidón, Mazu, Talay, Lir, Aegir y san Telmo, estimados todos: os prometo que donaré a Sea Shepherd si me permitís vivir, y nunca más visitaré un zoo de esos que hacen a vuestros hijos pasar por el aro. Bien, esa parte está cubierta. A todo esto, ¿estoy nadando en la dirección adecuada?».

Estiró el cuello. Una persona de estatura media puede ver a más de cuatro kilómetros de distancia, eso cuando no está hasta las orejas en el agua, porque eso es lo que veía: agua y noche. Además, sin saber cuánto tiempo llevaba el barco navegando, era imposible saber cuánto le quedaba por nadar. Observó el cielo: nada. Las estrellas estaban ocultas por nubes que no se distinguían, aunque se intuían. Tampoco había luna.

—Maldita Mallorca. Debería haberme retirado a una casita en el interior de Francia, lejos del mar. Tener un jardín de rosas, criar conejos, dedicarme a leer delante del fuego y usar mantequilla en vez de aceite para cocinar.

Siguió nadando, notaba un incipiente calambre en el gemelo, pero lo ignoró. Mientras se moviese y respirase, seguiría vivo. Ese era el plan A, el único: seguir con vida.

LANZAMIENTO DE PIEDRAS MODERNIZADO
SEC. 64 / Campo. Exterior. Noche.

Victoria separó y enraizó las piernas como le enseñó su familia, firmes pero flexibles, igual que un árbol. Ante ella, a cuarenta metros de distancia, un tramo recto y estrecho de la carretera que conducía a la finca de Alistair se alineaba en la mira de los dos cañones. Se recolocó ligeramente ladeada en un promontorio oculto por zarzas y entornó los ojos para que los faros no le deslumbraran.

Alistair se lo ponía fácil. Le oyó llegar:

—Por una vez agradezco que esas grotescas máquinas hagan tanto ruido.

Quitó el seguro y elevó la escopeta. Estaba furiosa pero a la vez relajada. Podía ver perfectamente la inequívoca cabeza rapada avanzar hacia la mira, acompañó el blanco con el arma y avanzó el objetivo un par de cuerpos a la derecha, anticipando la posición de Alistair en movimiento. Esperó… y sintiendo el momento justo, apretó el primer gatillo, y con un ligero retardo para reajustar la posición, hizo lo mismo con el segundo.

Se retiró con rapidez sin quedarse a ver el resultado, susurrando hacia la noche:

—Largo de mi isla.

LA HORA MÁS OSCURA
SEC. 65 / Mar. Exterior. Noche.

Mirtylo seguía batiendo las piernas con ayuda de pensamientos estimulantes, del tipo: plumón de ganso, café irlandés, leños crujientes, Victoria… Le pareció que el horizonte empezaba a clarear, pero aquella visión optimista podía estar jugándole una mala pasada.

Cerró los ojos y los mantuvo así unas cuantas respiraciones profundas. Cuando los abrió, la claridad era más certera. No estaba equivocado. Permaneció flotando mientras la luz inundaba el mar Balear, la franja del Mediterráneo donde se encontraba y que separa las islas de la península. El amanecer, más que bonito, era dramático. Un par de gotas saladas humedecieron los ojos del señor Pons, para ir a perderse con sus compañeras en la superficie. Pero lo mejor que tenía ese amanecer en particular es que era revelador: la luz se recortaba contra la escarpada costa norte.

Ya sabía a dónde tenía que dirigirse.

—La vida es sufrimiento, en este caso corpóreo. Y aunque duela, sólo tienes que nadar.

Si lograba mantener la concentración y no dejaba que su espíritu desfalleciera, estaba salvado. Ya pensaría a su debido momento en el reto que suponía la costa rocosa. Así que siguió nadando metódicamente en un estado de trance inducido por el ejercicio continuado, cuando sintió un primer pinchazo en la pierna. El dolor le rompió el ritmo y le cortó a media respiración. Decidió ignorarlo y seguir. Pero entonces un segundo pinchazo le fustigó el abdomen. Un ardor atroz se propagó por todo el cuerpo, no pudo ignorarlo más y detuvo la marcha por segunda vez. Se palpó la tripa; no era un tirón, eran picaduras. Miró alrededor buscando qué lo había causado, mientras escaneaba su cuerpo. El reporte que obtuvo no era prometedor:

—Un par más de esos misteriosos pinchazos adicionales y nos vamos al fondo.

En el Mediterráneo hay pocos habitantes que supongan un peligro para la integridad física de una persona, con una notable excepción:

la *Physalia physalis*, conocida como carabela portuguesa, una gran medusa de tonos violáceos y larguísimos tentáculos que causa, cuando pica, un largo etcétera de síntomas terriblemente desagradables, en especial si la infeliz víctima que se topa con ella se encuentra, por circunstancias de la vida, agotado, que es exactamente como él estaba en ese momento:

—Instálate en la costa. Aire limpio, tranquilidad… Ideal para la salud —pronunció con amarga ironía mientras escupía agua y se detenía ante un grupo de flamantes carabelas portuguesas que le esperaban a unos metros, elevándose palmo y medio del agua—. Y pensar que me sacarán del mar exactamente como el maldito Ali quiere: azul, muerto y con una medusa chupándome la cara. Malditos dioses, maldito día, maldito *negoci*, maldito yo.

SALVAJE Y AUTÉNTICO
SEC. 66 / Carretera de tierra. Exterior. Noche.

Alistair escuchó un tintineo metálico en el depósito, sin comprender lo que pasaba. Una fina lluvia de gasolina lo estaba embadurnando y notaba picor en brazos y cara. Era como si le hubiese golpeado una rama húmeda; en este caso una rama compuesta de plomo que vuela a doscientos veinte metros por segundo. El motero agarró el manillar con fuerza y aceleró por instinto. Una segunda nube de perdigones voló hacia él, con impacto en los nudillos.

Volvió a escuchar el desagradable tintineo metálico de los perdigones al golpear el chasis y los triples faros delanteros de la Harley.

Lo siguiente que vio, de nuevo sin entender nada, fue unas perezosas lenguas de fuego subir por las manos, envolviéndole y ardiendo por la camisa de seda. Llamas anaranjadas, lascivas y caprichosas en mitad de la noche. Continuaba ardiendo lentamente. El fuego, ascendiendo por el cuello, envolvió toda la cabeza. Un cráneo tatuado miraba la oscuridad entre llamas.

Alistair estaba cumpliendo al fin su sueño: convertirse en un infernal, genuino y auténtico ángel caído.

Aun así, la moto avanzaba en la noche, rompiendo la tranquilidad campestre con su rugido. Entonces lo notó, y comprendió todo: el dolor, la carne quemada, el aire agrio en los pulmones… Pero era demasiado tarde: no pudo ver la curva que se aproximaba y se estrelló con chirrido de metal contra el muro de piedra rústico que separa la carretera del campo mallorquín.

La mente de Alistair apenas tuvo espacio para un último pensamiento antes de que una crepitante y anaranjada oscuridad lo envolviera:

—*Fucking locals*.

ESTRELLA DEL ALBA
SEC. 67 / Mar. Exterior. Amanecer.

«Mirtylo Pons, por primera vez en los últimos tres días no tienes ningún plan», caviló. Dolorido, picoteado y fatalista, empezaba a hundirse manteniendo a duras penas nariz y boca a flote. Su diálogo mental se había acallado, ya no tenía a nadie a quien embaucar, ni siquiera a sí mismo. Lo único que le ayudaba a flotar era una bolsa impermeable sujeta al cuello; si la soltaba, todo sería más rápido, menos sufrido. Se desenganchó la bolsa y la mantuvo ante sus ojos. A través del plástico semitransparente distinguió el naranja chillón de la pistola de bengalas que había cogido maquinalmente antes de abandonar el barco.

«De perdidos, al fondo del mar», reflexionó mientras luchaba por sacarla de la funda, pero tal esfuerzo le hacía hundirse. Se aupó con los restos de su voluntad para salir a flote, mirando de reojo las venenosas siluetas moradas e intentando mantenerse alejado de ellas. Con manos torpes y dedos helados, abrió la bolsa impermeable y metió con cuidado la mano. Levantó la pistola de bengalas y apretó el gatillo, con tan mala suerte que el retroceso hizo que la pistola saliera volando de su débil mano, golpeándole el hombro.

El señor Pons se hundía en el Mediterráneo.

Los pulmones hinchados con una última y avariciosa respiración. El silencio le envolvía. Sin embargo, había algo impropio en aquel etéreo entorno salino, una nota discordante. Sus encharcados oídos percibían una vibración en el agua. Tragando mar, aleteó como pudo con los brazos agarrotados y emergió. En la creciente claridad vio algo justo en el límite de su visión: el mástil de un velero que llevaba un grupo de gente. No había velamen y se movía a motor, propagando su sonido por el agua.

—Sí, sí, sí, no… Sí. Retiro las maldiciones.

Notó otro pinchazo urticante en la mano y volvió a hundirse. Impulsándose apenas con una pierna, asomó la cabeza y giró el cuello desorientado. Ya no veía la embarcación, sólo distinguía a las medusas, que parecían haberse acercado movidas por el chapoteo. A través de las violáceas formas localizó de nuevo el mástil, que viró

ligeramente. No estaba seguro de que se dirigiera hacia él, e intentó atraerlo alzando y moviendo ambas manos, pero solo consiguió tragar más agua. No le quedaban fuerzas.

YO SOY…
SEC. 68 / Velero. Exterior. Día.

—*Dear lord,* ya me pareció que había visto algo. ¿Todo bien en el agua? Un poco lejos de la costa para un chapuzón. Venga, no seas vergonzoso, sube a bordo.

El velero había rodeado al náufrago en una larga y bien realizada maniobra, deteniéndose cuidadosamente al lado. En la popa, con elegantes letras negras, lucía inscrito el nombre del buque salvador: *Spartacus*. Se vio forzado a entornar los ojos para no deslumbrarse y logró distinguir a un esbelto caballero con una inmaculada camisa rosa, pantalón corto azul y una poblada cabellera plateada. Un nervudo y fuerte brazo ayudó al señor Pons a subir a la embarcación.

Feliz de alejarse de la biodiversidad marina y de encontrarse de nuevo en dominios de lo humano, sin considerar su desnudez, se tiró a la cubierta. Sentía que lo único que aliviaría el dolor de las extremidades sería arrancárselas. La sal le quemaba la boca, y era incapaz de conseguir que el vaivén de las olas le dejara concentrarse en la realidad.

—¡Pero bueno, joven! Toma una toalla. Siento que aquí hay una historia.

Mirtylo escupió agua, tosió y se revolcó.

A través de todo aquel delirio, notó una punzada de agradecimiento a quien le ofrecía taparse:

—¿Eres…? —su frase se quedó en un quejido salado.

La blanca sonrisa que decoraba la fisonomía del impoluto galán que lo había rescatado se torció en una mueca de preocupación, y con un movimiento fluido se metió en el camarote.

—Me he quedado sin Evian. Lo único que he podido encontrar es esto. —El anfitrión reapareció con una champanera, dos copas *coupe* redondeadas y planas, y un mundano táper hermético, lleno a partes iguales de cerezas y fresas—. Toma un poco, te ayudará a reequilibrar el pH.

Se trataba de un espumoso a la temperatura ideal, pero Mirtylo estaba demasiado destrozado como para distinguir la etiqueta.

Apartó la mano que le ofrecía una enclenque copa y se agarró a la botella, bebiendo directamente tragos largos, hasta que por el efecto de la avaricia y el gas del champán un chorro de burbujeante líquido le salió por la nariz. Cuando los conductos dejaron de arderle, se incorporó, sujetándose a una bancada acolchada y tapándose con la toalla.

Miró alrededor.

«¿Habré tragado demasiada agua salada? Estaba ya a punto de… ¿Qué habrá pasado con Buzo? No veo opciones para él. Sigo respirando, eso es importante. El caso es que tengo mucha sed, y hambre, y estoy cansado. Necesito descansar. Espera, ¿de que conozco yo a este tipo?».

—¿Eres…? ¿Eres M. D. el actor? —por fin expresó.

—No solo actor, también marinero. ¡Hoy es tu día de suerte! Y da gracias a que la hipermetropía hace lo suyo. De lejos veo como un águila, pero hacer un crucigrama sin gafas, ya es un verdadero reto.

Mirtylo trasladó toda su atención a la fruta de cortesía. Hacía tiempo que nada le sabía tan bien. Tal vez Victoria, pero eso parecía el pasado lejano. De refilón, vio que el actor le observaba, mientras hablaba con una voz que Mirtylo sólo conocía de las películas:

—He estado en fiestas bastante salvajes —M. D. se sentó a su lado—. Una vez me desperté abrazado a Danny D. y a una alpaca con sombrero. Verás, estábamos rodando en un pueblecito encantador en mitad de la nada, en México. ¿Cómo se llamaba? Algo parecido a Osaka del Campo… No importa, y déjame decirte una cosa: cuidado con el mezcal. Pero encontrarse desnudo en mitad del mar a estas horas, eso es una fiesta a nivel profesional. Bien hecho, ¡cuéntame los detalles!

Mirtylo trató de levantarse y volvió a colapsar sobre el banco. Solo pudo agarrarse a la toalla a modo de protección. Necesitaba tiempo para recomponerse. Sacó un puro de la bolsa impermeable y mecánicamente ofreció uno a M. D., que lo rechazó con un gesto, actuando como si el rescate de náufragos que cuentan con su propio alijo fuera lo más natural del mundo. Mirtylo mordió el tabaco y a su vez rechazó la lumbre que le ofrecía el anfitrión. Se ajustó el reloj a

la muñeca. Esos pequeños gestos lo devolvían al mundo de los vivos.

—¿M. D.?

—¡En carne y hueso! Mi barco es tu barco, amigo. Son las siete de la mañana del viernes, por si necesitas un punto de referencia. El momento ideal para pescar. Ya sabes lo que dicen: el pájaro tempranero consigue la lombriz.

Mirtylo miró alrededor: la única caña que había estaba tirada en un rincón, sin hilo en el carrete. El actor siguió la mirada del inesperado invitado.

—Tienes buen ojo, ¿no serás abogado? Porque si es así, te devuelvo al agua. Vale, me has pillado. Lo cierto es que no me gusta el olor a pescado, incluso la idea de molestarlos en su día a día, ahí en el fondo el mar… Todo el asunto me incomoda. Creo que llegué a mi límite de pescado crudo en una película que hice en Tokio. Andy y yo nos lo comimos todo, una experiencia total. Y justo el día antes de volar de regreso, *boom*, la peor intoxicación de mi vida. No he vuelto a tocar unos palillos. —Contempló el horizonte—. Me gusta salir a dar una vuelta, es relajante, muy inspirador, grandes ideas, reflexiones. En casa siempre tenemos críos, gente, llamadas. Dispárame si quieres, es mi momento de paz. Pero basta de batallitas mías. ¡Cuéntame, muchacho! Me encantan las buenas historias. Para algo he hecho una fortuna con ellas. ¡Soy todo oídos!

Mirtylo no tenía fuerzas para combatir lo bizarro de la situación, es decir, el contraste entre una inminente muerte por ahogamiento y un velero de lujo; simplemente había sucedido y aceptaba agradecido, aunque desconcertado, uno de esos momentos que solo Mallorca puede ofrecer.

Decidió sincerarse con su salvador.

Lentamente, haciendo pausas, y animándose con el espumoso, lo contó todo, tanto su parte como la de Buzo, y aunque a priori pensaba omitir algunos detalles, al final la historia que oyó el actor y la vivida por él mismo eran casi idénticas.

—¡Eso es un *hell of a story*! Una pizca fantasiosa tal vez. Pero es verdad que el público actual necesita aventuras. Ya no aguanta el

ritmo pausado de antaño. Oye, ¿has pensado en vender el concepto?

—La verdad es que no. He estado liado.

—Dale una vuelta. Porque aparte de actor, la profesión me ha obligado a escribir un poco y… —remarcó con un brillo en los ojos—: sobre todo a producir. Joven, ahí hay algo con lo que trabajar. Por supuesto, es sólo un concepto y habría que añadirle unos filtros actuales, desarrollar el guion, buscar inversores… Mucho trabajo, mucho, pero me gusta. Es fresca. Oye, deja que te invite a desayunar. Creo que tenemos gente en casa, pero uno más no incomoda.

M. D. se levantó, volvió a llenar la copa de Mirtylo y puso rumbo a la costa. Seguía hablando mientras navegaba, con la confianza de que su entrenada voz se oía y era inteligible en todo el barco.

—¡Has volado muy cerca del sol, muchacho! Permíteme un consejo no solicitado: encuentra una buena chica, esa Victoria, por ejemplo. Suena a mujer de armas tomar. Déjale claro que le quieres hacer unos cuantos críos y disfruta de la vida antes de que se acelere. Aquí en el mar no existe el tiempo, te obliga a estar presente. Por cierto, ¿qué hora es? Vamos a llegar justos. Mira, ve al camarote, y en el armario de la derecha creo que hay algo de ropa de repuesto. Ah, y ni una palabra a Kate sobre las burbujas —se frotó el cuello mientras lo decía—. Aunque, por supuesto, lo sabe todo. Las mujeres siempre lo saben todo, pero hay que mantener las apariencias.

Mirtylo reapareció con un sencillo polo blanco, unos pantalones cortos parecidos a los del actor y unas gastadas sandalias de piel.

—¿Seguro que no le importa, señor M. D.? —Aquella generosidad le infundió respeto.

—¡Oh, por favor! ¿Para qué tiene uno, si no es para ayudar a los perdidos? Y hablando de la historia, verás, Mirtylo, ¿Era Mirtylo, no? En tu historia quedan varios cabos sueltos. Para empezar, necesitamos alguna pelea con el malvado, algo a puño limpio, un buen clímax, ya sabes, cara a cara y con buena iluminación, que la sangre vuele hacia la cámara. Y luego, ¿cómo llegaron todas esas monedas a la cripta enterrada? Ah, y recuérdame agrandar el rol de

Victoria, demasiado pasiva, demasiado guapa… Eso ya no se estila. Pero tranquilo, no se suele tener todo en el primer borrador. No te preocupes, contrataremos a algún escritor que nos rellene los huecos. Como te he dicho, el proyecto requiere trabajo e inversión. Por cierto, ya hablaremos del precio.

ROMANOS
SEC. 69 / Templo del año 64 a. C. Interior. Noche.

—Ya conoces fragmentos de mi historia. Pero como todo ha terminado y no hay prisa, te la cuento de nuevo, si quieres —declaró la curtida voz del veterano lanzando un leño a la hoguera.

Dos solitarias figuras humanas se refugiaban del viento a las puertas del templo. Al lado de ellos corría un riachuelo, donde dos mulos sedientos bebían. Habían caminado mucho aquel día, hombres y mulos, todos cargados a conciencia, dejando atrás la población al pie de aquella elevación. No querían llamar la atención, solo necesitaban agua y un prado para los animales. Llevaban víveres de sobra, para algo eran legionarios.

—Tú eres joven. Por este golpe de suerte, te ahorrarás muchas penurias al servicio de nuestros incansables superiores. Pues al final del servicio no hay fortuna, aunque sea a la sombra de un gran hombre, más allá de la que te labres tú mismo, chico. Y nosotros ya hemos hecho fortuna.

—Pero ¿qué hay del servicio a Roma? Acabo de empezar, me consideraba afortunado de servir a Pompeyo el Grande.

—El Grande, grande en ambición. Escucha mi latín, porque es fácil de comprender: llevo veinte años de legionario, empecé bajo Sila, el maestro de nuestro actual cónsul. Yo, como ciudadano, me presenté voluntario. Dejé mi Ostia natal para buscar fortuna lejos del trabajo servicial de mi padre.

El joven le escuchaba, contento de que un veterano lleno de cicatrices lo tratara de igual a igual. En verdad, solo era un *calon* que ayudaba con la intendencia y el cuidado de los mulos.

—¿Y qué conseguí? Pasar veinte años, ¡veinte!, que se dice pronto, cavando, marchando, y derramando sangre. Para que me obliguen, al final de mis días de servicio, a marchar con jóvenes que aún no han secado la leche materna de sus imberbes morros. No. Hablan mucho, no saben nada de la vida y, lo que es aún peor, cobrando yo, ¡un veterano!, lo mismo que ellos. Grande es la afrenta. Y todo por ser afortunado en el juego. ¡Maldita la casa del centurión, sus antepasados y sus descendientes, por venderme así

ante el tribuno! Denunciarme por hacer trampas a los dados, sabiendo que es imposible mantener una hoja de servicio completamente limpia y a la vez ser un soldado voluntarioso. Te diré algo, y acuérdate bien: no te fíes de las gentes del Trastévere, son unos recién llegados a Roma. ¡Salvajes incultos…!

—Pero al menos has visto mundo. A nosotros nos han llevado a la Capadocia desde Roma tras la instrucción y no he visto más que Asia de pasada.

—¿Y qué te parece viajar?

—Es cansado.

—Exacto, y eso que apenas has empezado. No hay verdad en el viajar. Eres joven y no lo recordarás, pero yo ya servía cuando Sila, el patrono y profesor de nuestro actual Magno. Marchó a Grecia. Ese fue mi primer viaje, Grecia. En vez de civilizar bárbaros en los confines de la república, nos dedicamos a matar a nuestros hermanos griegos. No me malinterpretes. Es culpa de los propios griegos por juntarse con malas compañías y, como siempre, no saber defender lo suyo. Mas lo que les organizamos en Atenas, ya que por juventud participé, fue una verdadera masacre. Yo, que no me tomo por sensible, aún me despierto por las noches. Pero eso no fue viajar, una simple escapada. Cuando empecé a ver mundo, fue con Pompeyo.

—¿Y cómo es participar en un triunfo?

—Dime, ¿te gustaba cuando en la instrucción te dedicabas a marchar y el instructor te golpeaba con la vara para corregir la postura?

—No, la verdad.

—Pues lo mismo, pero rodeado de un pueblo borracho. Y todo es caro esos días en Roma. Vino, comida, mujeres…

—Vaya. No lo había pensado así. Has vivido muchas aventuras.

—Aventura ninguna. Mucha hambre, enfermedades y vísceras de compañeros. Pero calla, que me cortas. Ya no recuerdo dónde estaba. Bueno, el caso es que aquí nos tienes ahora, luchando contra los restos del imperio de Alejando, del que Pompeyo se ve heredero. En mi opinión, hemos llegado veinte años tarde. Mucho he

seguido a Pompeyo, mucho, y te digo que no ha mejorado con los años.

—¿Y qué crees que va a pasar?

—Pues habrá guerra civil. Otra más, todo se repite. Volvemos a tener dos grandes. Primero lucharán bajo la manta, y luego sobre ella. ¿Y qué quieres que te diga? Pompeyo puede que sepa ganarse a los nobles, pero en cuanto al pueblo, anda suspirando por César.

—No me refería a eso, sino a lo que cargan los mulos. Es decir, eso que cuentas es interesante, pero se me escapa, no lo entiendo del todo bien. Lo que sí he entendido es que la parte buena del servicio son el vino y las mujeres. Y que lo bueno parece muy separado en el tiempo por largas jornadas de marcha y trabajo duro. Por eso me refería a qué va a pasar con ese cargamento que… ¿nos hemos apropiado?

—Que hemos rescatado. Hay que hablar con propiedad, muchacho. Me alegra que veas la verdad en mi sabiduría. Sobre la pérdida del cargamento, es culpa del maldito centurión, por no haber previsto el ataque y preocuparse más por ascender que por vivir. Si Hércules protege a nuestro Grande, a nosotros nos protegen Cástor y Pólux, que tienen predilección por el soldado de a pie.

—Pero ¿no deberíamos devolverlo?

—¿Y aparecer con solo la pequeña parte que tenemos? ¿Solo dos mulos, cuando se han perdido otros veinte y un carro? ¿Para qué, para que nos tilden de traidores y nos acusen de haber escondido el resto? ¿Para que nos den de latigazos, nos crucifiquen, o nos lapiden? Porque eso es lo que te garantizo que pasará. No, muchacho. Te propongo un plan mejor.

—¿Cuál?

—Cada uno se queda el cargamento de un mulo a partes equitativas. Creo que es un pago justo por una vida de servicios, y por que el destino te prive de la oportunidad de servir lo tuyo, que en conciencia ibas a cumplir.

—No sé. Era la paga de toda la legión.

—No seas mentecato. Nadie pagaría a la legión en áureos. Nos mataríamos entre nosotros a la primera partida de dados. Apostaría que llevamos el soborno de algún gran señor. Piensa que hemos

evitado Tiro y nos dirigimos a Jerusalén, que está bajo asedio. ¿Te parece justo que algún gran señor, que ya es rico, reciba un tesoro por traicionar, cuando nosotros por ser fieles recibiríamos el látigo?

—No suena no justo, no.

—Correcto. Tú que eres joven, puedes ahogarte en vino y mujeres. Ve a Tarso y consigue un buque, visita Hispania y acuérdate de tu viejo camarada en tus pocos momentos de lucidez.

—Suena interesante. O… podría ser actor. Me gusta el teatro, pero nuestro teatro, el romano, no ese rarito griego.

—También puedes hacer eso, sí. Podrías tener tu propia compañía, un esclavo que te escriba comedias, tragedias y todo el repertorio. Es más, con la carga de ese mulo te podrías convertir en el mayor mecenas teatral de la República.

—Suena bien, suena muy bien. ¿De verdad lo crees?

—Te lo aseguro.

—¿Y tú qué harás, ir a Hispania?

—De todo lo que he visto, me gusta el mar Hospitalario. Tiene un buen nombre. Me recuerda a mi Ostia natal, al menos como era antes de toda la locura moderna. Creo que me retiraré a la vieja colonia del Quersoneso. Me dedicaré al comercio y a la crianza de niños, como mi viejo padre. Pero basta de hablar, me duele la rodilla. Eso es que se acerca una tormenta. Ocultémonos en el templo hasta que pase, nos entretendremos contando nuestras nuevas riquezas.

—Pasará rápido —dijo el joven desertor anticipando ya sus triunfos teatrales—. No parece este un sitio donde llueva a menudo.

EPÍLOGO

El intendente tuvo una gran discusión con su mujer y pasó una semana durmiendo en el sofá antes de que se reconciliaran. En la siguiente declaración de la Renta, una inspección le buscó las cosquillas, mientras su cuñado permanecía ajeno a cualquier problema. A partir de entonces tuvo la sospecha de que le había denunciado, y nunca más le felicitó por su cumpleaños.

*

Alistair se entretenía en el hospital leyendo el *Última hora* cuando encontró un breve artículo sobre dos cuerpos aparecidos en la costa. El único detalle era que, por razones no específicas, estaban siendo difíciles de identificar. Las autoridades concluían que murieron en un desgraciado accidente de navegación. Punto.

Al levantar la vista del papel, vio acercarse a dos hombres de aspecto serio que su ojo profesional identificó como policías de paisano. Desestimando los perdigones como un simple accidente, los policías empezaron a preguntarle por facturas, contratos de compraventa, registros con el patrimonio de cultura y, cómo no, el áureo de Pompeyo hallado entre sus pertenencias. Solo la llegada de un atractivo médico moreno de ojos azules lo salvó de continuar el interrogatorio.

*

El informático dejó sin criptoactivos las carteras de los ángeles del infierno mallorquines, borró los registros electrónicos y, de paso, hizo lo mismo con los vídeos de las cámaras de seguridad. Pero eso tuvo consecuencias: para empezar, se convirtió en una persona con dinero y buscada, así que huyó de la isla y se estableció en Centroeuropa; también dejó a Alistair sin muchos comodines materiales con que chantajear a políticos y eminencias locales; y por último, borró cualquier huella de interacción de Mirtylo Pons con su, hasta hace poco, presidente.

*

Stalin, después de meses de convalecencia y habiendo perdido un riñón, al fin estaba recuperando su forma física. Se sentía mal porque su abuela se había gastado los ahorros para estar cerca de su único nieto, y en vez de cuidarla él, fue al revés. Pasó sus días deprimido en Madrid, a la espera de que el ejército decidiera concederle una pensión o un nuevo destino. A finales de primavera recibió un sobre marrón con un sello de Palma. En su interior había treinta y ocho mil euros y una nota manuscrita: *Por si te sirve de algo. Tu compañero*. Abuela y nieto supieron aprovechar la inesperada fortuna poniéndola a trabajar.

*

Nuam tenía un primo en el Ministerio de Cultura libanés que supo reconocer el valor de las monedas que llegaron de manos de Cordero. El primo, por un porcentaje de los ingresos futuros, creó papeles de autenticidad, permisos de exportación y ayudó a Nuam a mover las piezas a través de un compañero de promoción que trabajaba de marchante de arte en Amberes. Nuam recibió un buen pellizco y compró un piso en Beirut, ganándose así el respeto de su tío.

Visitó Los Ángeles con su esposa y cumplió su sueño recorriendo los grandes estudios de Hollywood. A la vuelta hicieron escala en Madrid y asistieron a un partido de la Champions. Más que por la riqueza trabajosamente adquirida, estaba encantado por las atenciones que le profesaba su esposa, que no dejaba de repetir lo generoso que era su marido y lo bien que le quedaba el bigote.

*

Sea Shepherd recibió una muy decente donación anónima del usuario OrcaLover26, con un mensaje: «No sabía que hubiera orcas en el Mediterráneo, pero me alegro de ello».

*

En cuanto a Mirtylo, después de un placentero desayuno en casa de M. D., donde tuvo que firmar varios acuerdos de confidencialidad, volvió a casa, se duchó, durmió y llamó a un cerrajero.

Al día siguiente denunció la desaparición de su coche, sin esperanzas de encontrarlo. Pero la eficiencia de la policía se lo devolvió en solo dos días. Alguien lo había abandonado en un polígono industrial cerca del Arenal. Un observador cuidadoso podría haber reconocido marcas de neumáticos de moto en las inmediaciones, pero nadie dedujo nada.

En cuanto al problema de su nuevo piso y el muerto que allí se ocultaba, se solucionó por sí mismo. La subasta que Mirtylo había ganado se anuló. Alguien de la Agencia Tributaria, revisando los resultados, vio una coma mal puesta en la documentación y, por magia de la Administración, un proceso que estaba atado y bien atado se volatilizó en una nube de papeleo digital. Le devolvieron automáticamente el dinero que dio de señal. De modo que aquel piso y su nombre dejaron de estar conectados.

Volvió a ver a Victoria y cerraron la venta de un humilde pero bien conservado denario de plata. La historiadora del arte, algo distante y reservada, le informó de que los acontecimientos de los últimos días le habían inspirado y que había aceptado un trabajo en Bruselas buscando objetos de arte expoliados. Por alguna razón le apetecía un cambio de aires.

*

En un piso cerrado de Palma quedó Cordero, como un faraón en su sarcófago de freón. El guerrero yace tendido en una cámara funeraria construida por una civilización que da paso al olvido, enterrado junto al arma que lo venció, y guardando quién sabe qué otros tesoros en sus bolsillos y entrañas. Pero sobre todo, esperando a que un arqueólogo moderno se decida a descubrirlo entre los bienes ocultos de la Administración pública.

NOTA DEL AUTOR

Este libro nació en el otoño de 2023 en Mallorca. Es una isla que he visitado en múltiples y felices ocasiones, pero esta vez era diferente: buscaba en la bahía de Palma un refugio que me protegiera del vacío que engullía mi vida.

Andaba sin rumbo por Palma, enfadado con el mundo, triste por los míos, sin planes ni trabajo, ni nada que hacer; buscaba distracciones entrometiéndome en la rutina de los demás. En una conversación casual salió el tema de los pisos de subasta y una frase me llamó la atención: «No pasa nada por no visitarlo, si al entrar nos encontramos un muerto, se gestiona y ya está». Ahí sentí una pequeña chispa de inspiración en medio de la oscuridad en la que me movía.

En otra conversación, se me recordó una noche en la que cometí la insensatez de probar un licor casero, hecho por J. C., de bayas de mirto, un arbusto mediterráneo. No estaba mal de sabor, pero como efecto secundario, me causó las peores pesadillas de mi vida adulta. Mis amigos encontraron esa historia hilarante, y de esas reminiscencias surgió otra llama. Esta vez la inspiración tomaba forma de nombre: Mirtylo Pons.

Mirtylo cada vez cobraba más fuerza, y cuando empecé a notar su presencia en las calles por donde paseaba, me vi obligado a crear una novela. Ahí se entretejen experiencias, recuerdos, lugares y mi amor por la literatura de detectives, en la que siempre he encontrado consuelo y diversión.

Fortuna en Mallorca le debe mucho a muchos. A continuación detallo una lista no exhaustiva de agradecimientos:

Aldo, Belén y Mia, son la razón por la que visito tanto las islas y me acogen en momentos buenos y malos.

Ignacia, de quien Mirtylo toma prestado el apellido y que obligaba a enamorarse de las Baleares a cualquiera que pasara por su casa. Todos te echamos de menos.

Damián, que me educó en el *negoci*.

A mis primeros lectores, tanto a los críticos como a los fans: unos aportaban sugerencias de mejora, y otros los ánimos para implementarlas. Maru, Santi, Vicky, Álex, Juan, Fede, Eva, Isabel, Teresa, mis padres, y muchos más.

A mi esposa Carlota, por cuidarme, y a mi hijo Vladi, por inspirarme a escribir.

Un agradecimiento aparte se lo merece Payo Pascual, mi editora, maquetadora, diseñadora y navaja suiza de la edición; con humor y paciencia ha pulido las aventuras de Mirtylo, eliminando los defectos que este autor demasiado miope puede notar.

Y ahora quería dedicarte unas palabras directamente a ti, estimado lector. Te agradecería sobremanera que compartieras tu opinión sobre mi libro en redes, que lo comentaras con tus compañeros de trabajo en la pausa del café o se lo prestaras a tus padres, pareja o amigos, en especial si son devoralibros o, al contrario, llevan mucho tiempo sin encontrar algo que les enganche. Te agradezco haberme dejado formar parte de tu día a día. Sé que leer mis novelas no te cambiará la vida, pero escribirlas sí me la ha cambiado a mí. Mantengamos el contacto.



MIRTYLO_PONS

Mirtylo Pons volverá pronto con *La vieja pequeña Europa* y *Hospedado con la muerte*.